

CUENTO POPULAR ANDINO



IADAP

PERÚ

PERÚ



MURO DE CONTENCIÓN DE UNA CALLE DEL CUZCO.
LA MAYORÍA DE SUS HABITANTES CONSERVAN SUS
COSTUMBRES Y VESTIMENTAS TRADICIONALES

IADAP: SEDE NACIONAL LIMA - PERÚ

Ediciones
Instituto Andino de Artes Populares del
Convenio "Andrés Bello"
Casilla 9184 - Sucursal 7
QUITO - ECUADOR

PERU

Intrducción, Selección y Notas
Mario Razzeto

Portada: Sacha - runa
Fiesta de Cotopaxi - Ecuador

ÍNDICE

PAG.

EL RELATO ORAL ANDINO	7
1. LOS GORRIONES	13
2. EL PUMA Y EL ZORRO	13
3. EL ZORRO Y EL SAPO	13
4. LA QARACHUPA Y EL UTUSHCURO	14
5. LA MARIPOSA NOCTURNA	15
6. LA WACHWA Y LA ZORRA	16
7. EL ASESINO Y EL PASTOR	16
8. EL HERMANO CODICIOSO	17
9. EL ZORRO, EL CÓNDOR Y EL CERNÍCALO	18
10. LA WACHWA Y EL ZORRO	20
11. LA CUCULÍ AGRADECIDA	23
12. LA LORA Y LA ZORRA	25
13. EL CÓNDOR Y EL ZORRO	26
14. EL PUMA Y LA ZORRA	27
15. EL CONDENADO	28
16. UKUMARI	29
17. EL HERMANO RICO Y EL HERMANO POBRE	30
18. LA AMANTE DE LA CULEBRA	31
19. EL NEGOCIANTE DE HARINAS	37
20. EL TORITO DE LA PIEL BRILLANTE	39
21. EL JOVEN QUE SUBIÓ AL CIELO	42
22. EL LAGARTO	49
23. EL SUEÑO DEL PONGO	53
24. ISSICHA PUYTU	57
25. TUTUPAKA LLAKTA o EL MANCEBO QUE VENCÍÓ AL DIABLO	65
NOTAS EXPLICATIVAS	109
BIBLIOGRAFÍA COMPLEMENTARIA	110

EL RELATO ORAL ANDINO DEL PERÚ

1.

*Aventurarse a presentar una muestra del relato andino del Perú comporta varios riesgos: en primer lugar, privilegiar áreas geográficas más estudiadas y documentadas, no necesariamente más **productivas** que otras, en segundo término, validar mediante la prestigiada letra impresa versiones dudosas, teñidas de cierto espíritu romántico; por último, difundir una suerte de **visión de los vencidos** con criterio reivindicativo, pero desvinculada de un análisis filológico (puesto que se trata, evidentemente, de **textos**).*

Sin embarco, la oportunidad que implica la publicación de una antología del relato popular andino puede servir para subrayar algunas consideraciones recientes en torno a la problemática del estudio de la tradición oral en el Perú.

De hecho, este breve espacio sólo permite una rápida aproximación a dicha problemática. No se debe obviar que fueron los primeros cronistas que arribaron al territorio andino en el siglo XVI quienes iniciaron con criterio discriminador, por cierto— el registro de la memoria de la sociedad dominada por los Incas. Se sabe que los primeros observadores aprendieron con presteza la lengua de los vencidos, el quechua, y que, andando el tiempo, el virrey Toledo dispuso en 1.577 que la Universidad de San Marcos contase con una “cátedra de lengua general de los indios”. Así fue posible, desde los inicios de la colonización, la intermediación

cultural y, por lo tanto, la criba de textos presuntamente peligrosos o sustentadores de una **otra** identidad. Casi todos los cronistas registraron canciones, mitos, relatos y leyendas a los que aplicaron una lectura fatalmente etnocentrista.

Por otro lado, casi simultáneamente, el Inca Garcilaso de la Vega y Guamán Poma de Ayala recogieron —mediante la nostalgia de una Arcadia perdida, el uno, y golpeado, el otro por el horror— textos que mostraban la riqueza poética, el deslumbrado regocijo y la potencia creadora de un mundo ahora aplastado por la desestructuración social y económica.

Además, fueron estudiosos españoles quienes vertieron en el código escrito las primeras gramáticas y lexicones (Fray Domingo de Santo Tomás ya publicada, en 1.560, en Valladolid, dos obras de esta naturaleza). De allí en adelante, las lenguas vernáculas del Perú se convirtieron en focos de atención permanente. No obstante, la puesta en valor de la tradición oral sustentada en el quechua se encontraba muy lejos de establecerse. Singularmente (valga como anécdota), el primer libro impreso en el país y en América del Sur fue una **Doctrina cristiana para instrucción de los indios traducida en las dos lenguas generales destes reynos quichua y aymara**, gracias a la prensa que trajo desde México el italiano Antonio Ricardo.

2.

En 1.966, el Museo Nacional de Historia y el Instituto de Estudios Peruanos aportaron lo que, para muchos estudiosos, constituye un documento valiosísimo: la edición de una narración quechua recopilada por un clérigo doctrinero nacido en el Cusco en 1.573, Francisco de Avila, con el título de **Dioses y hombres de Huarochirí**. La traducción al castellano fue asumida por José María Arguedas, infatigable expositor de la cultura andina, lo que nos permitió asomarnos al universo de un pequeño valle interandino. Es probable que la visión católica del autor del relato haya contaminado el texto original. Pero lo importante es que se trata de un registro vivaz, en la lengua de los informantes, de los mitos de Huarochirí, que justificaría la “extirpación de idolatrías” en

la región. A partir de entonces, la atención hacia la tradición oral se reforzó palmariamente, dejando tras de sí, como ensayos aproximativos y asistemáticos, los trabajos de Adolfo Vienrich y de los folkloristas de los cuarenta primeros años del siglo.

Sin embargo, la tarea de éstos no ha sido, en modo alguno, menor. Antes bien, se impuso como una suerte de consigna indigenista, permeada en ocasiones de cierto heroísmo. Jorge A. Lira, Efraín Morote Best, Arturo Jiménez Borja y el propio Arguedas indagaron, entre otros, en las abruptas serranías, con utensilios elementales solicitando informantes, documentando dificultosamente algunos textos. Inclusive un eminente historiador como Jorge Basadre publicó en París, en 1.938, un volumen titulado **Literatura inca** que recogía canciones, narraciones y obras teatrales que indudablemente motivaron a nuevas generaciones de estudiosos a atender esa urdimbre cultural.

Hoy en día, historiadores, antropólogos, sociólogos, lingüistas y filólogos registran, con un instrumental más sofisticado, textos de la tradición oral andina. No obstante, aún está por realizarse un estudio sistemático de dicha tradición, si bien ya existen indicios aproximativos en los trabajos de Enrique Bailón Aguirre, Hermis Campodónico, Hugo Neira, Ricardo Valderrama y Carmen Escalante, Rosaliml Gow y Bernabé Condori. En algunos de estos trabajos se entrecruzan la visión científica y el testimonio **in situ**, la codificación y el desmontaje analítico que ya anuncian —a la par que los estudios de textos en otras lenguas difundidas en el territorio peruano— la formulación de una filología andina.

3.

Por lo general, existe una mayor documentación de canciones y poemas que de relatos. Es probable que la razón estribe en que la recopilación de relatos exija una dedicación más acuciosa (y más detenida) por parte del investigador. Dado que los textos poéticos se insertan, en su gran mayoría, en rituales mágico-religiosos y acompañados por la música, el registro ocasional se facilita gracias a la grabadora magnetofónica, decodificado posteriormente en el laboratorio. Pero, todo indica que en la actualidad existe una ferviente avidez por el trabajo

de campo en busca de relatos, mitos y leyendas, habiéndose extendido el interés hacia otras áreas, como lo demuestra, por ejemplo, la joven investigadora Cecilia Blondet, quien desarrolla un proyecto en la zona del Alto Piura en donde su equipo está registrando la historia (oral) de los pobladores. Además, en la década reciente ha arreciado la atención hacia la tradición oral debido a la pujante actividad de instituciones como el Centro de Estudios Rurales Andinos “Bartolomé de las Casas”, en el área del Cusco, que ya ha divulgado textos fundamentales, a la par de la tarea sostenida del Instituto de Estudios Peruanos, a los que se suma, a partir de este año, el Instituto Andino de Artes Populares.

4.

En definitiva (y en pocas palabras), se trata de testimoniar los elementos de una identidad cultural. El proceso es lento, incipiente, y aún está desbrozando sus primeras fases en una perspectiva de rigor científico. Documentar textos en las condiciones actuales implica la utilización de recursos restringidos, incluidos los que algunas universidades destinan a la investigación. Así, pues, la problemática reside en que no habrá posibilidad de definir con solidez los rasgos de la cultura andina si no se cuenta con una pormenorizada codificación de los textos que, a pesar del sistema de dominación existente, se transmiten en el ámbito oral. No obstante la indetenible desestructuración inherente a dicho sistema, el hombre andino ha defendido, gracias a su densidad histórica, su cultura. En medio de la occidentalización progresiva de su entorno, amenazados por la contaminación de otros discursos, los textos que perviven hacen posible reconocer un entramado culturalmente consistente.

Por otro lado, el estudioso de hoy deberá enfrentarse a diversos requerimientos: en primer lugar, dominar el quechua (conocimiento indispensable) a fin de realizar un registro detallado. En segundo término, intentar el rastreo, mediante sistemas comparativos, de las formas originarias. Luego, detectar las contaminaciones y los préstamos. Posteriormente, definir en lo posible límites equivalentes a las isoglosas con el objeto de detectar el grado de irradiación de determinados tópicos, así como los conflictos propios de su difusión. Además, aplicar una metodología que permita precisar las funciones de los relatos (si

se parte de Propp) o formular nuevas aproximaciones (como las de la semiótica actual), a fin de decodificar su discurso. Finalmente, promover la publicación de textos en ediciones bilingües que, eventualmente, ayuden a consolidar la historia (y la imagen real) del mundo andino.

5.

Los relatos que integran esta selección son, básicamente, fábulas y cuentos. En las versiones de todos ellos se advierte si se efectúa una lectura atenta— diversas formas de castellano. Esto se debe a que los transcripores han utilizado la norma culta operante en diversas épocas, que abarcan desde 1.906 hasta nuestros días.

Por esa razón he revisado cuidadosamente los referidos textos y he impuesto algunos cambios, pero sólo en el plano de la puntuación, a fin de no afectar su frescura original. Salvo en los textos que me transmitió don Joaquín López Antay, en todos los demás, documentados en libros, existe una serie de problemas. Por un lado, en algunos casos la traducción ha permitido al recopilador introducir matices innecesarios y, a falta de los textos originales en quechua, no he podido comprobar el ajuste de las traducciones. Por esa razón, he reformulado ligeramente algunas oraciones o frases con vistas a facilitar la lectura, evitando alterar su sentido. Valgan verdades, en los textos recopilados y traducidos por José María Arguedas sorprende la transcripción de la atmósfera (o el calor) del quechua, debido probablemente a su excepcional experiencia bilingüe y a su articulación (conflictuada) de dos mundos.

*No he querido detenerme en un análisis que, dadas las limitaciones del espacio señalado por los editores, habría restado páginas a los propios relatos. A pesar de ello, la selección puede parecer breve. En todo caso, pienso que se trata de una muestra representativa. Fundamentalmente, los textos proceden de la sierra central y sur del Perú, sin que esto signifique que allí radique lo mejor o lo más “puro”. Difícilmente se puede hablar en el Perú de hoy de espacios no afectados por la occidentalización. En ese sentido, inclusive estos textos reflejan el grado de penetración de formas, códigos, maneras y conductas “occidentales”. No obstante, en su dimensión más íntima, todos los textos **revelan** el proceso que*

ha atravesado el hombre andino, pleno y vital a pesar de su agónica resistencia.

Finalmente, he añadido una breve bibliografía que agrupa algunos de los trabajos más útiles para los lectores de los países que integran el Pacto Andino —a quienes se dirige, básicamente, este volumen—, a fin de que puedan complementar, con obras de diverso signo y orientación, la imagen que emerja de la lectura de estos relatos quechuas.

Mario Razzeto

Lima, noviembre de 1.982

1.

LOS GORRIONES

Un muchacho travieso trepó a un aliso y cogió un nido de gorriones.

La madre de los pájaros que lo ve, da voces al macho avisándole:

—¡Oye!, ¡mira a nuestros hijos aún desnuditos se los lleva ocultándolos bajo el poncho! ¡Ay hijo! ¡Hijo mío!

—¡Qué importa! Deja que se los lleve. ¡Todavía hay semilla!

—¡Ah, qué pena! ¡No digas eso!, porque darlos a luz cuesta trabajo y dolor

¡Así son todos ustedes, los hombres!

2.

EL PUMA Y EL ZORRO

Atrapó una hermosa llama un puma, y después de hartarse enterró el resto para su cena. Un zorro que lo estaba acechando, no bien lo vio partir, descubre el tapado e hizo un opíparo desayuno con la reserva del puma. Este, que regresa cuando el Sol daba sus últimos chisporroteos, se pone rabioso al encontrarse con que había desaparecido su comida, y vase en pos del ladrón.

Vagando sin rumbo, dio con un zorro profundamente dormido. El bufón puma, a fin de interrogarle por el hurtador, quiso despertarlo. Formó un manojito de pajas, con el cual se puso a cosquillarle el hocico. El zorro, en la creencia de que se trataba de moscas, las ahuyentaba con el rabo, prorrumpiendo socarronamente: “¡Fuera moscas, que acabo de arrebatar su presa al león!”.

Así se descubre al puma, que cogiéndole por el cuello castigó su osadía, estrangulándolo.

El jactancioso hablador por su boca se condena

3.

EL ZORRO Y EL SAPO

—Como yo nadie corre: acaban de perseguirme cinco rangalidos perros ¡y me veo aquí como si tal cosa hubiera acaecido! ¿Qué sería de ti en un percance análogo al que acabo de pasar?

—decíale el zorro a un sapo.

—Señor zorro, es preciso no ser tan jactancioso ni alabarse tanto, que, acaso, me atrevería a apostarle una carrerita.

—¡Desgraciado! Tú no haces otra cosa que saltar en el mismo sitio y no avanzas. Se burlarían de mí al verme disputando a correr contigo. Pero voy a darte gusto quitándote de la cabeza tan descabellada pretensión, a fin de que te inflés menos cuando gritas.

— ¡Ah señor orgulloso! Yo grito en verdad, pero vos ladráis. ¡Qué diferencia existe en nuestra voz! A mí me conocen y no me huyen; pero quién no se ahuyenta, cuando ¡**car... car!** vega Ud. por lomas y quebradas? ¡Ah demonio de carcaria alabancioso!

—Déjate de insultos que entre personas decentes se arreglan las diferencias con buenas palabras. ¿Estás dispuesto, señor volador, a portarte?

—Si es así, hasta mañana.

Al día siguiente se presentó el sapo con un hermoso perro llamado Yanajaracha como juez y el zorro suplicó a un Agroi* le sirviera de testigo.

Dada la voz de partida, el zorro salió a todo escape por sobre las yerbas y malezas; pero no bien había recorrido un corto trayecto cuando oye que gritan ¡**huac!**

—Se me ha adelantado el sapo, murmuraba el zorro y apura; mas un nuevo ¡**huac!** y otro y otro más, y seguía el ¡**huac!** ¡**huac!** del sapo, hasta que sin alientos llegó a la meta, donde le repetía: ¡**huac!**

Avergonzado el zorro confesó la partida, excusándose con que se le había enredado las piernas en las yerbas; pero que era otra cosa tratándose de correr cerro arriba.

¿Cómo sucedió eso?

El astuto sapo había apostado en toda la travesía de trecho en trecho a manera de chasquis a sus compañeros ocultos bajo la yerba, con la consigna de dar la voz a medida que notaran se iba aproximando el zorro.

Para un zorro sabiondo hay un sapo malicioso

4.

LA QARACHUPA Y EL UTUSHCURO

Caminaba distraída una **qarachupa**, cuando reparó en un **utushcuro**, triste y abatido, que presa de hambre iba jadeante, arrastrándose penosamente por entre las malezas de un matorral.

* *Ave de rapiña que no se alimenta sino de sapos y culebras; por otros nombres conocido, como dominico, alluy.*

—Oruguita, ¿a dónde vas? —preguntóle la muca.

—A roer la raíz de las yerbas —respondió con voz apagada y trémula. Pasó el invierno con sus hielos y sequías, sus inclemencias y rigores; vino la primavera con sus lluvias y rocíos, sus flores y sus frutos.

Volviéronse nuevamente a encontrar los camaradas, y ya con la cabeza erguida e inflado de orgullo, el irascible gusano deslizábase infatuado por entre las cañas y mazorcas de un tupido maizal, sin dignarse mirar a la **qarachupa**, que, sorprendida por ese cambio y extrañada de tanta arrogancia, le interroga:

—¿Señor gusano, a dónde se está Ud. yendo?

Irguiéndose aún más la enfurecida oruga contestó altanera y con mucho énfasis:

—¡A comer corazón de choclos negros!

Y tanto y tanto se irguió el guapo **utushcuro**, que alcanzó a divisarlo un **chiwaku*** y se lo devoró.

Así hay hombres que en la adversidad se arrastran humillándose; pero, cuando llegan a poseer algo, se yerguen altivos y soberbios, olvidando lo que fueron.

Por eso, niños míos, para no correr la desastrosa suerte del utushcuro, es menester conservarse siempre humildes y modestos.

5.

LA MARIPOSA NOCTURNA

Vivía un matrimonio feliz con el primer fruto de sus amores.

El esposo emprendía sus viajes dejando a su mujer anegada en llanto, pasándose las noches en vigilia, hilando. Una noche, desvelado, el niño pregunta a su madre: ¿qué era aquello que revoloteaba a su alrededor y que le hablaba? La madre por toda contestación le dice: “Es mi amante, mi cariñoso compañero que viene a hacerme compañía”.

Regresó el marido en momentos que había salido su mujer y se puso a conversar con el hijo e interrogarle por lo que hacía la madre durante las noches de su ausencia. El

* *Pájaro insectívoro, especie de tordo o zorzal*

chicuelo le refirió que venía su amante todas las noches, que se hallaba despierta hasta muy tarde, hilando, y que hablaba con él.

Apenas hubo escuchado se fue a su encuentro, y desbarrancándola le dio muerte.

Cierta noche que taciturno con su recuerdo contemplaba absorto la luz encendida, de pronto el muchacho se pone a gritar: "Allí está el amante de mi mamá, el que la acompañaba", señalando la mariposa que solía venir cuando su madre velaba.

Inmediatamente se dio cuenta del error en que había incurrido y presa de desesperación murió de pesar.

6.

LA WACHWA* Y LA ZORRA

Preguntaba a la **wachwa** una zorra el por qué sus hijuelos tuvieran las patitas coloradas. —Sabrás que yo acostumbro ponerlos sobre las brasas, y el fuego se las enrojece.

Hizólo así la zorra, que deseaba para sus hijos patitas encarnadas y los infelices cachorritos sucumbieron, no dejando más recuerdo que sus cenizas.

Encolerizada la zorra, buscaba a la malvada **wachwa**; pero ésta, que lo vio venir, puso a las espaldas sus polluelos y de un vuelo cayó al otro lado del río.

Así se libró de la zorra poniendo el río por medio, mientras ésta buscaba un paso, en la imposibilidad de vadearlo.

Esto nos enseña que debe uno estar satisfecho con aquello que la naturaleza le otorga.

7.

EL ASESINO Y EL PASTOR

Viajaba de noche un hombre por las punas, sin más compañía que la de su hermoso perro.

Entretúvose éste conversando con un **acroi**, en tanto que aquél, ajeno a todo cuidado proseguía su camino. De pronto sale de una cueva un malhechor y lo detiene para matarlo.

Le rogó no le hiciera daño; y, finalmente, como se mostrase inflexible a sus súplicas, acabó por pedirle le concediera la gracia de entonar su canción de despedida.

* *Ave parecida al ganso*

Otorgósele, y comenzó así en alta voz:

¡Uchucachi, ya no volveré a verte
¡Uchucachi, ya no te probaré!
¡Uchucachi, no condimentarás mi comida!
¡Uchucachi, te extrañará mi fiambre!
¡Uchucachi, adiós, adiós para siempre!

¡Uchucachi, que éste era el nombre del perro, al escuchar la llamada angustiada de su amo, voló como el viento, librándole de manos del asesino, al que cogió por el cuello y lo estranguló.

8.

EL HERMANO CODICIOSO

Habitaban la misma casa dos hermanos: un rico y otro pobre, con sus respectivas mujeres e hijos.

Un día que el rico con muchos convidados festejaba el cortapelo de uno de sus hijos, se asomó el pobre.

Lo ve uno de sus invitados y pregunta:

— ¿No es este tu hermano? ¿Por qué no le haces pasar?

—Ese es un doméstico.

Oyólo el pobre; lleno de aflicción por el desprecio que de él hacía su hermano, decidió abandonarlo y se fue como de costumbre en busca de **chicash**, único alimento con el cual sustentaba a su familia.

Detúvose en la puna a descansar sobre una eminencia, lamentándose de su mala fortuna, cuando oye que ésta le hablaba, consolándolo e indicándole siguiera un camino que le conduciría a una gran cueva y que llamara. Siguió las indicaciones de la peña hasta la cueva, donde encontró a un anciano venerable, el que le dio una piedra, diciéndole que se regresara con ella, sin desprenderse nunca.

Caminaba de prisa, pero una noche lóbrega le impidió proseguir su marcha. Buscó refugio en una cueva, para pasar la noche, con su piedra a las espaldas. Le era imposible conciliar el sueño por el hambre y el pesar; nuevamente quejábase de su fatal destino, cuando dormitando escuchó este diálogo entre la peña, la puna y la pampa.

Preguntábale la puna a la peña por qué lloraba ese hombre.

—El pobre llora porque su hermano rico lo ha despreciado.

La pampa interrogaba por su parte:

—¿De qué se queja ese infeliz?

—De su hermano rico que lo tiene muerto de hambre —respondía la peña.

—Pues entonces yo le daré mazamorra de maíz blanco.

—Y yo —dice la cueva—, de maíz morado.

—Y yo—dice la peña—, de maíz amarillo.

Despierta sobre saltado y se encuentra con tres ollitas, las que devoró, procurando sobrar un poco de cada una, para su familia. Y se quedó profundamente dormido.

Al amanecer, disponíase a continuar su marcha, pero le fue imposible levantar el atado por su enorme peso; lo descubre, y no sin sorpresa nota que la mazamorra de maíz amarillo se había convertido en oro; la de maíz blanco en plata y la de morado en cobre.

Dejó enterrada: una parte y marchóse contento a su casa, donde refirió a su familia lo que le había acontecido.

El rico, al descubrir que su hermano había enriquecido bruscamente, le acusó de ladrón.

Para comprobar su inocencia le contó todo lo que le había sucedido; relato que no hizo sino despertar su codicia, y esa misma noche se encaminó a la cueva donde el anciano, recibió la piedra y quedóse dormido. Le dio cuernos la peña, la pampa pelos, y la puna rabo, con los que al despertar quedó completamente transformado.

Llega a su casa, lo desconoce su mujer, que le echa los perros. Desde entonces, trocado en venado va huído por las pampas y las punas.

9.

EL ZORRO, EL CÓNDOR Y EL CERNÍCALO

A un zorro oletón, conocido como el perrito de toda boda, le dieron la noticia de que se preparaba una gran festividad en el cielo y, en su porfiado empeño de husmear, se encaminó en busca de su amigo el cóndor para que lo condujera allá.

Llegado que hubo a la madriguera de su compañero de rapiña, muy cortés y reverenciosamente le dice:

— ¡Compadre! Pláceme saludarlo y a su vez rogarle me lleve al cielo, adonde he sido invitado para tocar la guitarra en la gran fiesta.

El cóndor, que le debía favores, le contestó:

—Con muchísimo gusto le serviré de rocinante: pero usted me remunerará con dos llamitas tiernas, porque tan gordo como está usted debe pesar mucho.

—No solamente dos, compadre, serán cuatro.

Cerrado el convenio, el cóndor echóse a cuestras a su compadre, recomendándole se abrazase bien y cogiera la vihuela con los dientes. Emprendieron el vuelo dejando abajo árboles y cerros hasta perderse en las nubes.

Hendiendo ufanos los aires, llegaron a las puertas del cielo, que se abrieron a los golpes del zorro.

Sorprendióse el portero al encontrarse con semejantes huéspedes en aquellos parajes, y preguntóles la causa de su presencia en ese lugar, a lo que repuso el zorro ser un eximio músico y haber venido con el exclusivo objeto de alegrar a los espíritus. No dejó de hacerle gracia al viejo la peregrina ocurrencia, invitándolos a que pasaran adelante.

Conducidos ante el coro de los espíritus, el zorro principió a dejar oír los preludios de un pasacalle, lo que hizo que los espíritus soltasen la risa a caquinos. Como en ninguna parte faltan bromistas, a uno de los tentadores se le ocurrió emborrachar al músico. Entusiasmado éste con la buena chicha, la fiesta pasó de punto y el zorro, borrachito, comenzó a zapatear al son de la guitarra, entonando con voz meliflua la copla siguiente:

Arrímate **rechinante**
para que pase el **llanque**,
y tenga ancho campo
adonde extender el poncho.

Ebrio el zorro, ponía oídos de mercader a las instancias del cóndor para regresar; por lo que, aburrido, éste levantó vuelo y se vino a tierra.

Al despertar el zorro se vio solo en esa inmensidad, sin su querida vihuela, que le habían hurtado. Acongojado y temeroso comenzó a llamar y dar gritos conmovedores; pero en vano. Recorría de arriba abajo y de un lado a otro esas extensas praderas sin ser viviente, en donde sólo crecía paja.

Desesperado, no pensando sino en la muerte ¡y qué muerte! ¡de hambre!, se le ocurre que con la paja podría fabricarse una gran sogá y descolgarse por ella.

Dicho y hecho; en poco tiempo torció una sogá de inmensa longitud que estimó suficiente para alcanzar tierra; ató un cabo al cerrojo de la puerta y arrojó el resto, comenzando su peligroso descenso, alegre y satisfecho de haber encontrado el medio de salir con vida de ese desierto.

A medio camino tropezó con un cernícalo muy atrevido que comenzó a revolotear a su alrededor rozándole el hocico con las alas y con tono petulante a interrogarle?

— ¿Y compadre, cómo le ha ido en la mansión celeste?

Infatuado el zorro de haber bailado en el cielo, con mucha prosa se le encara:

— ¿Desde cuándo un rangalido como tú, un tan feo avechucho, puede ser compadre de un caballero?

Amostazado, el cernícalo le respondió a su vez:

—No son caballeros aquí ni abajo los ladrones de gallinas, hermanos del zorrillo pestífero, ¿Cómo puedes tú nunca equiparar al que cruza libre los aires con los que van al cielo a roer huesos?.

Gruñó de rabia el zorro, lanzó su imprecación altamente denigrante para el cernícalo que, lleno de ira, la arremetió con la sogá a picotazos, y la cortó; mas el fatuo zorro, a pesar de hallarse en peligro, seguía insultándolo: “¡Nariz torcida! ¡Nariz de cuerno! ¡Cuidado con cortar la sogá!”.

No bien siente el zorro que la sogá se arranca y se hacía más vertiginoso su descenso, comenzó a dar voces pidiendo le tuvieran misericordia y le tendieran paja o mantas para recibirlo y evitar se estrellase. Nadie escuchó. Y fue tan rápida su caída que antes de que percibieran sus alaridos estaba en tierra hecho añicos.

¡Triste fin el de todos los presuntuosos y palanganas: suben en alas de amistad y mueren aplastados si se les deja a su propia suerte!.

10.

LA WACHWA Y EL ZORRO

Donde hay uno bueno, hay otro mejor

Un zorro muy hermoso, de poblada cola y afiladas uñas, con más astucia que un gavián hurtó quinua y trigo de un tendal, con el que armó una buena trampa, en cuyas redes cayeron innumerables avecillas. Introdujo a todas dentro de un costal de jerga y llevóselas vivitas a su prole, para adiestrarla en el arte de la cacería al vuelo.

Caminaba taciturno y encorvado por tanto peso hasta que, no pudiendo más, a media jornada, resolvió dejar la carga en casa de su comadre espiritual, una señora alta y bien parecida, de plumaje blanco y pata colorada, moradora a orillas de una gran laguna.

Entablóse entonces el siguiente diálogo:

—Comadre **wachwa**, te dejo esta carga para que me hagas el favor de guardármela hasta mi regreso; pero sin tocarla; será un favor que te lo agradeceré en el alma.

—Compadre zorro, no tengo inconveniente en servir a un tan apuesto e inteligente caballero.

Dio las gracias el zorro y partió alegre, dejando el saco.

Sola la **wachwa**, curiosa como buena mujer, desata el nudo que aseguraba el saco y ¡zas ...!

¡Oh sorpresa!, empluman un gran fraileSCO, gaviotas, zorzales y gorriones, y toman las de villadiego.

Desaforada la **wachwa**, a aletazos pretendía impedir la fuga; pero fue en vano, porque ninguna quedó.

Jamás **wachwa** alguna se vio en trance tan amargo. Daba graznidos y extendiendo sus pesadas alas corría desalentada de un sitio a otro, lamentando su desgracia y pensando a la vez en la venganza que tomaría el astuto de su compadre.

Pasado su aturdimiento le vino una feliz inspiración y se decidió a ponerla en práctica, llenando el saco de espigas que cuidadosamente cubrió con yerbas y otras malezas.

Al crepúsculo, cuando el Sol majestuosamente comenzaba su descenso tras las colinas, regresó el zorro, y como no estuviera presente la comadre, échase a cuestras su carga, y marcha en dirección a su cueva.

Más siente sumamente pesado el saco y, sobre todo, que le pinchan los lomos; pero soporta impasible los hincos, con la ilusión de que poco le falta para llegar a la casa, donde tomará suculenta cena en unión de la señora y sus cachorritos.

Caminaba corcoveando con su carga y exclamando: “¡Ay! cómo me hincan las uñas de los pajaritos, ¡Ay cómo me punzan las patas de los pajaritos!”.

Impacientes por su tardanza, le esperaban en el dintel de la cueva la zorra y sus hijuelos

que, al verle, locos de contento saltan, brincan, se aparragan, se revuelcan, y la muy señorona muellemente recostada lamía y relamía llena de satisfacción a su afilado hocico.

El fatigado zorro siempre gruñendo exclamaba: “Ay, cómo me punzan las patas de los pajaritos!”.

Llegó a la feliz morada y, cual una avalancha, precipítanse sobre el magnífico presente madre e hijos para aligerar tamaña carga; pero retroceden cariacontecidos al contacto de las uñas de los pajaritos.

El zorro, ensangrentado y muerto de cansancio, arroja su carga al suelo, ordenando antes se coloquen en acecho en la entrada para evitar la fuga de las palomitas y gorriones, y se abalanzasen a su voz de mando.

Vacía el saco y a la voz de orden lánzanse sobre la yerba que lo cubría, pero ¡oh dolor!, ¡qué chasco! no había tales zorzales ni palomitas, sólo enormes matas de espinas llevan prendidas en el hocico y manos.

Quedaron desconcertados y dando aullidos lastimosos y enternecedores. Pasaron la noche, hambrientos, doloridos y heridos, relamiéndose el hocico, lamentándose de su mala fortuna y de su negra suerte.

Caviloso el zorro, pensó en vengarse; mas no regresa en el momento, temeroso de no poder dar caza a la comadre para castigar tan inicua broma sino que, pasados los días, se presentó en las cercanías de la casa de la comadre, jurando interiormente comérsela en unión del ahijado. Pero ésta no bien distingue al compadre, de un vuelo se precipita a la laguna, en la que, tal era su miedo, no se creía todavía segura y dando zambullidas se internaba hacia adentro.

El muy resabido del compadre le decía a gritos que había regresado con otro encargo para suplicarle se lo guardase y le juraba, por el santo bautismo de su hijo, no le guardaba rencor ni tomaría venganza por la broma que le había jugado.

La **wachwa**, que en más de una ocasión había escapado con vida de las caricias apetitosas del compadre, no dio crédito al tono hipócrita de su socarronazo compadre, sino que seguía nadando y zambulléndose, y cada vez más adentro.

Desconcertado y violento, el zorro propúsose desaguar la laguna y dio comienzo a su tarea: con patas y hocico rasguñaba el suelo, resuelto a abrir una zanja; pero pronto hubo de renunciar a su temerario empeño porque se le gastaron las uñas y lo acometió el cansancio.

Piensa en otro medio y, como la cólera lo ciega, resuelve beberse toda el agua de la laguna, y bebe; pero bien pronto se convence que el agua se le salía del mismo modo

que entraba, así que se decide a taparse el ano, para lo que coge una coronta y se tapona. Obstruido el canal de salida, loco de furia, con más ardor bebe y bebe el agua, sin meditar que esta nueva zorrada le va a ocasionar la muerte, porque inflándosele el vientre revienta como una vejiga llena de aire.

En sus agonías prorrumpía en lastimeros ayes y tiernas imprecaciones, que el eco repetía:

“¡Wachwa, wachwa de pata colorada!, todavía me hincan las uñitas de los pajaritos, ¡ay, ayl, ¡me punzan las patas de los pajaritos!”.

Hermoso apólogo que nos enseña que nunca debemos ejercitar venganza, y que la cólera es muy mala consejera.

11.

LA CUCULIAGRADECIDA

Dos muchachos de mala índole, acostumbrados a martirizar a los animales, fugaron del hogar, llevando consigo al menor de sus hermanos con engaños y halagos, en la esperanza de librarse del trabajo de la chacra y de ayudar a sus ancianos padres, viviendo en la vagancia y ociosidad.

Viajaban a toda prisa, temerosos de que les dieran alcance, y coléricos por no poder alargar las jornadas cortas que hacían a causa del chicuelo siempre retrasado.

Fatigáronse a su vez; agotadas las provisiones y sin rumbo, muertos de hambre, y extraviados en la puna, se pusieron a descansar.

Lanchi, que éste era el nombre del chicuelo, arrepentido de haber cedido a la seducción, quedóse profundamente dormido.

Tramaron los perversos la manera de deshacerse de ese estorbo que les consumía el hambre y los traía mortificados con su llanto y los ruegos para regresar a la casa. Había llegado la oportunidad de poner en práctica sus designios y concertaron los medios para desembarazarse de él. El más desalmado opinaba por matarlo porque, decía, así no avisará ni habrá quién guíe a nuestros perseguidores. El otro, optaba porque mejor sería quitarle los ojos, y comérselos en seguida. Vacilaban en la elección, cuando Yahuar, veloz como el rayo, se abalanzó y sujetando fuertemente las manos contra el suelo, doblaba la rodilla en el cuello, aseguraba la inmovilidad del chico. Despierta éste desesperado y haciendo esfuerzos inútiles pugnaba por desasirse de su hermano que, airado y furioso, le estrechaba más y más.

La pobre criatura con la faz amoratada, vultuosa la cara, cárdenos los labios de asfixia, dejaba escapar roncros estertores que partían de un pecho anheloso, pugnando desesperado por rechazar la sofocadora opresión. Aterrorizado, con las ansias del ahogo, las órbitas inyectadas precipitábase de sus cuencas; asegurado como estaba, salta el otro hermano con la mirada torva, crispados los dedos, y así como el buitre que con su corvo pico arranca los mortecinos ojos velados por el temor del agonizante corderito preso entre sus garras, así se los coge, los retuerce, los desgarras y se los arranca, feroz, cegándole para siempre.

Más crueles que jaguares, no se conmovieron ante los desgarrados alaridos de su víctima, ni les inquietó a los verdugos la vista del horripilante espectáculo; en su frenético delirio de sangre, cual voraces fieras, devoraron los despojos palpitantes todavía, como para borrar la imagen de su horrendo crimen impreso en la dilatada pupila del espanto.

Mudos, sin remordimiento, presurosos se alejaron los monstruos, perseguidos de sus tétricas sombras.

Taciturno ante la magnitud de su sufrimiento, yerto, exánime, yacía el desgraciado huerfanito, teñida la piel de sangre que borbotea a través de las hendiduras de los párpados, contraídos por el dolor, como el agua que a borbotones mana del arroyo por entre las grietas de la resquebrajada peña.

Rompe el sepulcral silencio, los melodiosos acentos de un corazón tierno a su quebranto, cantando:

¡Urpay. . .cucuy. . . tanran!

¡Urpay. . .cucuy. . . tanran!

Se incorpora, ciego y desamparado, vaga, a tuestas dirige sus vacilantes pasos hacia donde resuenan esos ecos de simpatía a sus ayes de dolor, y tropieza con un queñual, de cuya cima partía esa llamada cariñosa, esos suspiros a su soledad y abandono. Abraza el árbol con fruición; trepa el cieguito y coge a la cuculí enredada en su nido que, al sentirse prisionera, implora perdón: procura desarmarlo con sus ruegos a fin de que no la sacrificara y sollozante le dice: “¿Qué mal te he causado? ¿Soy acaso como los hombres que entre hermanos se destrozar y se matan? Suéltame; te consolaré en tu aflicción con mi arrullo”:

¡Urpay. . .cucuy. . .tanran!

¡Urpay. . .cucuy. . .tanran!

Movido a compasión, déjola en libertad, suplicándole le sirviera de lazarillo hasta poder aplacar el hambre y la sed que le atormentaban.

Pasmada la tortolita de haber hallado corazón en un hombre y misericordia en un niño, ofrecióle unos polvitos blancos con los que debiera cubrir sus heridas; dos cristalitos

de yeso, redondos, para rellenar las oquedades, y un palito con el que debía azotarlas todos los días.

Así lo hacía, y poco a poco, las tinieblas se le hicieron luz; y ¡vio el Soll!, fanal perpetuo suspendido en lo alto, que ilumina eternamente el mundo.

Agradecido por tan inesperado beneficio, de rodillas, levantadas las manos al cielo no sabía qué hacer con la cuculicita.

—Ahora, llévame contigo; no me prives de la libertad, que todos los días cuando la estrella matutina huya a esconderse, te llamaré:

¡Urpay.. .cucuy.. .tanran!

¡Urpay. . .cucuy.. .tanran!

12.

LA LORA Y LA ZORRA

Anhelosa una zorra por conocer la luna, rogó a un cóndor le colocara una sogá por la cual pudiera llegar hasta ella.

Trepaba, mirando a todas partes, ufana de poder transportarse hasta la Mama Luna, cuando escuchó que alguien se reía: “¡Ja, ja, ja! ¡ja, ja, ja!”.

—Quién será aquella disforzada que así se burla de mí?

Cruzaba el espacio, pesadamente, una lora lanzando sus chirridos, a los que los tomaba la zorra por mofa; encolerizada, contesta a su vez; “¡Ociosa lora! ¡lora patituerta! ¿Quién eres tú para burlarte de mí?”

Seguía “ ¡Ja, ja, ja!” la lora, en tanto la zorra colérica la insultaba: “ ¡Lora poltrona! ¡ociosa lora!”.

Rabiosa la lora, al verse ofendida, se abalanzó contra la sogá y la cortó.

Desesperada, la zorra caía por entre las nubes pidiendo a gritos la recibieran en mantas; pero como nadie la escuchara, la infeliz se estrelló en tierra.

13.

EL CÓNDOR Y EL ZORRO

Discutían acaloradamente un zorro y un cóndor sobre sus fuerzas y aptitudes respectivas para desafiar la inclemencia de las punas.

—¿Hablas de resistencia —decíale el cóndor al zorro— cuando te veo acurrucado y hecho un ovillo los días lluviosos, encerrado en la cueva, tú y tu prole, royendo huesos y pereciendo de hambre?

—¿Y vos, cofrade, a quien ni se ve, sumido en su escondrijo empollando como una gallina clueca, cree ser más capaz que yo?

—Para mí —replicó el cóndor— con tender un ala y cubrime con la otra me basta, en tanto que tú. . .

—¿Yo?. . . en mi cola llevo abrigo y protección.

No pudiendo convencerse con razonamientos, como sucede casi siempre que se disputa, acordaron apelar a los hechos.

—Pues bien —arguyó el zorro— vamos a quedarnos toda una noche al raso, soportando la intemperie, con una condición: el que se retira pierde la apuesta y será pasto del que permanezca en pie.

— ¡Aceptado! pero tempestuosa ha de ser —agregó el cóndor.

—Choca, exclamó el otro. Y fijaron plazo.

Llegada la estación de las tormentas, cierto día en que nubes grises se amontonaban como torbellinos de humo, fuese volando el cóndor en busca del zorro. Comenzó, luego, una furiosa tempestad: los relámpagos difundían destellos iluminando el firmamento, y los rayos, uno tras otro describieron tortuosos zig-zag, rasgaban las nubes y estallaban con fragor sobre las cumbres, cuando el cóndor, al resplandor de un relámpago, descubre a su contrincante, erizados los pelos y desprendiendo chispas, aprestándose a huir, pero detiénese a la llamada y, quieras que no quieras, hubo de aparejarse para dar cumplimiento a lo pactado.

Llovía a cántaros, rotas las nubes se precipitaban como cataratas desprendidas de lo alto y torrentes de agua inundaban el campo, cuando ellos fieles al convenio disponíanse a pasar la noche de claro en claro, anhelosos de que asomase la aurora.

De pie el cóndor sobre un montículo, sin muchos preámbulos, extiende él desnudo cuello y levantando el ala, introduce su encorvado pico dentro de él. A su vez, el zorro, aparragado en el humedecido suelo, oculto el hocico entre las patas, arrebujábase como podía, guareciéndose bajo su copioso rabo.

Mientras el impasible buitre desafiaba la lluvia que chorreaba y resbalaba por su reluciente y apretada plumazón, al desventurado zorro empapábale el ya estropeado pelaje, infiltrándose sin reparo aun por sus punteagudas y rígidas orejas. Remojado su encallecido pellejo, que ha tiempo el frío le tenía como carne de gallina, sin rehuir, herido en su amor propio, manteníase firme en la lid. Prorrumpía de vez en cuando en lastimeros aullidos: **Alalauú** (¡Ay que frío!) y con voz más desfalleciente gemía: **Alalauú** (¡me muero de frío!)
... ¡A... la... laú... úúú...!

Huararaú, respondía jactancioso el cóndor y pasada la noche, el alado rey, yérguese, arruga el penacho de su coronado pico y purpúreo cuello, sacude su alba cola y renegrado manto, y con paso imponente dirígese adonde había dejado a su rival, el que, aterido y yerto, yacía sin vida.

¡Triste fin de los presuntuosos obstinados!

14.

EL PUMA Y LA ZORRA

Había helado tanto que un pobre puma yacía tiritando de frío al pie de una loma cuando acertó a pasar una zorra describiendo piruetas en el aire para entrar en calor. Detiénese y le dirige la palabra.

— ¡Oye compadre!, ya que estamos friolentos, vamos a calentarnos azotándonos mutuamente; pero eso sí, antes nos amarraremos los pies a fin de no encolerizarnos y hacernos daño.

Dicho y hecho. Tocóle primero al puma, que ató de pies y manos a la zorra y le arrimó unos cuantos zurriagazos hasta hacerla brincar.

Llególe su turno a la zorra, la que, a su vez, atrincó al león y lo flageló despiadadamente; dejándolo amarrado, huyó, sin dar oídos a sus lamentos, pues lo suponía irritadísimo, y no sin razón, después de la manera cruel como lo había zurrado.

El puma, dolorido y maltratado, logró desasirse como pudo, jurando castigar ejemplarmente a la que había osado burlarse de modo tan inicuo y azotado sin compasión

al rey de los animales. Caminaba en pos de la desvergonzada zorra cuando a pocos pasos la apercibe profundamente dormida tras unas mantas de paja. Coge un manojo de briznas y se le pone a cosquillar el hocico a la muy taimada, que sacudía su poblada cola, exclamando ufana: “¡Chuspi (moscas), fuera, que estoy durmiendo después de haber azotado al león!” Y repetía: “¡Chuspi, fuera que estoy durmiendo después de haber zurrado al feroz puma!”. Con esto lo encolerizaba más recordándole su afrenta; así que cogiéndola por el rabo y sin darle tiempo para encomendar su alma, la aventó barranca abajo, donde se hizo polvo.

Nunca debe uno ufanarse de haber cometido una felonía; que la reparación no se hace esperar.

15.

EL CONDENADO

Una pareja había venido a una fiesta al pueblo. Esto era una quebrada; había un río, así como en Huamanga nosotros tenemos el río Alameda. El hombre y la mujer tenían que estar de regreso en la tarde. La mujer le decía al marido: “Vamos ya, vamos ya. Nuestros hijos: deben estar llorando. Vamos ya”. Después, el marido le dijo a su mujer: “Vamos, pues”.

Habían viajado medio mareados los dos, pero él estaba bien borracho. El hombre iba por el camino “su mujer le seguía con su hijo amarrado con su **qepi**, en la espalda. El hombre volteó y le dijo a la mujer: “No le vas a hacer llorar al hijo”. Y la mujer le respondió: “En vano estás hablando. Te haría caso si estuvieras en tu juicio”.

Cuando estaba yendo, ya tarde, de un momento a otro el marido se cayó al suelo. La mujer dijo: “¡Mamá linda! ¡Levántate, levántate!”, y le jalaba los brazos para despertarlo. El marido no se movía pero empezó a roncar. El marido roncaba, kjsss, kjsss. La mujer le decía: “¡Despiértate, despiértate!”, pero él no se despertaba. La mujer decía: “¿Qué cosa voy a hacer?” Y seguía jalándolo para que se despertase, pero él no hacía caso. Kjsss, kjsss, seguía roncando el marido. La mujer dijo: “Ya es tarde, me puede suceder cualquier cosa”, y seguía jalándolo para despertarlo.

Ya se veía el chuseq y venía un viento frío. La mujer dijo: “¿Qué voy a hacer? Estaré a tu lado, mo más. Ya es una hora fea”. Pero el marido no se movía, no hablaba; sólo roncaba.

De repente se apareció un alma salvada, toda vestida de blanco. El alma y la mujer empezaron a jalar al hombre que estaba dormido, pero no podían moverlo. El hombre seguía roncando, kjsss, kjsss. Ya escuchaban venir al condenado, como a media cuadra ya

venía el condenado, arrastrando su cadena, challan, challan. El alma salvada le dijo a la mujer: "Tú, ponte detrás del camino. Y tu esposo, que se esté quieto, no más. Ya que no podemos moverlo, dejémoslo así".

El condenado llegó, arrastrando su cadena, challan, challan. Y se lo llevó al hombre, alma y cuerpo, todo. La mujer no vio cómo se lo había llevado el condenado a su marido porque tenía miedo y se había tapado los ojos. Al amanecer, se estaba yendo ya a su casa, sin su marido. Y miraba a todas partes y no encontraba a su marido. Por el camino de arriba vio, encima de un árbol, sólo la ropa de su marido. Y se veía también un excremento grande, de hombre. Pero el hombre no estaba. La mujer lloró y se fue a su casa. Sola no más con su hijo regresó. Habrá avisado después a la familia, le habrán hecho su misa al quinto día, pues.

16.

UKUMARI

Dicen que había un leñador que había ido al cerro a hacer leña. Estaba haciendo leña el hombre. Cuando estaba trabajando, se le apareció Ukumari y le dijo: "Oye, hombre. Oye, hombre. Apúrate, haz leña. Tengo hambre". El hombre le contestó: "¿Cómo, pues, señor? Yo mantengo a mi mujer y a mis hijos. ¿Cómo, pues, me vas a comer?" Ukumari le contestó: "Apúrate, apúrate, ya me ha cerrado el hambre". Ukumari, entonces, se echó a dormir al suelo, y el hombre sufría haciendo leña.

Un zorro que venía de lejos se le apareció al hombre. Cuando se apareció, el hombre le dijo: "Señor, este Ukumari está dormido casi junto a mí. Me dice 'Apúrate, apúrate, que tengo mucha hambre'. Y a mis hijos, y a mi mujer, ¿quién los va a mantener?, le contestó. Así me quiere comer". Así le dijo al zorro que lo escuchaba callado. Después, el zorro habló: "Ven, ésto te voy a decir: cuando yo esté en el morro, agárrame al padrillo (de las ovejas). Yo te voy a preguntar: '¿No está Ukumari por ahí? Bastantes montoneros estamos buscándole, le vamos a cortar la cabeza'". Así le dijo el zorro al hombre. Después, se fue al morro y de ahí empezó a hablar: "Oye, hombre, ¿no está Ukumari por ahí? Todos los montoneros estamos buscándolo para matarlo, para cortarle la cabeza". Entonces, Ukumari se despertó y le dijo al hombre que contestara diciendo que él no estaba. El hombre dijo: "No está aquí, señor". El zorro volvió a preguntar: "¿Qué cosa es lo que está echado a tu lado?" Ukumari, despacito, le dijo al leñador que contestara: "Es un tronco que está a mi lado". Entonces, el zorro le dijo al hombre: "A ver, tira con tu hacha al tronco". Ukumari le dijo al hombre: "Tírame suavcito". El hombre, entonces, tiró suavcito, con su hacha, una, dos veces, pero a la tercera, le cortó el cuello a Ukumari. Así lo mató. Entonces el zorro bajó. En recompensa al favor que el zorro le había hecho, el leñador agarró un buen carnero y se lo dio. El zorro se lo llevó para comer.

17.

EL HERMANO RICO Y EL HERMANO POBRE

Había dos hermanos, uno pobre y otro rico. El hermano pobre iba a la casa del rico a buscar alguna comidita. En la casa del rico hacían cortar la leche para hacer quesillo. Hacían esto los sirvientes del hermano rico. El hermano pobre iba allá a tomar el suero, lo que sobraba. Viendo esto, dijo el hermano rico a los sirvientes, delante de su hermano pobre: “Este suero sirvan a los perros”. El hermano pobre se entristeció. Y dijo: “Ah, así todavía dice”. Formando sentimiento se fue a su casa. “Esto ha pasado”, le dijo a su mujer. Agarró su hacha, su sogá, su **qepi** y se fue a hacer leña. A su mujer le dijo: “Voy a hacer leña”.

Cuando estaba en el cerro, haciendo leña, anocheció. “¿Qué voy a hacer? ¿Me tendré que quedar esta noche en el cerro a dormir?”, dijo el hombre. Al poco rato, escuchó conversar a los cerros El, callado no más, escuchaba a los cerros. Un cerro dijo: “¿Tienes visita” y otro le contestó: “Sí hay”. Entonces, éste le preguntó al primero: “¿Tú qué cosa le vas a mandar?” Y el otro le contestó: “Yo le voy a mandar **paru sara**”. Este le dijo al otro: “Yo le voy a mandar **almidun sara**”.

El hombrecito había escuchado la conversación de los cerros y dijo: “Me regalarán **paru sara y almidun sara**”. Y amaneció. “Voy a irme ya, pues”, dijo. Se levantó y se acercó a su **qepi**. Junto ; su **qepi** estaba amontonado el **paru sara**, el **almidun sara**. “¡Qué rico esto que me voy a llevar!”, dijo, y lo puso todo en su **qepi**. Juntó la leña, la amarró, agarró su **qepi** y partió. Pero el **qepi** se iba haciendo más pesado. Como pesaba tanto, lo abrió y vio que solo había oro y plata. Como no podía llevar todo, ya que era muy pesado, enterró una parte al lado del camino y allí lo señaló.

Cuando regresó a su casa, el hombrecito le dijo a su mujer: “Esto me ha pasado, mira lo que he traído”. Y le entregó su **qepi**, diciéndole: “Cuando estuve viniendo, empecé a pesar mi **qepi** y por eso he separado una parte”. Después, el hombrecito regresó a donde había enterrado el oro y la plata y trajo el resto a su casa.

El hombrecito empezó a comprar cositas, a reparar cositas. Después, apareció su hermano, el rico, diciendo: “¿Con qué cosa se ha levantado? ¿Con qué cosa se ha vuelto rico?”. Con envidia, con rabia, hablaba. Pero el hombrecito le había contado a otras gentes: “Los cerros me han dado esto”. Y la gente le había contado al hermano rico, tal como lo había dicho su hermano. Le habían dicho de esta manera: “Dice que los cerros le han traído oro y plata”. El hermano rico dijo: “Con eso es, seguramente, rico”. Y el que le contó al hermano rico le contestó: “Con eso se ha vuelto rico”. Y el hermano rico dijo: “Pues yo también voy a ir”. Soberbio, con rabia, así dijo.

El rico fue una tarde al cerro, con su **qepi**. Cuando oscureció, escuchó que los cerros conversaban. Un cerro dijo: “¿Tienes visita?” Y otro dijo: “Sí hay”. El primer cerro preguntó: “¿Qué cosa le voy a mandar?” Y el otro le dijo: “Yo le voy a mandar lana. ¿Y tú?”.

Y el primer cerro dijo: “Yo le voy a mandar cuernos”. El hombre escuchaba, callado.

Cuando amaneció, el hombre se dio cuenta que tenía lana y cuernos: se había convertido en carnero. Y dijo: “¿A dónde voy a ir ahora? Ya no puedo volver a mi casa así”. En el cerro había una cueva. A esa cueva entró el carnero. De allí no más había hecho llamar a su mujer, pero a su casa no volvió. Y así, pues, todas sus pertenencias se terminaron porque se quedó a vivir en el cerro.

Es feo tener envidia

18.

LA AMANTE DE LA CULEBRA

Era la única hija de un matrimonio. Todos los días iba a la montaña a cuidar el ganado. El padre y la madre no tenían más hijos que ella. Y por eso la mandaban día a día a pastar el ganado. La moza era ya casadera, muy desarrollada y hermosa.

Cierto día, en la cumbre de un cerro, se le acercó un joven muy fino, muy delgado.

—Sé mi amante— le dijo. Y siguió hablándole de amor.

Viéndolo alto y vigoroso, la joven aceptó.

Desde entonces se veían en la montaña; allí se amaban.

—Quiero que me traigas siempre harina flor, tostada —dijo el mozo a la pastora.

Ella cumplió el encargo de su amante. Y le llevaba harina flor cocida, todos los días. Comían juntos, se servían el uno al otro.

Así vivieron durante mucho tiempo. El mozo caminaba y corría de bruces, se arrastraba, como si tuviera muchos pies menudos. Es que no era hombre. Era una serpiente. Pero para los ojos de ella semejaba un mozo delgado y alto.

La moza quedó encinta, y dijo al joven:

—Estoy embarazada. Cuando lo sepan mis padres me reconvendrán y me preguntarán quién es el padre de mi hijo. Debemos decidir, si vamos a mi casa o a la tuya.

El mozo contestó:

—Tendremos que ir a tu casa. Y yo no podré entrar libremente, no es posible. Dime si junto al batán de tu casa hay un hueco en la pared. ¿No hay siempre junto a los batanes un hueco que sirve para guardar el estropajo con que se limpia la piedra?.

—Sí; junto al batán hay ese hueco.

—Me llevarás allí —dijo el mozo.

Y la joven preguntó:

—¿Qué podrías hacer en ese hueco?

—Allí viviría de día y de noche.

—No cabrías. No es posible; es un hueco muy pequeño.

—Entraré. Y me servirá de vivienda. Ahora quiero saber en qué sitio duermes: en la cocina o en el granero.

—Yo duermo en la cocina —dijo la joven—. Duermo con mis padres.

—¿Y en qué sitio está el batán?

—Nuestro batán está en el granero.

—Cuando yo vaya dormirás en el suelo, junto al batán.

—¿Y cómo podré separarme de mis padres? Ellos no querrán que duerma sola.

—Simularás temer que los ladrones roben el granero. “Yo dormiré allí para cuidar”, les dirás. Y tú sola entrarás a moler en el batán; no permitirás que tus padres lo hagan. Cada vez que muelas harina, arrojarás un poco al hueco en que he de habitar. Me alimentaré únicamente de eso. No comeré otra cosa. Y para que no me vean taparás cuidadosamente el hueco con la mota de limpiar el batán.

—¿No puedes presentarte libremente ante mis padres? -preguntó, entonces, la joven.

—No; no puede —contestó él—. Poco a poco iré apareciendo ante ellos.

—¿Y cómo has de habitar en ese hueco? Es muy pequeño, apenas si cabe un trozo de lana.

—Tendrás que agrandarlo por dentro.

—Bueno-dijo ella—. Tú sabrás de qué manera te acomodas allí.

—Pero tendrás que llevarme. Y me dejarás tras el muro de tu casa. En la noche me conducirás hasta el granero.

—Bien —contestó la amante.

Esa noche la moza fue sola a su casa; entró al granero furtivamente y agrandó el hueco que había junto al batán. Al día siguiente partió hacia la montaña a pastar el ganado. En el lugar de costumbre encontró a su amante. “Ya ensanché el hueco del estropajo”, le dijo. Al anochecer se dirigieron juntos a la casa de la amante. Ella dejó al mozo en el corral del ganado, tras de la casa. Y vino en la noche por él; lo llevó hasta el hueco que había junto al batán. El mozo se deslizó suavemente en el agujero. La joven decía para sí, mientras el mozo se dirigía al hueco: “¡Imposible! No podrá entrar”.

Esa misma noche la joven dijo a sus padres:

—Padre mío, madre mía: es posible que los ladrones nos roben todas las cosas que tenemos en la despensa. Desde ahora voy a dormir en el cuarto donde guardamos los alimentos.

—Anda, hija mía —asintieron los padres.

La joven llevó su cama a la despensa y la tendió en el suelo, junto al batán. La serpiente se deslizó al lecho, y los amantes durmieron juntos. Todas las noches dormían juntos, desde entonces.

Cuando había que moler en el batán la joven no permitía que otro lo hiciera; iba ella, y arrojaba puñados de harina en el hueco del estropajo. Antes de irse cerraba el hueco con el pellejo que servía para limpiar el batán. De ese modo, ni los padres, ni nadie, pudieron ver lo que había en ese agujero. Los padres no sospechaban; no se les ocurría destapar el hueco y ver su interior. Sólo cuando se dieron cuenta de que su hija estaba embarazada, se inquietaron y decidieron hablar.

—Parece que nuestra hija está encinta —dijeron—. Es necesario que le preguntemos quién es el padre.

La llamaron y la interrogaron:

—Estás embarazada. ¿Quién es el padre de tu hijo?

Pero ella no contestó.

Entonces el padre y la madre le preguntaron a solas, ya el uno, ya la otra. Mas ella siguió enmudeciendo.

Hasta que sintió los dolores del parto, una noche y otra noche. Los padres la atendían. Y la serpiente no pudo deslizarse durante esas noches al lecho de la joven.

La serpiente ya no vivía en el hueco. Creció mucho, se hizo enorme, y ya no pudo entrar en el agujero de la pared. Succionando la sangre de la joven había engordado y estaba hinchada y rojiza. Escarbó la base del batán, hizo un agujero allí, y trasladó su vivienda. Era una especie de cueva bajo el batán, un gran nido, la nueva vivienda de la serpiente. Había engordado en redondo, a lo ancho; estaba pletórica. Pero para los ojos de su amante no era culebra, era un mozo. Un mozo que engordaba reciamente.

No podían cubrir ya los amantes la cueva que escarbaron bajo el batán. Por eso la joven doblaba las mantas de su cama y las tendía unas sobre otras en base de la piedra, todas las mañanas. Así pudieron ocultar el nido de la serpiente de los ojos del padre y de la madre cuando éstos entraban al granero.

Ante el silencio irreductible de su hija, los padres decidieron averiguar, preguntaban a las gentes del **ayllu**:

—Nuestra hija ha aparecido embarazada de la nada. ¿No la habéis visto en algún lugar hablar con alguien? ¿Quizá en los campos donde apacentaba el ganado?

Pero todos contestaban:

—No; no hemos visto nada.

—¿Dónde la hacéis dormir? —preguntaron algunos.

—Al principio dormía junto con nosotros, en el mismo cuarto.

Pero ahora insiste en dormir en la despensa; allí tiene su cama, en el suelo, junto al batán. Y sólo ella quiere ir a moler; no permite que nadie se acerque al batán.

—¿Y por qué causa se opone a que os acerquéis al batán? ¿Qué dice? —preguntaban.

—“No os acerquéis, padres míos, al batán; podréis ensuciar mi cama; yo sola voy a moler”, dice ella —respondieron los padres.

—¿Y por qué no quiere que os acerquéis al batán? —interrogaban.

—Ha sufrido y a los primeros dolores del parto —contestaban los padres.

Entonces dijeron:

—Id donde el adivino. Pedidle que vea y averigüe. La gente común no podemos saber lo que ocurre. ¡Qué será!

El padre y la madre fueron en busca del adivino. Llevaron un atado pequeño de coca. Pidieron que viera el caso de su hija.

—Mi hija no se siente bien; no sabemos lo que tiene —le dijeron.

El adivino preguntó:

—¿Qué le pasa a vuestra hija? ¿Qué le duele?

—Ha aparecido embarazada. No sabemos de quién. Hace tiempo que ha empezado a sufrir los dolores, noche tras noche. Y no puede dar a luz. No quiere decirnos quién es el padre —dijo la mujer.

El adivino consultó en las hojas de coca, y dijo:

—¡Algo, algo hay bajo el batán de tu casa! Y ese es el padre. Porque el padre no es gente, no es hombre.

—¿Y qué puede ser? —contestaron temerosos los ancianos—. Adivina, pues, todo; adivina bien, te lo rogamos.

Entonces el adivino siguió hablando:

—¡Allí dentro hay una serpiente! ¡No es un hombre!

—¿Y qué hemos de hacer? —preguntaron los padres.

El adivino meditó unos instantes, y volvió a hablar, dirigiéndose al padre:

—Tu hija se opondrá a que matéis a la serpiente. “¡Matadme a mí primero antes que a mi amante!”, os dirá. Envíala lejos, a cualquier lugar que esté a un día de camino. Y aun a esa orden se negará. Dile de este modo, tomando el nombre de algún pueblo: Sé que en ese pueblo hay un remedio para dar a luz. Ve, compra ese remedio y tráemelo. Me dicen que con ese remedio podrás dar a luz. Si no me obedeces esta vez, te apalearé; te golpearé hasta que mueras —le dirás. Sólo así conseguirás que vaya. Al mismo tiempo contratarás gente armada de palos, de machetes y fuertes garrotes. Luego harás que tu hija salga a cumplir tu mandato. Y cuando ella esté ya lejos, entraréis todos al granero y empujaréis el batán. Allí, debajo, hay una gran serpiente. La golpearéis hasta matarla. Cuidaos de que la culebra salte hacia vosotros, porque si salta, os matará. La degollaréis bien; abriréis una sepultura y la enterraréis.

—Bien, señor. Cumpliremos tus instrucciones —dijo el padre, y salió; su mujer le seguía.

Inmediatamente fue a buscar gente; hombres fuertes que le ayudaran a matar a la bestia. Contrató diez hombres, bien armados de garrotes y de filudos machetes.

—Mañana, cuando mi hija se haya marchado, vendréis a mi casa, caminando sin que nadie os vea —les dijo.

A la mañana siguiente ordenaron a la joven que cocinara su fiambre. La hicieron levantar temprano. Le dieron dinero, para simular el mandato, y le dijeron:

—Con este dinero comprarás el remedio para dar a luz. En Sumakka Marka, en aquel pueblo que está en la otra banda del río, encontrarás el remedio.

Pero la moza no quiso obedecer. “Yo no puedo ir —dijo—. No quiero”. Entonces los padres la amenazaron:

—Si no vas, si no traes el remedio, te mataremos a palos. Te golpearemos hasta destrozar el feto que llevas en el vientre.

Atemorizada, la joven se echó a andar.

La vieron caminar hasta que se perdió de vista. Cuando hubo desaparecido en la lejanía, los hombres contratados se dirigieron a la casa del padre. Se reunieron todos en el patio. Se repartieron su ración de coca; masticaron durante un rato, y luego entraron al granero; trasladaron al patio todas las cosas que allí había; finalmente, sacaron la cama de la mujer.

Y se armaron. Con los garrotes al hombro y empuñando los machetes entraron al granero; rodearon el batán, y esperaron. Empujaron el batán: una serpiente gruesa estaba tendida allí; tenía una gran cabeza, semejante a la de un hombre; estaba engordando. “¡Wat’ akk!”, saltó la serpiente al verse descubierta, su cuerpo pesado produjo un ruido al erguirse. Los diez hombres la golpearon y la hirieron. La dividieron en varios trozos. Su cabeza fue arrojada fuera, a la pampa. Y allí empezó a debatirse; saltaba, hervía sobre el suelo. Los hombres la seguían y la machucaban, iban donde caían y trataban de abatirla. La golpeaban desde alto; su sangre corría por los suelos, brotaba a chorros del cuerpo mutilado. Pero no podía morir

Y cuando estaban golpeando la cabeza de la serpiente, en ese momento, llegó la mujer, la amante. Al ver gente reunida en el patio, corrió al granero, hacia el batán. La piedra estaba bañada en sangre. El nido de la serpiente estaba vacío. Volvió la cabeza para mirar el patio: varios hombres golpeaban con garrotes la cabeza de su amante. Entonces lanzó un grito de muerte:

—¿Por qué, por qué destrozáis la cabeza de mi amante? ¿Por qué lo matáis?
—exclamo—. ¡Este era mi marido! ¡Este era el padre de mi hijo!.

Volvió a gritar; su voz colmó la casa. Contempló la sangre y sintió espanto. Y por el esfuerzo que hizo para gritar, abortó: una multitud de pequeñas culebras se retorcieron en el suelo, cubrieron la tierra del patio, saltando y arrastrándose.

Mataron, al fin, a la gran culebra. Mataron también a las serpientes pequeñas. Las persiguieron a todas y las fueron aplastando. Luego, unos hombres cavaron un hoyo en la tierra y los otros barrieron la sangre. Barrieron la sangre de toda la casa, la juntaron cerca del hoyo, y enterraron las serpientes y el barro de sangre. Y llevaron a la joven hasta la habitación de los padres. Allí la curaron. Volvieron las cosas del granero a su lugar primitivo. Limpiaron y arreglaron la casa. Cargaron el batán hasta una cascada del río; colocaron la piedra bajo el chorro y allí la dejaron. Y cuando hubo quedado todo en orden, los padres de la joven dieron a cada hombre lo que era justo, por su trabajo. Ellos recibieron su salario y se fueron.

Más tarde, los padres preguntaron a su hija:

—¿Cómo, de qué modo pudiste vivir con una serpiente? No era hombre tu marido; era el demonio.

Sólo entonces la joven confesó su historia; hizo el relato de su primer encuentro con la serpiente. Y todo se llegó a saber, y quedó aclarado. Los padres curaron a su hija, la cuidaron y la sanaron, de su cuerpo y de su alma. Y luego, mucho después, la joven se casó con un hombre bueno. Y su vida fue feliz.

19.

EL NEGOCIANTE DE HARINAS

Este era un negociante en harinas. Cuando salía de viaje se dirigía siempre donde un comprador conocido. Ambos se dieron la palabra, convinieron en que el vendedor no iría a ninguna otra parte a alojarse ni que negociaría con gente extraña.

Una vez, el negociante de harinas salió en viaje de negocio en compañía de un hombre de Sicuani. Salía después de mucho tiempo. Hacía cerca de medio año que no iba donde su comprador. Faltando al convenio, había vendido su harina en pueblos lejanos. Pero esta vez le dijo a su acompañante:

—Tenemos que ir donde mi comprador.

Y llevó a su compañero por el camino que iba hacia la casa de su antiguo amigo.

Anocheceía mientras andaban; cayó el sol y era la hora del descanso; entonces dijo el sicuaneño:

—Parece que está aún muy lejos la casa de tu comprador.

El negociante le respondió:

—No. Ya estamos cerca, muy cerca de la casa de mi comprador.

Y siguió guiando a su compañero. No quería descansar en ningún otro sitio. Muy lejos, muy lejos, divisaron una casa. Y el negociante dijo:

—Allá está; ya se ve la casa de mi comprador.

Su acompañante tenía una extraña fatiga. Y sin que hubiera motivo empezó a sentir miedo.

—No sigamos. En cualquiera de estos sitios dejemos las cargas y descansenos —dijo.

—¿Qué? ¿Cómo es posible que pidas descansar en el campo cuando estamos cerca de una casa? No; sigamos. Ya vamos a llegar —contestó el negociante.

Y cuando estaba hablando, una voz de fantasma gritó desde la cumbre de un cerro:

— ¡Oh, mi vendedoor. . . mi vendedor!

El comprador había muerto; y como fue condenado, se había hundido en el infierno.

—¿Ves? Mi comprador me llama. Mi comprador es magnánimo y bueno —dijo el negociante.

Pero su compañero sintió espanto. Sabía en su corazón que esa voz no era de hombre. El que llamó no llamó con voz humana. Su grito había sido nasal. Entonces preguntó al negociante en harinas.

—¿Qué clase de hombre es aquél que ha podido subir a un cerro tan alto, a esa cumbre?.

—Es que mi comprador tiene ganado. Sus bestias se habrán escapado al cerro y él habrá ido a buscarlas.

Y nuevamente se oyó el grito:

—¡Oh, mi vendedooor... mi vendedor!

El sicuaneño volvió a decir al negociante:

—No, señor. Imposible; esa voz no es voz de gente.

En ese momento ya estaban llegando a la casa del que llamaba. Y el fantasma también venía, bajaba del cerro, tropezándose con su mortaja, enredándose, enredándose, a cada instante.

Sobrecogido de terror, el acompañante entró a la casa del comprador junto con el negociante en harinas. Apenas llegaron se quitaron los atados que llevaban a la espalda, y bajaron de las bestias los sacos de harina. La casa estaba deshabitada, vacía; todas las puertas permanecían cerradas. El negociante derrumbó la pared de piedras que cerraba la entrada de una de las habitaciones, saltó al interior, se tendió en el suelo, y se quedó dormido. Mientras tanto, el otro hombre, amarró las llamas, alineó las cargas en un rincón del patio, y esperó, sentado en cuclillas, lleno de espanto.

Muy cerca de la casa, volvió a oírse el grito:

—¡Oh, mi vendedooor! ¡Ya vienes, ya estoy llegando!. . .

El hombre miró la montaña, y vio que el fantasma rodaba ya por la base del cerro, enredándose, tropezándose siempre con su mortaja.

Entonces corrió hacia la habitación donde su compañero y trató de despertarlo; lo sacudió; pero el negociante siguió dormido; tenía un sueño de piedra.

—¡Ya viene el Condenado! ¡Despierta! —le gritaba. Pero el hombre no oía.

Y desde la ladera próxima a la casa, gritó nuevamente el fantasma:

—¡Oh mi vendedooor! ¡Tenemos que unir nuestras bocas!

Y el grito final se alargó en los confines.

Como no pudo despertar el negociante, el hombre huyó lejos de la casa llevándose sus atados. Pero dejó bien cercada la puerta de la habitación donde dormía su compañero; le

hizo una pared ancha de piedras. Ya en su refugio, amarró sus llamas, prendió una fogata y se sentó.

El Condenado demoró. Muy entrada la noche, cuando iba saliendo la luna, llegó; se escurrió en la casa, y empezó a desatar el cerco que protegía la habitación aquella; piedra tras piedra desmoronó la pared.

Apenas entró, agarró al negociante y lo fue devorando. Una sola vez gritó la víctima: ¡Uaaúúú! Después no se oyó más que el ruido de las mandíbulas del Condenado, el crujido de los huesos y de la carne que trituraba.

El compañero rezaba y fumaba, imploraba; tiritando decía: “En seguida vendrá a devorarme a mí”.

Al rayar de la aurora todo estaba en silencio. No vino el Condenado. El ruido de sus mandíbulas cesó.

Cuando salió el sol y creció bien el día, corrió el hombre hacia la casa. “Lo habrá devorado el Condenado, o qué será de él”, decía. Muy despacio se acercó a la puerta de la habitación, miró por una rendija, hacia el interior y vio: en un rincón estaba tendido el Condenado, dormía, roncaba ferozmente; del negociante en harina solo quedaban unos trozos de ropa ensangrentada y unos pedazos de su cuero cabelludo esparcidos en los suelos.

Entonces, el hombre, en silencio y con el mayor cuidado, volvió a tapiar la puerta con un cerco muy duro y firme. Y luego, incendió la casa. Allí hizo arder al Condenado.

Después cargó rápidamente sus llamas, y se marchó hasta Sicuani, a toda carrera.

Cuando el Condenado sintió el fuego en su cuerpo, despertó, tumbó el cerco de la puerta y escapó a saltos. Ardiendo, empavesado, huyó por la montaña, cerro arriba, hacia la cumbre. Se torno a su lugar de origen, y hasta hoy no ha vuelto.

20.

EL TORITO DE LA PIEL BRILLANTE

Este era un matrimonio joven. Vivían solos en una comunidad. El hombre tenía una vaquita, una sola vaquita. La alimentaban dándole toda clase de comidas; gacha de harina o restos de jora. La criaban en la puerta de la cocina. Nunca la llevaron fuera de la casa y no se cruzó con macho alguno. Sin embargo, de repente, apareció preñada. Y parió un becerrito color marfil, de piel brillante. Apenas cayó al suelo mugió enérgicamente.

El becerro aprendió a seguir a su dueño; como un perro iba tras él por todas partes. Y ninguno solía caminar solo; ambos estaban juntos siempre. El becerro olvidaba a su madre; sólo iba donde ella para mamar. Apenas el hombre salía de la casa el becerro lo seguía.

Cierta día, el hombre fue a la orilla de un lago a cortar leña. El becerro lo acompañó. El hombre se puso a recoger leña en una ladera próxima al lago; hizo una carga, se la echó al hombro y luego se dirigió a su casa. No se acordó de llamar al torito. Este se quedó en la orilla del lago comiendo la totora que crecía en la playa.

Cuando estaba arrancando la totora, salió un toro negro, viejo y alto, del fondo del agua. Estaba encantado, era el Demonio que tomaba esa figura. Entre ambos concertaron una pelea. El toro negro dijo al becerro:

—Ahora mis no tienes que luchar conmigo. Tenemos que saber cuál de los dos tiene más poder. Si tú me vences, te salvarás; si te venzo yo, te arrastraré al fondo del lago.

—Hoy mismo no —contestó el torito—. Espera que pida licencia a mi dueño; que me despida de él. Mañana lucharemos. Vendré al amanecer.

—Bien dijo el toro viejo—. Saldré al mediodía. Si no te encuentro a esa hora, iré a buscarte en una litera de fuego, y te arrastraré a ti y a tu dueño.

—Está bien. A la salida del sol apareceré por estos montes —contestó el torito.

Así fue como se concertó la apuesta, solemnemente.

Cuando el hombre llegó a su casa, su mujer le preguntó:

—¿Dónde está nuestro becerrito?

Sólo entonces el dueño se dio cuenta que el torito no había vuelto con él. Y dijo:

—¿Dónde estará?

Salió de la casa a buscarlo por el camino del lago. Lo encontró en la montaña, venía mugiendo de instante en instante.

—¿Qué fue lo que hiciste? ¡Tu dueña me ha reprendido por tu culpa! Debiste regresar inmediatamente —le dijo el hombre, muy enojado.

El torito contestó:

—¡Ay! ¿Por qué me llevaste, dueño mío? ¡No sé qué ha de sucederte!

—¿Qué es lo que ha ocurrido? ¿Qué puede sucederme? —preguntó el hombre.

—Hasta hoy no más hemos caminado juntos, dueño mío. Nuestro camino común se ha de acabar.

—¿Por qué? ¿Por qué causa? —volvió a preguntar el hombre.

—Me he encontrado con el Poderoso, con mi gran Señor. Mañana tengo que ir a luchar con él. Mis fuerzas no pueden alcanzar a sus fuerzas. Hoy él tiene un gran aliento. ¡Ya no volveré! Me ha de hundir en el lago —dijo el torito.

Al oír esto, el hombre lloró. Y cuando llegaron a la casa, lloraron ambos, el hombre y la mujer.

—¡Ay mi torito! ¡Ay mi criatura! ¿Con qué vida, con qué alma nos has de dejar?

Y de tanto llorar se quedaron dormidos.

Y así, muy al amanecer, cuando aún quedaban sombras, muchas sombras, cuando aún no había luz de la aurora, se levantó el torito, y se dirigió hacia la puerta de casa de sus dueños, y les habló así:

—Ya me voy. Quedáos, pues, juntos.

—¡No, no! ¡No te vayas! —le contestaron llorando—. Aunque venga tu Señor, tu Encanto, nosotros le destrozaremos los cuernos.

—No podréis —contestó el torito.

—Sí; hemos de poder. ¡Espera!

Pero el torito salió hacia la montaña.

—Subirás a la cumbre, y muy a ocultas, me verás desde allí —dijo.

El hombre corrió, le dio alcance y se colgó de su cuello, lo abrazó fuertemente.

— ¡No puedo, no puedo quedarme! —le decía el torito.

— ¡Iremos juntos!

—No, mi dueño. Sería peor, ¡me vencería! Quizás yo solo, de algún modo pueda salvarme.

—¿Y cómo ha de ser mi vida si tú te vas? —decía y lloraba el dueño.

En ese instante el sol salía, ascendía en el cielo.

—Juntos viviréis, juntos os ayudaréis, mi dueño. No me atajes más, mira que el sol ya está subiendo. Anda a la cumbre, y mírame desde allí. Nada más —rogó el torito.

—Entonces y no hay nada que hacer —dijo el hombre; y se quedó en el camino. El torito se marchó.

El dueño subió el cerro y llegó a la cumbre. Allí se tendió; ocultó en la paja miró el lago. El torito llegó a la ribera; empezó a mugir poderosamente; escarbaba el suelo y echaba el polvo al aire. Así estuvo largo rato, mugiendo y aventando tierras; solo, muy blanco, en la gran playa.

Y el agua del lago empezó a moverse; se agitaba de un extremo a otro; hasta que salió de su fondo un toro, un toro negro, grande y alto como las rocas. Escarbando la tierra, aventando polvo, se acercó hacia el torito blanco. Se encontraron y empezó la lucha.

Era el mediodía y seguían peleando. Ya arriba, ya abajo, ya hacia el cerro, ya hacia el agua, el torito luchaba; su cuerpo blanco se agitaba en la playa. Pero el toro negro lo empujaba, poco a poco, lo empujaba, lo empujaba, hacia el agua. Y, al fin, le hizo llegar hasta el borde del lago, y de un gran astazo lo arrojó al fondo; entonces el toro negro, el Poderoso, dio un salto y se hundió tras de su adversario. Ambos se perdieron en el agua. El hombre lloró a gritos; bramando como un toro descendió la montaña; entró a su casa y cayó desvánecido. La mujer lloraba sin consuelo.

Hombre y mujer criaron a la vaca, a la madre del becerrito blanco, con grandes cuidados, amándola mucho, con la esperanza de que "pariera un torito igual al que perdieron. Pero transcurrieron los años y la vaca permaneció estéril. Y así, los dueños pasaron el resto de su vida en la tristeza y el llanto.

21.

EL JOVEN QUE SUBIÓ AL CIELO

Había una vez un matrimonio que tenía un solo hijo. El hombre sembró la más hermosa papa en una tierra que estaba lejos de la casa que habitaban. En esas tierras la papa crecía lozana. Sólo él poseía esa excelsa clase de semilla. Empero, todas las noches los ladrones arrancaban las matas de este sembrado, robaban los hermosos frutos. Entonces el padre y la madre llamaron a su joven hijo, y le dijeron:

—No es posible que teniendo un hijo joven y fuerte como tú, los ladrones se lleven todas nuestras papas. Anda a vigilar nuestro campo. Duerme junto a la chacra y ataja a los ladrones.

El joven marchó a cuidar el sembrado.

Y transcurrieron tres noches. La primera, el joven la pasó despierto, mirando las papas, sin dormir. Sólo al rayar la aurora lo venció el sueño y se quedó dormido. Fue en ese

instante que los ladrones entraron a la chacra y escarbaron las papas. En vista de su fracaso, el mozo tuvo que ir a la casa de sus padres a contarles lo sucedido. Al oír el relato, sus padres le contestaron:

—Por esta vez te perdonamos. Vuelve y vigila mejor.

Regresó el joven. Estuvo vigilando el sembrado con los ojos bien abiertos, hasta el amanecer. Y justo, a la media noche, pestañeó un instante. En ese instante los ladrones ingresaron al campo. Despertó el mozo y vigiló hasta la mañana. No vio a ningún ladrón. Pero al amanecer tuvo que ir donde sus padres a darles cuenta del nuevo robo. Y les dijo:

—A pesar de que estuve vigilante toda la noche, los ladrones me burlaron tan sólo en el instante en que a la media noche cerré los ojos.

Al oír este relato, los padres le contestaron:

—¿Aja? ¿Quién ha de creer que robaron cuando tú estabas mirando? Habrás ido a buscar mujeres, te habrás ido a divertir.

Diciendo esto lo apalearon y lo insultaron largo rato. Así, muy aporreado, al día siguiente, lo enviaron nuevamente a la chacra.

—Ahora comprenderás cómo queremos que vigiles —le dijeron.

El joven volvió a la tarea. Desde el instante en que llegó a la orilla del sembrado estuvo mirando el campo, inmóvil y atento. Esa noche la luna era brillante. Hasta la alborada estuvo contemplando los contornos del papal; así, mientras veía, le temblaron los ojos, y se adormiló unos instantes. En esa ráfaga de sueño que tuvo, mientras pestañeaba el mozo, una multitud de hermosísimas jóvenes, princesas y niñas blancas, poblaron el sembrado. Sus rostros eran como flores, sus cabellos brillaban como el oro; eran mujeres vestidas de plata. Todas juntas, muy de prisa, se dedicaron a escarbar las papas. Tomando la apariencia de princesas, eran las estrellas que bajaron del altísimo cielo.

El joven despertó entonces, y al contemplar la chacra exclamó:

— ¡Oh! ¿De qué manera podría yo apoderarme de tan bellísimas niñas? ¿Y, cómo es posible que siendo tan hermosas y radiantes puedan dedicarse a tan bajo menester?

Pero, mientras; esto decía, su corazón casi estallaba de amor. Y pensó para sí:

—¿No podría, por ventura, reservar para mí siquiera una parejita de esas beldades?.

Y saltó a todo vuelo sobre las hermosas ladronas. Sólo en el último instante, y a duras penas, pudo apresar a una de ellas. Las demás se elevaron al cielo, como luces que se mueren.

Y a la estrella que pudo apresar le dijo, enojado:

—¿Con que érais vosotras las que robabais los sembrados de mi padre? —Diciéndole esto, la llevó a la choza. Y no le dijo más acerca del robo. Pero luego agregó:

—¡Quédate con migo; serás mi esposa!

La joven no aceptó. Estaba llena de temor; y rogó al muchacho:

—¡Suéltame, suéltame! ¡Ten piedad! Mira que mis hermanas le avisarán a mis padres. Yo te devolveré todas las papas que te hemos robado. No me obligues a vivir en la tierra.

El mozo no dio oídos a los ruegos de la hermosa niña. La retuvo en sus manos. Pero decidió no volver a la casa de sus padres. Se quedó con la estrella en la choza que había junto al sembrado.

Entretanto, los padres pensaban: “Le habrán vuelto a robar las papas a ese inútil; no pueden haber otros motivos para que no se presente aquí”.

Y como tardaba, la madre decidió llevarle comida al campo, y averiguar de él. Desde la choza, el muchaco y la niña atisbaban el camino. En cuanto vieron a la madre, la joven dijo al mozo:

—De ninguna manera puedes mostrarme ni a tu padre ni a tu madre.

Entonces el joven corrió a dar alcance a su madre, y le gritó desde lejos:

—¡No mamá; no te acerques más! ¡Espérame atrás, atrás!

Y recibieron la comida en aquel lugar, tras la choza, llevó los alimentos a la princesa. La madre se volvió apenas hubo entregado el fiambre. Cuando llegó a su casa, contó a su esposo:

—Así es como nuestro hijo ha aprisionado a una ladrona de papas que bajó de los cielos. Es así como la cuida en la choza. Y con ella dice que se casará. No permite que nadie se aproxime a su choza.

Entretando, el joven pretendía engañar a la doncella. Y le decía:

—Ahora que es de noche, vamos a mi casa.

Pero la princesa insistía:

—De ninguna manera deben verme tus padres, ni puedo encontrarme con ellos.

Sin embargo, el mozo la engañó, diciéndole:

—Otra es mi casa.

Y durante la noche la llevó por el camino.

De este modo, sin que ella quisiera, la hizo entrar al hogar de sus mayores y la mostró a sus padres. Los padres recibieron asombrados a esa criatura, de tal manera luminosa y bella que la palabra no es capaz de describirla. La cuidaron y criaron, teniéndola muy bien amada. Sin embargo, no la dejaban salir. Y nadie la conoció ni vio.

Y ya hacía mucho tiempo que la princesa vivía con los padres del joven. Llegó a estar encinta y dio a luz. Mas la criatura murió, sin saberse por qué, misteriosamente.

La ropa luminosa de la joven la guardaban encerrada. A ella la vestían de ropas comunes; y así la criaban.

Cierto día, el joven fue a trabajar lejos de la casa; y mientras estaba fuera, la niña pudo salir, haciendo cómo que sólo iba por ahí cerca. Y se volvió a los cielos.

El mozo llega a su casa. Pregunta por su mujer. No la encuentra. Y como ve que ella ha desaparecido, suelta el llanto.

Cuentan que vagó por los montes, llorando con locura, sonámbulo, enajenado, caminando por todas partes. Y en una de las cimas solitarias a donde llegó se encontró con un Cóndor divino. Entonces el Cóndor le dijo:

—Joven, ¿por qué causa lloras de esta suerte?

Y el mozo le contó su vida.

—He aquí, señor, que era mía la mujer más hermosa. Ahora no sé por qué caminos ha partido. Estoy extraviado. Temo que haya huido a los cielos de donde vino.

Y cuando dijo esto, el Cóndor respondió:

—No llores, joven. Es cierto; ella ha vuelto al alto cielo. Pero, si quisieras y es tanta tu desventura, yo te cargaré hasta ese mundo. Sólo te pido que me traigas dos llamas. Una para devorarla aquí, la otra para el camino.

—Muy bien, señor —contestó el mozo—. Yo te traeré las dos llamas que me pides. Te ruego esperarme en este mismo sitio.

E inmediatamente se dirigió a su casa en busca de las llamas. Luego que llegó, dijo a sus padres:

—Padre mío, madre mía: voy en busca de mi esposa. He encontrado a quien puede llevarme hasta el lugar donde ella se encuentra. Sólo pide dos llamas en pago de tan gran favor: y voy a llevárselas ahora mismo.

Y cargó las dos llamas para el Cóndor. El Cóndor devoró inmediatamente una, hasta el hueso de los huesos, arrancando las carnes con su propio pico. A la otra la hizo degollar

con el joven, para comerla en el camino. E hizo que el mozo se echara la res degollada en las espaldas; luego le ordenó que subiera sobre una roca; cargó al joven, y le hizo esta advertencia:

—Has de cerrar y apretar los párpados; por ninguna causa abrirás los ojos. Y cada vez que yo te diga: “¡Carne!”, me pondrás en el pico un trozo de la llama.

Luego el Condor levantó el vuelo.

El hombre obedeció y no abrió los ojos en ningún instante; tenía los párpados cerrados y duros. “¡Carne!”, pedía el Mallku, y luego el mozo cortaba grandes trozos de llama y le metía en el pico. Pero en lo más raudo del viaje, se acabó el fiambre. Antes de alzar el vuelo, el Cóndor había advertido al joven: “Si cuando diga ¡Carne! no me pones carne en el pico, donde quiera que estemos, te soltaré”. Ante ese temor, el mozo empezó a cortarse trozos de su pantorrilla. Cada vez que el Cóndor pedía carne, le servía pequeñas raciones de su propia carne. Así, a costa de su sangre, consiguió que el Cóndor le hiciera llegar hasta el cielo. Y se cuenta que tardaron un año en elevarse a tan gran altura.

Cuando llegaron, el Cóndor descansó un rato; luego volvió a cargar al joven y voló hasta la orilla de un mar lejano. Allí le dijo al mozo:

—Ahora, mi querido, báñate en este mar.

El joven se bañó en seguida. Y también el Cóndor se bañó.

Ambos había llegado al cielo, sucios, negros de barba; viejos. Pero cuando salieron del baño estaban hermosamente rejuvenecidos. Entonces le dijo el Cóndor:

—En la otra orilla de este lago, frente a nosotros, hay un gran santuario. Allí se ha de celebrar una ceremonia. Anda, y espera en la puerta de ese hermoso templo. A la ceremonia han de asistir las jóvenes del cielo; son una multitud, y todas tienen el mismo rostro que tu esposa. Cuando ellas estén desfilando junto a ti, no has de dirigirle la palabra a ninguna. Porque la que es tuya vendrá la última, y te dará un empujón. Entonces la asirás y por ningún motivo la soltarás.

El joven obedeció al Cóndor. Llegó a la puerta del gran recinto, y esperó de pie. Y llegó una infinidad de jóvenes de idéntico rostro. Entraban, entraban; una tras de otra. Todas miraban impasibles al hombre. El no podía reconocer entre tantas a la que era su mujer. Y cuando estaban ingresando las últimas, de pronto, una de ellas, le dio un empujón con el brazo; y también entró al gran templo.

Era el resplandeciente templo del Sol y de la Luna. El Sol y la Luna, padre y madre de todas las estrellas y de todos los luceros. Allí, en ese templo, se reunían los seres celestiales,

allí iban los luceros para adorar al Sol, día a día. Cantaban melodiosamente para el Sol; cual jóvenes blancas, las estrellas; como innumerables princesas, los luceros.

Cuando terminó la ceremonia, las jóvenes empezaron a salir. El mozo seguía esperando en la puerta. Ellas volvieron a mirarle con igual indiferencia que antes. Y nuevamente le era imposible distinguir entre todas a la que era su esposa. Y como en la primera vez, de pronto, una de las princesas le dio un empujón con el brazo, y luego pretendió huir; pero él entonces la pudo aprisionar. Y no la soltó.

Ella lo guió a su casa, diciéndole:

—¿A qué has venido hasta aquí? Yo iba a volver donde ti, de todos modos.

Cuando llegaron a la casa, el mozo tenía el cuerpo frío a causa del hambre. Viéndolo así, ella le dijo:

—Toma este poco de quinua y cocínalo.

Le dio una cuchara escasa de quinua. Entretanto, el joven lo observaba todo, y vio de qué lugar ella sacaba la quinua. Y cuando vio los pocos granos de quinua que tenía en las manos, dijo para sí: “¡La miseria que me ha dado! ¿Cómo es posible que esto aplaque mi hambre de todo un año? Y la joven le dijo:

—Es necesario que vaya un instante donde mis padres. No debes mostrarte ante ellos. Mientras vuelvo, haz una sopa con la quinua que te he dado.

Apenas salió ella, el joven se puso de pie, se dirigió al depósito y trajo una buena porción de quinua y la echó a la olla. De pronto, la sopa rebosó, hirviendo, y se desbordó a chorros. El comió todo lo que pudo, se hartó hasta donde ya no era posible más, y enterró el resto. Pero aun de debajo de la tierra la quinua empezó a brotar. Y cuando estaba en ese trance, volvió la princesa y le dijo:

— ¡No es de esta manera como se debe comer nuestra quinua! ¿Por qué aumentaste la ración que te dejé?.

Y se dedicó a ayudar al mozo a esconder la quinua rebosada para que los padres de ella no lo descubrieran. Entretanto, le advirtió:

—No deben verte mis padres. Sólo puedo tenerte escondido. Y así fue. El vivía escondido; y la hermosa estrella le llevaba alimentos hasta su refugio.

Durante un año vivió de esta suerte el mozo con su esposa. Y apenas cumplido el año, ella se olvidó de llevarle alimentos. Un día salió, diciéndole: “Ha llegado la hora en que debes irte”; y no volvió a aparecer más en la casa. Lo abandonó.

Entonces, con el rostro lleno de lágrimas, el joven se dirigió nuevamente a la orilla del mar del cielo. Cuando llegó allí, vio que desde la lejanía surgía el Cóndor. El joven corrió para darle alcance. El Cóndor voló hasta posarse junto a él; y así observó que el Mallkú divino había envejecido. El Cóndor, a su vez, vio que el mozo estaba avejentado y marchito. Cuando se encontraron, ambos gritaron al mismo tiempo:

—¿Qué ha sido de ti?

El joven volvió a contarle su vida, y se quejó:

—Así, Señor, de este modo triste, mi mujer me ha abandonado. Se ha ido para siempre.

El Cóndor lamentó la suerte del mozo.

—¿Cómo es posible que haya procedido de este modo? ¡Pobre amigo! —le dijo. Y acercándose más, lo acarició con sus alas, dulcemente.

Como en el primer encuentro, le rogó el joven:

—Señor, préstame tus alas. Vuélveme a la tierra, a la casa de mis padres.

Y el Cóndor le respondió:

—Bien. Te llevaré. Pero antes nos bañaremos en este mar.

Y ambos se bañaron; y rejuvenecieron.

Y en saliendo del agua, el Cóndor le dijo:

—Tendrás que volverme a dar dos llamas por mi trabajo de cargarte nuevamente.

—Señor, cuando esté en mi casa te entregaré las dos llamas.

El Cóndor aceptó; se echó al joven sobre sus alas y emprendió el vuelo. Durante un año estuvieron volando hacia la tierra. Y cuando llegaron, el mozo cumplió, y entregó al Cóndor dos llamas.

El mozo entró a su casa y encontró a sus padres muy viejos, muy viejos, cubiertos de lágrimas y de pena. El Cóndor dijo a los ancianos:

—He aquí que les devuelvo a vuestro hijo, sano y salvo. Ahora debéis criarlo cariñosamente.

El joven dijo a sus padres:

—Padre mío, madre mía: ahora ya no es posible que pueda amar a ninguna otra mujer. Ya no es posible encontrar una mujer como la que fue mía. Así, sólo, viviré, hasta que venga la muerte.

Y los ancianos le contestaron:

—Esta bien. Como tú quieras, hijo mío, sólo, te criaremos, si no es tu voluntad tomar otra esposa.

Y de este modo vivió, con una gran agonía en el corazón.

He aquí este corazón que amó tanto a una mujer. He vagado sufriendo todos los dolores. Y he de entregarme ahora al llanto.

22.

EL LAGARTO

Había un hombre sumamente rico. Tenía incontables ovejas, vacas, tierras. Se casó con una mujer hermosísima. Pero no tuvo hijos. Se había casado pensando en que necesitaba herederos para sus riquezas. "Todo lo que tengo lo dejaré a mis hijos", había dicho.

Pero se casó y no tuvo hijos. No tuvo descendencia. Su mujer era bellísima; y todos los hombres la contemplaban; pero resultó siendo estéril. Y el hombre tampoco tuvo hijos en otras mujeres. La esposa no pudo concebir por ningún medio.

Entonces fue a la iglesia a rogar a Dios. Fueron los dos. Prendieron velas. "¡Tantísimo ganado, tantísimas tierras! ¿A quién hemos de dejarlos?", clamaban. Lloraban a ratos; a ratos no lloraban.

Pasaron cinco años, seis años, y no tuvieron hijos. Cumplieron diez años de matrimonio, y no pudieron tener un hijo. Y como les torturaba la idea de que no tenían a quien dejar su fortuna, el hombre dijo: "Quizá debiéramos adoptar un hijo ajeno?". Pero la mujer se opuso: "¿Cómo hemos de criar un hijo ajeno?. No será de nuestra sangre. Volvamos donde el Señor a pedirle su gracia; que me conceda su gracia, para que tengamos un hijo. Prendámosle velas en su altar". Y así fue.

Paso el tiempo. . . A los quince años de matrimonio, la mujer concibió, y apareció en cinta. Se llenó de alegría; el marido también fue dichoso. "Allí está mi hijo. ¡He engendrado!", diciendo, fue a dar la noticia a unos y otros. Bebió con ellos. Expresó su felicidad. Se arrodilló a los pies del Señor. ¡Ya no era un hombre estéril! Un cuerno.

Y así, en ese Estado de dicha, pasaron cinco meses, nueve meses. A los diez meses, la mujer parió. Dio a luz en su casa-hacienda, la atendieron cuatro comadronas. Entonces, entonces. . . ¡qué te diré! La mujer parió un lagarto, no un ser humano. ¡Un lagarto! Su rostro era humano; su cuerpo era de saurio, todo, hasta las uñas. Sólo la cabeza era humana. Su cuerpo era de lagarto.

"¡Nadie puede; hacer nada de nada! Resignáos. Debe ser Dios quien les ha enviado este lagarto, de tanto que le pedisteis", dijeron las comadronas.

Y entonces, por eso, ¡así lo criaron! El asqueroso animal mamaba los pechos de la madre; y ella no le temía. ¡Era, pues, su hijo! Lo crió dentro de la casa, bajo techo; no le permitía salir. El padre lloraba y se entregó a la bebida.

Y así, del mismo modo, día a día, cumplió cinco años, y aprendió a hablar. ¡Hablaba el lagarto! Pero no podía erguirse, caminaba arrastrándose sobre la barriga. Sin embargo, su rostro era humano. Nada cambió, todo continuó igual hasta que el lagarto cumplió diez años, quince años. Aprendió a leer; sí, aprendió a leer; pero no pudo escribir con sus dedos de saurio; eso no pudo. Tenía cuatro manos, cuatro, como todo lagarto. Su rabo era largo como una reata. Y creció, todo él; la bestia se hizo recia y enorme. Maduró, maduró fuertemente. Y aparecía rojizo, verdaderamente rojo, pletórico.

Entonces, cuando cumplió dieciocho años, pidió mujer. Le dijo a su madre: “Deseo casarme”. ¿Cómo? —le preguntó ella— ¿Cómo puedes tú casarte?. “¿Y para qué tienes tantas riquezas, tantos bienes? ¡Hacedme casar! Sin duda con este fin me pedisteis. Yo no pedí venir”, dijo el lagarto.

“Es nuestro hijo. Tendremos que hacerlo casar, de algún modo. Ha de tener mujer”, dijeron los padres. Y fueron a pedir una muchacha para él. Todos sabían que el hijo de este hombre poderoso era un lagarto. Pero como era tan inmensamente rico, a causa de su opulencia, los padres de la muchacha solicitada, entregaron a su hija. “Quizás no le ocurra nada”, dijeron.

Y el matrimonio del lagarto fue espléndido. Se realizó en la casa del cura; allí dijo la misa el sacerdote; en su propia casa ofició el matrimonio. La mujer del lagarto era bellísima. Se la llevó. Sin embargo, el lagarto tuvo que ir cargado en hombros. Cantando llevaron a los novios hasta la cámara nupcial. El padrino y la madrina guiaron la comitiva. Ellos desnudaron a la novia; cerraron la puerta de la cámara nupcial y le echaron tres candados.

Era de noche. El lagarto apagó la vela y ordenó a su esposa: “¡Acuéstate!” Ella no sospechaba nada malo, era inocente. Obedeció y se acostó; se cubrió con las frazadas. Entonces el lagarto: se lanzó sobre ella y la devoró; le bebió la sangre. Luego de beber la sangre, comió todos los miembros, la carne de la esposa, hasta la última fibra. Y amaneció repleto, cubierto de sangre, el piso ensangrentado, la boca de la bestia enrojecida.

Al día siguiente, el padrino, la madrina y los padres abrieron la puerta. Llevaban jarros de ponche para los recién casados. . . Encontraron al lagarto, repleto; de la mujer no quedaban sino huesos descarnados en el suelo. “¡Qué hacer, qué hacer ahora!”, dijeron gimiendo.

Y entregaron a los padres de la joven mucho dinero, para que no se quejaran, para que no dijeran nada. El padrino, la madrina y los padres del lagarto lo arreglaron así todo.

“¿Cómo pudiste devorar a quien te dimos por esposa?”, preguntaron al lagarto. “No tiene remedio lo que no puedo remediar! ¡Tengo hambre!”, contestó.

Le trajeron otra esposa de otro pueblo. Celebraron nuevo matrimonio. Y también del mismo modo, apenas cerraron la puerta de la cámara nupcial, él ordenó a la mujer que se acostara primero; se lanzó sobre ella, le bebió la sangre y la devoró. Le bebió la sangre mordiéndola por el cuello y luego devoró las carnes, hasta la última fibra.

Y así, así le dieron muchas mujeres más. Hasta que en todos los pueblos supieron que ese lagarto devoraba a sus esposas. Y había una muchacha muy bella, que no tenía bienes de ninguna clase. Era pobrísima. Donde ella fueron, finalmente, el padre y la madre del lagarto. Fueron a pedirla. “No —dijo el padre de la joven. Sabemos muchas cosas de tu hijo. No sé lo que podría ocurrir”. “Ocurra lo que ocurra. Tengo dinero. Si algo le sucede a tu hija, daremos su precio. Te daré lo que sea”, contestó el padre. (Es que su hijo el lagarto, lo martirizaba: “¡Hazme casar, hazme casar!”, diciéndole, exigiéndole).

“Volved. Voy a hablar con mi hija”, contestaron el padre y la madre de la muchacha.

Lloraron ambos: “¡Qué hemos de hacer!”, decían. “¡Tengo tantos hijos!”, exclamó el padre, y rogó a su hija. “Quizá puedas lograr nuestra felicidad —le dijo—. Me ha ofrecido ganado, tierras, vacas, dinero. Si algo te sucede, te mandaremos contar hermosas misas, como para ti. Criaremos bien a tus hermanos menores, a tus hermanas”. La joven entristeció. “¿Qué he de hacer, qué debo hacer? ¡Mis padres son tan miserables!”, decía.

Y como el llanto no la calmaba, la joven fue a consultar con una bruja. Había en ese pueblo una señora que era bruja. “¡Ay, huérfana, es cierto, de verdad estás destinada a casarte! Aquí, en la palma de tu mano aparece claramente. . . Pero. . . no has de vivir con él, ése”, dijo la bruja “A mí también me matará, me devorará como a las otras”, contestó la muchacha. “A ti no te matará —afirmó la bruja—. Esto está en tus manos”. “¿De qué modo?”.

“Cuando os lleven a dormir, después de la boda, el lagarto te dirá: ‘Acuéstate primero. Tú no le obedecerás. Harás que él entre a la cama, antes que tú. Cuando se haya acostado y lo veas dentro de las frazadas, tú entrarás a la cama. Cuando ya esté dormido, te acostarás junto a él’ así habló la bruja. “Bueno”, contestó la joven.

“Al momento de acostarse él —continuó la bruja—, oírás cómo se descarna el cuero y se lo saca”. “¿Es posible?”. “Es verdad. Y no te sucederá nada, afirmó la bruja. No tengas pena”.

La hermosa muchacha, predestinada, volvió muy alegre donde sus padres, y les dijo: “Qué puedo hacer, que no puedo hacer, padres míos. Me casaré, pues. Si algo me sucede,

habré pagado mi destino. ¡Qué todo se haga por vuestra fortuna!". Los padres, al oírlo, fueron muy contentos donde los padres del lagarto.

"Ha aceptado, ha aceptado nuestra hija", anunciaron. "Los casaremos", dijeron los otros.

El inmundado lagarto empezó a dar saltos, grandes saltos de felicidad. Trepó después a la cama; y se estiró allí; quedó como empozado sobre las frazadas. Esa era su vida. No caminaba en el suelo sino raras veces.

Y así. ¡Se celebraron las bodas! Y nuevamente, con la solemnidad y abundancia de siempre. Arpas y violines cantaban en todas partes de la casa. Levantaron una ramada, esta vez para el matrimonio del asqueroso lagarto. El permaneció adormilado sobre una banca mientras se realizaba la ceremonia. Su rostro era humano, sus ojos grises.

Y llevaron a dormir a los novios. El padrino y la madrina guiaron a la comitiva que marchó, mientras cantaban harawis. Cerraron la puerta de la cámara nupcial; le echaron candados.

El lagarto apagó la vela. "La apagaremos", dijo. Luego ordenó a su esposa: "¡Acuéstate!". "No —contestó la joven. Acuéstate tú primero". "Tu has de acostarte", insistía el animal. "No me acostaré sino después que tú. Yo no he de irme. ¿A dónde he de irme?" "¡Acuéstate!, volvió a ordenar el lagarto. "No lo haré. No me acostaré", contestó firmemente la muchacha.

Entonces... el lagarto se acostó. Ya dentro de la cama de pronto, **qall.qaaash!** se sintió el ruido que hacía al descarnarse el cuero. Empezó a desollarse. Y la mujer sintió miedo.

"Algo, algo está haciendo", pensó. Y, ya perturbada, se olvidó de la recomendación final de la bruja. "Acuéstate", le llamaba el lagarto. Había concluido de desollarse, y la llamaba. "¿Cómo he de echarme junto a él si he oído ese ruido? Es un lagarto; me va a devorar", decía la muchacha.

Y encendiendo una vela, acercó la llama al lagarto. Esta convenido que ni debía mirarlo. La bruja le había dicho: "No has de mirarlo"; le había advertido claramente: "No has de mirarlo. Cuidado con encender una vela delante de él". Y ella se olvidó. El espanto de ser devorada por el lagarto oscureció su memoria.

Delante de la llama no apareció el lagarto sino un joven hermosísimo, de cabellera roja. Entonces ella se inclinó para abrazarlo. . . lo iba a abrazar. . . Pero él se convirtió en viento. "¡Uúúú. . . úúú!", silbando, desapareció por entre las maderas del techo. La joven

se quedó muy sola. Y desde entonces fue considerada por sus suegros como una verdadera nuera, como hija de los poderosos padres del monstruo. Pues no tuvieron más hijos, nadie en la casa.

Cuando desapareció el lagarto, la gente del pueblo murmuraba; le decía a la madre: “Después que mueras, una serpiente mamará de uno de tus pechos y del otro un sapo. Ese será tu castigo. Pediste a Dios lo que no quiso darte. Jamás tendrás hijos”.

23.

EL SUEÑO DEL PONGO

Un hombrecito se encaminó a la casa-hacienda de su patrón. Como era siervo iba a cumplir el turno de pongo, de sirviente en la gran residencia. Era pequeño, de cuerpo miserable, de ánimo débil, todo lamentable; sus ropas viejas.

El gran señor, patrón de la hacienda, no pudo contener la risa cuando el hombrecito lo saludó en el corredor de la residencia.

— ¿Eres gente u otra cosa? —le preguntó delante de todos los hombres y mujeres que estaban de servicio.

Humillándose, el pongo no contestó. Atemorizado, con los ojos helados, se quedó de pie.

— ¡A ver! — dijo el patrón— por lo menos sabrá lavar ollas, siquiera podrá manejar la escoba, con esas sus manos que parece que no son nada, ¡ Llévate esta inmundicia! —ordenó al mandón de la hacienda.

Arrodillándose, el pongo le besó las manos al patrón y, todo agachado, siguió al mandón hasta la cocina.

El hombrecito tenía el cuerpo pequeño, sus fuerzas eran sin embargo como las de un hombre común. Todo cuanto le ordenaban hacer lo hacía bien. Pero había un poco como de espanto en su rostro; algunos siervos se reían de verlo así, otros lo compadecían. “Huérfano de huérfanos; hijo del viento de la luna debe ser el frío de sus ojos, el corazón pura tristeza”, había dicho la mestiza cocinera, viéndolo.

El hombrecito no hablaba con nadie; trabajaba callado; comía en silencio. Todo cuanto le ordenaban cumplía. “Sí, papacito; sí, mamacita”, era cuanto solía decir.

Quizá a causa de tener una cierta expresión de espantado, y por su ropa tan haraposa y acaso, también, porque no quería hablar, el patrón sintió un especial desprecio por el

hombrecito. Al anochecer, cuando los siervos se reunían para rezar el Ave María, en el corredor de la casa-hacienda, a esa hora, el patrón martirizaba siempre al pongo delante de toda la servidumbre; lo sacudía como a un trozo de pellejo.

Lo empujaba de la cabeza y lo obligaba a que se arrodillara y, así, cuando ya estaba hincado, le daba golpes suaves en la cara.

—Creo que eres perro. ¡Ladra! —le decía.

El hombrecito no podía ladrar.

—Ponte de cuatro patas —le ordenaba entonces.

El pongo obedecía, y daba unos pasos en cuatro pies.

—Trota de costado, como perro —seguía ordenándole el hacendado.

El hombrecito sabía correr imitando a los perros pequeños de la puna.

El patrón reía de muy buena gana; la risa le sacudía todo el cuerpo.

—¡Regresa! — le gritaba cuando el sirviente alcanzaba trotando el extremo del gran corredor.

El pongo volvía, corriendo de costadito. Llegaba fatigado.

Algunos de sus semejantes, siervos, rezaban mientras tanto el Ave María, despacio rezaban, como viento interior en el corazón.

—¡Alza las orejas ahora, vizcacha! ¡Vizcacha eres! —mandaba el señor al cansado hombrecito—. Siéntate en dos patas; empalma las manos.

Como si en el vientre de su madre hubiera sufrido la influencia modelante de alguna vizcacha, el pongo imitaba exactamente la figura de uno de estos animalitos, cuando permanecen quietos, como orando sobre las rocas. Pero no podía alzar las orejas. Entonces algunos de los siervos de la hacienda se echaban a reír.

Golpeándolo con la bota, sin patearlo fuerte, el patrón derribaba al hombrecito sobre el piso de ladrillos del corredor.

Recemos el Padrenuestro— decía luego el patrón a sus indios, que esperaban en fila.

El pongo se levantaba a pocos, y no podía rezar porque no estaba en el lugar que le correspondía ni ese lugar correspondía a nadie.

En el oscurecer, los siervos bajaban del corredor al patio y se dirigían al caserío de la hacienda.

— ¡Vete, pancita! —solía ordenar, después el patrón al pongo.

Y así, todos los días, el patrón hacía revolcarse a su nuevo pongo, delante de la servidumbre. Lo obligaba a reírse, a fingir llanto. Lo entregó a la mofa de sus iguales, los colonos.

Pero... una tarde, a la hora del Ave María, cuando el corredor estaba colmado de toda la gente de la hacienda, cuando el patrón empezó a mirar al pongo con sus densos ojos, ése, ése hombrequito, habló muy claramente. Su rostro seguía un poco espantado.

—Gran señor, dame tu licencia; padrecito mío, quiero hablarte —dijo.

El patrón no oyó lo que oía.

—¿Qué? ¿Tú eres quien ha hablado u otro? —preguntó.

—Tu licencia, padrecito, para hablarte. Es a ti a quien quiero hablarte —repitió el pongo.

—Habla... si puedes —contestó el hacendado.

—Padre mío, señor mío, corazón mío —empezó a hablar el hombrequito—. Soñé anoche que habíamos muerto los dos, juntos; juntos habíamos muerto.

—¿Conmigo? ¿Tú? Cuenta todo, indio—le dijo el gran patrón.

—¿Qué? ¿Qué dices? —interrogó el hacendado.

—Como éramos hombres muertos, señor mío, aparecimos desnudos, los dos, juntos; desnudos ante nuestro gran Padre San Francisco.

—¿Y después? ¡Habla! —ordenó el patrón, entre enojado e inquieto por la curiosidad.

—Viéndonos muertos, desnudos, juntos, nuestro gran Padre San Francisco nos examinó con sus ojos que alcanzaban y miden no sabemos hasta qué distancia. Y a ti y a mí nos examinaba, pesando, creo, el corazón de cada uno y lo que éramos y los que somos. Como hombre rico y grande, tú enfrentabas esos ojos, padre mío.

—¿Y tú?

—No puedo saber cómo estuve, gran señor. Yo no puedo saberlo lo que valgo.

—Bueno. Sigue contando.

—Entonces, después, nuestro Padre dijo con su boca: “De todos los ángeles, el más hermoso, que venga. A ese incomparable que lo acompañe otro ángel pequeño, que sea también el más hermoso. Que el ángel pequeño traiga una copa de oro, y la copa de oro llena de la miel de chancaca más transparente”.

—¿Y entonces? —preguntaba el patrón.

Los indios siervos oían, oían al pongo, con atención sin cuenta, pero temerosos.

—Dueño mío: apenas nuestro gran Padre San Francisco dio la orden, apareció un ángel, brillando, alto como el sol; vino hasta llegar delante de nuestro Padre, caminando

despacio. Detrás del ángel mayor marchaba otro pequeño, bello, de suave luz como el resplandor de las flores. Traía en las manos una copa de oro.

— ¿Y entonces ? —repitió el patrón.

—“Ángel mayor: cubre a este caballero con la miel que está en la copa de oro; que tus manos sean como plumas cuando pasen sobre el cuerpo del hombre”, diciendo, ordenó nuestro gran Padre. Y así, el ángel excelso, levantando la miel con sus manos, enlució tu cuerpecito, todo, desde la cabeza hasta la uñas de los pies. Y te erguiste, solo; en el resplandor del cielo la luz de tu cuerpo sobresalía, como si estuviera hecho de oro, transparente.

—Así tenía que ser —dijo el patrón, y luego preguntó:

-¿Y a tí?

—Cuando tú trillabas en el cielo, nuestro gran Padre San Francisco volvió a ordenar: “Que de todos los ángeles del cielo venga el de menos valer, el más ordinario. Que ese ángel traiga en un tarro de gasolina excremento humano”.

—¿Y entonces ?

—Un ángel que ya no valía, de patas escamosas, al que no alcanzaban las fuerzas para mantener las alas en su sitio, llegó ante nuestro gran Padre; llegó bien cansado, con las alas chorreadas, trayendo en las manos un tarro grande. “Oye, viejo —ordenó nuestro gran Padre a ese pobre ángel—, embadurna el cuerpo de este hombrecito con el excremento que hay en esa lata que has traído; todo el cuerpo, de cualquier manera; cúbrelo como puedas. ¡Rápido!”. Entonces, con sus manos nudosas, el ángel viejo, sacando el excremento de la lata, me cubrió, desigual, el cuerpo, así como se echa barro en la pared de una casa ordinaria, sin cuidado. Y aparecía avergonzado, en la luz del cielo, apestando. . .

—Así mismo tenía que ser —afirmó el patrón—. . . ¡Continúa! o ¿todo concluye allí?

—No, padrecito mío, señor mío. Cuando nuevamente, aunque ya de otro modo, nos vimos juntos, los dos, ante nuestro Gran Padre San Francisco, él volvió a mirarnos, también nuevamente, ya a ti, ya a mí, largo rato. Con sus ojos que colmaban el cielo, no sé hasta qué honduras nos alcanzó, juntando la noche con el día, el olvido con la memoria. Y luego dijo: “Todo cuanto los ángeles debían hacer con ustedes ya está hecho. Ahora, ¡lámense el uno al otro! Despacio, por mucho tiempo”. El viejo ángel rejuveneció a esa misma hora; sus alas recuperando su color negro, su gran fuerza. Nuestro Padre le encomendó vigilar que su voluntad se cumpliera.

24.

ISSICHA PUYTU

En un **ayllu** había una mujer hermosa, muy hermosa, cuya belleza deslumbraba. Su nombre era Issicha Puytu. Llegó su turno de la mita, del servicio en la casa del señor de la región, del curaca. Fue a cumplir su turno y no volvió. El curaca la hizo quedar, no quiso soltarla, le dijo:

—Vivirás conmigo

—Bien —dijo ella. Y se quedó en la casa del señor. Vivió con él.

El curaca mandó que le quitaran toda la ropa a su nueva amante, a Issicha Puytu. La hizo vestir con la ropa de las matronas, de las principales. Ella tenía trenzas. Y sus trenzas las mandó peinar como se peina la cabellera de las soberanas. Con grandes prendedores de plata le hizo adornar la cabeza; extremó su amor el curaca en estas cosas. La hizo vestir con ropas de finísimo hilado, la hizo calzar de sandalias. Toda ella la adornó y vistió como a las señoras principales. En las **llikllas**, en las mantas que debían cubrirle la espalda, mandó tejer palomas. Todas sus vestiduras estaban tejidas con franjas anchas en las que se había retratado a las flores de la tierra. Así la cargó de adornos como a una planta florecida, y la transformó.

De este modo vivían y pasaba el tiempo. Ella no se ocupaba de nada, su señor no la hacía trabajar. Pasaban el día entregados a la diversión y el juego, encerrándose en el dormitorio. Comían juntos. El la tenía en sus brazos, sobre sus rodillas, mientras comía.

El señor tenía muchos criados jóvenes. Todos odiaban a Issicha Puytu y hablaban mal de ella, a escondidas. Y cuando la servían y le llevaban las comidas, refunfuñaban. Al señor no le importaba eso, ni nada. Pero la gente del pueblo sabía, y también ellos murmuraban. Pero tampoco eso importaba al curaca, ni temía el juicio del pueblo.

Día y noche estaba con ella, con su amada. Con ella comía, con ella dormía, con ella esperaba el anochecer. Issicha Puytu sabía tocar una quena hecha de hueso humano. (Esas quenás se tocan bajo un cántaro alargado). Ella tocaba intensa y bellamente la quena. Y por eso se llamaba Issicha Puytu. El curaca le compró una quena y un cántaro. Ella pone las manos dentro del cántaro y toca la quena. El canta. Es el curaca quien canta.

Así vivían todos los días. Mientras tanto, los padres de ella la esperaban. Y como pasaba el tiempo y no volvía, la madre dijo a los hermanos de Issicha Puytu:

—¿Dónde estará mi hija? ¿Qué será de ella? No ha vuelto desde que fue a cumplir su turno. O es que a han retenido para que sirva en la mita para siempre. Id a preguntar por vuestra hermana.

Luego prepararon un fiambre abundante y enviaron a dos de los hermanos hacia el pueblo. Llegaron ambos a la casa del señor y preguntaron a los jóvenes sirvientes. Uno de los hermanos dijo:

—Issicha Puytu, mi hermana, vino a cumplir su turno en la mita. Y no ha vuelto. ¿Qué es lo que hace en la casa del señor?

Los jóvenes le contestaron:

—Tu hermana es ahora la Señora (**Wayru**). Se ha tornado en la Matrona.

—Decidle que han venido sus hermanos a averiguar de ella.

Los sirvientes entraron a la casa a cumplir el encargo. Dijeron a la señora:

—Issicha Puytu, han venido tus hermanos a preguntar por ti.

— ¿Quién puede ser mi hermano? —contestó ella.

—Allí están en la puerta tus dos hermanos. Dicen que han venido por orden de tus padres.

Issicha Puytu contestó:

—Yo no tengo padre ni madre.

—Pues, mira, mira allí.

Pero ella no quiso mirar. Muy tranquila, sentada sobre el lecho del curaca, tocaba su quena, hacía gemir al instrumento. Nada más.

Los jóvenes sirvientes volvieron donde los hermanos y les dijeron:

—Dice ella que no sois sus hermanos. Dice que no reconoce tener padre ni madre.

No quiere salir. Ha dicho de vosotros: “¿Qué ricos en excremento son los que quieren reconocermes por hermanos?”.

Sin embargo, los hermanos esperaron afuera, sentados, conversando con la servidumbre.

—Ella está con el Señor, vive con él —dijeron los sirvientes. Y les contaron la historia de Issicha Puytu. Todo lo que ocurrió con ella, desde el principio.

Y cuando los hermanos estaban sentados entre los sirvientes, Issicha Puytu salió, por su propia voluntad. Los hermanos se levantaron, fueron hacia ella y le dijeron:

—¿Cómo te encuentras, hermana? ¿Dónde estás? No volviste a nuestra casa. Cualquiera que haya sido tu suerte, debiste avisar, hermana. Nuestros padres te enviaron con nosotros este fiambre.

—Tú, mozo mugriento, tú no eres mi hermano —contestó ella—. ¿De dónde, y por qué queréis ser mis hermanos?

—Nuestra madre está llorando por ti —contestaron ellos.

—¿Y quién había sido mi madre? —volvió a preguntar Issicha Puytu.

—¿No te acuerdas de nuestros padres? —preguntaron los hermanos.

—¿De dónde y por qué pretendéis reconocerme? ¿Acaso soy de vuestra clase? Por qué me veis en alta condición queréis haceros pasar como mis parientes —dijo ella con gran altivés. Recibió el fiambre que le habían enviado sus padres y lo arrojó a la cara de sus hermanos.

— ¿Cómo me habéis traído esto? ¿Soy acaso de las que comen esas cosas? —les gritó con el mayor desprecio.

Al oír estas palabras, los hermanos se marcharon; volvieron a su casa. Llegaron donde estaban sus padres.

—Me enviasteis a preguntar por vuestra hija —habló el mayor de los hermanos—. Nos ha recibido con desprecio. No quiso reconocernos. “¿Mozos tan mugrientos pretendéis haceros pasar por mis hermanos?”, nos dijós.

—No es posible que mi hija haya hablado de ese modo —contestaron el padre y la madre.

—Aún la comida que le enviaste nos arrojó a la cara. No se acuerda de nuestra casa.

Y así, minuciosamente, hicieron el relato de la visita a Issicha Puytu.

—Vuestra hija vive con el curaca —dijeron.

Pero los padres no quisieron creer lo que oían.

—No. No es posible que mi hija sea de tal índole —respondieron—. Vosotros odiáis a mi hija. No queréis que ella vuelva, y por eso inventáis esos cuentos.

No creyeron en las palabras de los hermanos. Y así fue.

Paso mucho tiempo en la vida de Issicha Puytu. Concibió un hijo; estaba embarazada.

Entonces, nuevamente, los de su casa quisieron saber de ella. Y la madre envió al padre. Como en la primera vez, prepararon un fiambre.

—Si será verdad que nuestra hija es como sus hermanos cuentan de ella. Anda y ve por ti mismo, —dijo la madre a su marido.

El padre llegó a la casa del curaca. Preguntó por su hija. Los criados contaron al padre la historia de Issicha Puytu, como habían contado a los hermanos.

—Hacedme el favor de llamarla —dijo el anciano—. Decidle que ha venido su padre. Los criados le anunciaron ante Issicha Puytu. Y ella contestó:

— ¿Quién puede ser mi padre?

Y como le dijeron: “Es tu padre quien ha venido”, ella salió murmurando:

—¡Oh! ¿Quién, quién había sido mi padre?

En cuanto vio a su hija, el anciano fue hacia ella, iluminado de alegría exclamó:

—¡Oh hija mía! ¿Cómo estás? —Y con el corazón ardiente de amor prosiguió:

—¿Cómo no has vuelto hasta ahora? ¿Qué es lo que te está pasando?

Y ella le contestó:

—Oye, perro viejo: ¿cómo puedo ser yo hija tuya? ¿Cómo, de qué modo pudiste ser tú mi padre?.

Issicha Puytu estaba encinta. Y el padre contestó dulcemente:

—No, hija mía, no me digas eso. No puede ser. No es posible que me contestes de este modo. Recibe; siquiera el regalo que te he traído.

Y desatando la pequeña carga que traía le alcanzó el fiambre que la madre había preparado. Pero ella lo rechazó.

—Oye, perro viejo —le dijo—. ¿Soy acaso de las que comen estas cosas? Fuera de aquí. No pretendas reconocermé.

Y lo arrojó de la casa.

Llorando, el padre volvió. Llegó donde su mujer y le dijo:

—Era cierto. Tu hija se ha tornado en otra, a la que ya no es posible reconocer. Está embarazada. Me ha contestado con desprecio y me ha arrojado de su casa.

El viejo habló con voz lastimera. Pero la madre no quiso creer.

—El padre y los hermanos, todos la odiáis —dijo.

—Tu hija nos ha negado, a su padre y a su madre —insistió el anciano. Y lloró en presencia de su mujer. Sin embargo, la madre no daba fe; siguió hablando:

—Tú no has llagado, oye anciano, a la casa del curaca.

—Pues, anda tú, anda a saber —contestó el padre.

Pero la madre no fue. Y pasó el tiempo.

—Quizá vuelva, despacio, poco a poco —decía. Y no fue.

Issicha Puytu dio a luz. Hicieron bautizar al niño y eligieron padrino a un hombre que vivía en una casa vecina a la del curaca. Pero el niño murió. El curaca cuidó y curó a Issicha Puytu; la cuidó con todo amor y esmero. Y siguieron viviendo solos. Y amaron mucho al padrino del niño.

Y pasó el tiempo. La madre seguía esperando. Pero Issicha Puytu no aparecía. Entonces empezó a preparar su fiambre: hizo galletas de harina de quinua y **kkañiwa** (**k'íspiñu**), cocinó mote y chuño hervido. “Estas eran las comidas que ella prefería. ¡Cuánto deseo tendrá de probarlas!”, decía, mientras preparaba su atado de fiambre.

—Mi hija debe ser la criada del curaca —dijo. Y, llena de pena, se echó el atado a las espaldas—. Uno con una historia; otro con otra historia vienen donde mí para hablarme de mi hija. Ahora que yo llegue, veré por mí misma si es como ellos dicen.

Y emprendió la marcha hacia el pueblo. Llegó a la casa del curaca. A esa hora, su hija estaba tomando el sol echada sobre una alfombra. Tenía en la cabeza hermosos prendedores de plata. Era una matrona soberana. Imposible de ser reconocida. Y la anciana dudó, no podía reconocer a su hija. Issicha Puytu estaba muy engalanada. “¿Es esta mi hija, o no es ella?, se preguntaba y la miraba con asombro. Entonces sí, su hija le habló:

—Oye, vieja, ¿qué es lo que quieres?

La madre la reconoció en el sonido de la voz. Y le habló apresurada:

—Oh, hija mía! ¿Cómo estás?

Y corrió a abrazarla. Pero Issicha Puytu la rechazó. Aun así, la anciana le alcanzó el atado de manjares que había traído. Issicha Puytu recibió el regalo y dijo:

— ¿Por qué venís cada uno de vosotros trayéndome comidas inmundas y tratando de haceros pasar por mis parientes? ¿Yo acaso os conozco, mujer maloliente?

Y le arrojó el fiambre a la cabeza. Entonces la madre exclamó:

—¿Qué te pasa, oh criatura? ¡No te vuelvas contra el bien, hija mía! Yo te envié a que cumplieras tu turno en la mita, no te mandamos para que cambiaras de este modo.

—¡Fuera de aquí, vieja! ¡No me dirijas más la palabra! —gritó Issicha Puytu.

—¿Ya no recuerdas que soy tu madre? —preguntó la anciana—. ¿Es verdad que le arrojaste mi regalo al rostro de tu padre, y que hiciste lo mismo con tus hermanos? ¡Vámonos ahora! —ordenó la madre.

—¿Dónde puedo ir yo, vieja inmunda? —contestó Issicha Puytu.

—A nuestra casa. ¿O es que ya no recuerdas tu hogar?.

—¡Fuera de aquí, vieja! ¡Ya no me hables más! —gritó Issicha Puytu, decidida ya a arrojar de su casa a la madre.

La anciana recogió la comida del suelo. Y así, de rodillas, en medio del patio, lloró. Issicha Puytu la estaba mirando.

—Desde hoy para siempre ya no serás mi hija —dijo la madre— ¡Cuidado con que más tarde quieras decir: “Fuisteis mi padre y mi madre”. Ya no podrás ser en ningún tiempo, ¡Nunca podrás llamarme!

Y pronunciando la última frase iba saliendo de la casa. Pero la hija le contestó:

—¿Quién podrá llamarte “Madre” a tí?

Entonces la madre se descubrió el seno, hizo como si se ordeñara hacia el suelo, y pronunció la maldición suprema:

— ¡Con esto has de encontrar la vida eterna!

Luego salió de la casa y tomó el camino de su comunidad. Iba llorando en el camino. “¿Cómo ha podido mi hija hacerme lo que ha hecho? ¡Aun los manjares que hice para ella me los arrojó al rostro!”, decía. Y sus lágrimas rodaban como grandes gotas de lluvia, como el pesado granizo. “Yo que no quise creer a mi esposo ni a mis hijos. Sin embargo, ellos decían la

verdad. ¡Mi hija es como ellos decían!", seguía hablando. Y llegó a su casa, llorando. Y dijo a su esposo y a sus hijos:

—Era verdad. Vuestra hermana se ha pervertido, como dijisteis. Ahora sí creo.

Entonces convinieron entre todos:

—Ya no volveremos a su casa. Y aun cuando entremos al pueblo, no iremos donde ella vive. Y así hay que ser, para siempre.

Y la olvidaron.

Al día siguiente de haber arrojado Issicha Puytu a su madre, el curaca tuvo que hacer un viaje repentino y largo. Debía dormir un día en el sitio adonde iba. Antes de partir, el curaca amonestó muchas veces a sus criados; les dijo:

—Cuidáos de no atender bien a vuestra señora. La serviréis con esmero; tenderéis bien su lecho.

Y partió. Había ordenado antes que los criados acompañaran a dormir a la señora, que cuidaran su sueño.

Pero los criados no obedecieron. Apenas salió el curaca, murmuraron.

—¿Quién ha de cuidar a esa mujer? ¿Quién ha de querer alcanzarle nada? —y se entregaron al juego, a divertirse entre ellos. Nadie fue a cuidar el sueño de Issicha Puytu.

Al día siguiente, en la mañana, fueron de muy mala gana a servirle el desayuno. Y la encontraron muerta. Estaba muerta sobre su lecho. Entonces los criados se espantaron.

—¿Qué puedo haberle sucedido a esta mujer? ¡Está muerta! —exclamaron—. El señor nos castigará por no haberla acompañado.

Y reflexionaron para encontrar la forma de justificarse. “¿Cómo hemos de explicar su muerte?”, decían. “¿Por qué no estrásteis a su dormitorio para cuidar su sueño?”, nos preguntará el señor. Al fin convinieron en decir que Issicha Puytu había muerto en la mañana, y no en su lecho, sino fuera, ya levantada.

Y vistieron el cadáver de Issicha Puytu. Peinaron su cabellera como solía peinarse ella todos los días. Luego, tendieron el cadáver sobre el lecho.

Al poco rato llegó el curaca y preguntó:

— ¿Dónde está la señora? ¿Dónde está mi paloma?

—Ha muerto —le dijeron.

— ¿Cómo? ¿Cómo es posible? ¿De qué modo?

—Esta mañana se levantó muy temprano. Sentada sobre una alfombra estuvo viendo un escrito. En la puerta de la casa se calentaba al sol. Y de repente se estremeció, cayó de

espaldas, inmóvil. Entonces hicimos cuanto era posible. Pero no pudo revivir. Y la llevamos, apenas, hasta su lecho.

El curaca había comprado en su viaje los objetos más bellos para Issicha Puytu. Y llevando los regalos entró al dormitorio y cerró duramente la puerta. Llorando, levantó a su amante y la hizo sentar sobre el lecho, y empezó a llamarla:

—¡Vuelve a la vida, Issicha Puytu! ¡Vuelve a la vida!

Se sentó a su lado; y lloraba. Lloró toda la noche, junto a su amada. Al amanecer la vistió con los trajes nuevos que le había traído, la engalanó y volvió a llamarla:

— ¡Issicha Puytu, toca la quena del cántaro!

Cuando entraron los criados encontraron el cadáver sentado, hermosamente vestido y engalanado, y vieron que el curaca le hablaba como si Issicha Puytu estuviera viva.

Así la estuvo contemplando durante tres noches y tres días. No se acordó siquiera de que Issicha Puytu debía ser sepultada. Y en ese trance, cuando la estaba contemplando. Issicha Puytu revivió; levantó la quena y empezó a tocarla. Era como la muerte el canto de la quena; bajo el cántaro, el instrumento lloraba a torrentes; llamaba al llanto y a la muerte. El curaca era feliz: “¡Ya revivió Issicha Puytu!”, exclamaba.

Estaba viva, pero ya no sabía ni vestirse ni peinarse. No era ya la misma. El tenía que peinarla. Y cada vez la vestía con nuevos trajes. Le servía comida en las manos; pero no comía. Ya no le llegaba el hambre ni la sed. Ya no hablaba como antes. Sólo a instantes hacía sollozar su quena bajo el cántaro. Y dormía.

Y entonces, una noche, el curaca quiso pecar con ella. Y cuando estaba consumado el pecado, de dentro del lecho se incorporó una bestia. Issicha Puytu estaba convertida en un asno. Pero el curaca exclamó lleno de alegría:

—¡Ahora sí! Aunque se haya convertido en asno, ella estará conmigo, iré con ella a todas partes. ¡Ya no tendré que enterrarla! —y amaneció con la bestia en su dormitorio.

Al día siguiente, el curaca llevó el asno a la casa del padrino de su hijo. Y le dijo:

—Tu que cargaste a mi hijo en la pila bautismal, tú, mi prójimo, mi señor, ve que ahora tengo a esta bestia para mí. La he comprado para mis viajes. Para que esté siempre conmigo.

El padrino, este hombre, era entendido en herrar y arreglar los cascos de la bestia. El curaca le dijo:

—Cuida de los cascos de mi asno, hiérralos ahora.

— ¿Por qué no hacerlo, para ti, padre como yo, mi curaca? —contestó: Herraremos a tu bestia, ahora mismo.

Y forjó unos herrajes a medida. Luego tumbaron al animal; le amarraron las patas; acomodaron los herrajes y empezaron a clavarlos. Pero al primer golpe gritó la bestia:

—¡Ay! ¡Ay, mi señor! ¿Cómo me clavas los pies, tú, tú que fuiste el padrino de mi hijito?

Y hablando así, se levantó, convertida de nuevo en la matrona, en Issicha Puytu, en la señora hermosa. El hombre, el padrino, se llenó de pavor.

—¡Oh, mi curaca! ¡Qué me has mandado hacer! —exclamó, mirando a su amigo. Y preguntó a Issicha Puytu.

—¿Qué ha sido de ti? ¿Cómo, de qué suerte pudiste convertirte en bestia, habiendo sido madre de un hijo de mi curaca, de mi señor?

Entonces habló Issicha Puytu:

—A mi madre, a mi padre, a mis hermanos, les hablé con desprecio. Por eso nuestro Señor me castiga. El haber arrojado al rostro de mi hermano la comida que me trajo de regalo, no es culpa grande. Culpa grande es haber afrentado a mi padre y a mi madre con el mismo pecado.

—¿Y por qué procediste de esa manera?

Issicha Puytu contestó:

—Por haber sido amante de un señor como tú. Por eso ofendí a mi padre y a mi madre. He caído ahora en las lágrimas de mi padre y de mi madre. Mi madre me maldijo exprimiéndose los pechos Y esa misma noche me alcanzó la muerte. ¡Ya no podré encontrar mi redención! Y cuando estuve muerta, este curaca intentó hacerme pecar; y por eso me convertí en bestia. En un pecado horrendo el que quería que yo cometiera. Y me convertí en bestia. Viendo que estaba muerta, no temió a mi cuerpo inerte, y me profanó. Impulsado por su alegría demoníaca me acarició, puso sus manos sobre mí; y después quiso hacerme caer en el horrendo pecado. Pero yo ya no puedo pecar, porque estoy muerta. Envileció mi cadáver vergonzosamente. Y por eso me convertí en bestia.

Issicha Puytu acabó de decir estas palabras, y cayó de espaldas. Y murió definitivamente; se convirtió en cadáver.

Para el pueblo, Issicha Puytu murió en la casa del padrino. “Aquí murió”, dijo él. Y empezó a disponer el entierro del cadáver. Pero el curaca se opuso:

—La llevaré a mi casa. Allí la cuidaré —dijo.

Pero el padrino contestó:

— ¡Qué es eso, curaca mío! ¡No tendría nombre lo que propones! Tenemos que enterrarla.

E impidió que el curaca se llevara el cadáver de Issicha Puytu.

Y la enterraron. Le hicieron un funeral pomposo; como se entierra las matronas respetables, a la consorte de los que mandan. El curaca asistió a los funerales. Iba cantando junto con las lloronas, repitiendo el llanto de ellas. Pero no repetía la voz de las plañideras, cantaba con sus propias palabras: "Issicha Puytu: ¡adelántate, adelántate! —iba diciendo—. Donde quiera que vayas yo estaré contigo, juntos, siempre juntos". Y cuando estaba llorando con estas palabras, la enterraron.

Y, concluido el funeral, todos se fueron. Acompañaron al curaca hasta su casa. Pero, a la media noche, el curaca se levantó y se encaminó hacia el panteón, llevando las ropas de Issicha Puytu. Llegó hasta el sitio donde la enterraron, y escarbó la tierra. Entonces Issicha Puytu volvió a la vida, salió de donde estaba enterrada. El curaca la vistió hermosamente. Y se echaron a andar. En la puerta del panteón, gritó el curaca:

— ¡Issicha Puytu! ¡Ahora sí! ¡Con ella me voy eternamente! ¡Con Issicha Puytu!

Y se fueron, no sabemos dónde.

Entonces aullaron los perros, de pueblo en pueblo.

Dicen que vino un carro de fuego, y que el demonio se llevó a los dos.

A la mañana siguiente, los vecinos preguntaron en la casa del curaca. Pero él no estaba; y habían desaparecido también todos los vestidos de Issicha Puytu. Luego, fueron al panteón, a ver. Y encontraron escarbada la sepultura de Issicha Puytu. Los dos amantes ya no estaban. Así fue todo.

La casa del curaca se sumió en el silencio. Más tarde se convirtió en ruinas. En desolada pampa.

25.

TUTUPAKA LLAKTA

O EL MANCEBO QUE VENCÍO AL DIABLO

Había un joven que diariamente salía al camino a tentar fortuna en los juegos de azar. Solía apostar tanto con los viajeros que subían como con los que bajaban al pueblo. Tenía mucha suerte, ganaba siempre y de esta manera conseguía dinero en abundancia. Cierta día pasó un arriero arreando una innumerable recua de las mulas cargadas. El joven lo detuvo y le dijo:

—Juguemos una partida, señor.

—Juguemos para divertirnos —contestó el arriero.

Echaron los dados y jugaron. El joven le aventajó en un principio: ganó las mulas, las cargas e, incluso, al propio dueño. Entonces el arriero le propuso:

—Juguemos, nuevamente.

Y jugaron una segunda rueda. Esta vez el arriero fue el ganador. Rescató las acémilas, las cargas y el dinero; el propio joven resultó finalmente empeñado. El arriero le dijo entonces:

—Joven, ahora me perteneces. Te llevaré a mi pueblo.

Este arriero era el diablo que había tomado apariencia humana. El joven ignoraba que era el propio Satanás y le contestó:

—No me es posible ir hoy mismo a tu pueblo. Te seguiré inmediatamente después.

—Tú solo no podrías llegar a mi pueblo. Son tres meses de camino. Mi ciudad se llama Tutupaka—le dijo el diablo:

—De todas maneras yo llegaré a tu pueblo —contestó el joven.

Entonces acordaron por escrito, muy claramente, que el joven tenía seis meses de plazo para llegar a ese pueblo. Y el diablo le advirtió:

“Te mandarás hacer tres pares de sandalias de fierro y un gran bordón de **Llokke**. Después caminarás tres meses enteros hasta llegar a mi pueblo. Seguirás el camino guiándote por las pisadas de mis mulas”.

Cuando todo estuvo convenido perfectamente, se despidieron.

El demonio, arreando sus acémilas, encaminóse hacia su pueblo. Como un inmenso cordón marchaban sus mulas en fila, corvirtiéndose el camino en polvo menudo que se levantaba como una nube a la vista del joven, quien entonces comprendió que había pactado con el propio diablo.

El joven volvió al pueblo y apenas ingresó a su hogar les dijo a sus padres:

—Padre mío, madre mía, hoy día jugué con el diablo y he perdido. Hemos convenido en que llegaré a su pueblo dentro de seis meses. Solamente tres que quedan para permanecer a vuestro lado, mientras preparo mi largo viaje.

Los padres, queriendo oponerse, le dijeron:

—Es imposible que te vayas.

Pero el hijo repuso:

—De ninguna manera puedo quedarme. Debo marcharme como sea—y, enseñándoles el pacto escrito añadió: —Aquí está el compromiso escrito.

Desde ese día inició sus preparativos para el viaje. Se mandó hacer tres pares de sandalias de acero y un bordón de madera de **llokke**. También se mandó preparar buena

cantidad de vituallas y fiambres. El tiempo transcurrió rápidamente, cada mes pasó como si fuera un día.

Sus progenitores, hasta el último momento, se obstinaron en disuadirlo. A pesar de todo, al cumplirse el tercer mes, el joven emprendió su largo viaje. Se despidió de sus padres y empezó a caminar como si marchara hacia la muerte. Sus desconsolados padres le decían:

—No podrás salir del infierno. Ya no volverás nunca.

—Regresaré si consigo vencer al diablo. Pero si no puedo dominarlo, ya nunca volveré —les contestó el hijo al tiempo de alejarse.

Así fue como el joven anduvo y anduvo, noche y día, hacia el país lejano, siguiendo los rastros dejados por las mulas. Pasaron cerca de tres meses y apenas pudo llegar a la vista de un mar enorme, en cuyas orillas desaparecían las huellas de las bestias. En las arenas de la playa se había borrado los vestigios de los cascos sin que pudiera vislumbrarse hacia dónde seguían. Los tres pares de sandalias de acero se habían gastado y hacía tres o cuatro días que el joven caminaba sin probar alimento. En vano rastreó las playas buscando las huellas de las acémilas del demonio, no encontró ni una señal en las arenas. Entonces divisó a una señora sentada con dos niñitos en la cima de un montículo próximo. Uno de los pequeñuelos era algo mayor y el otro, parvulito. La señora los distraía haciéndoles jugar cuando el viajero se acercó y, después de saludarla, le dijo:

—Señora mía, permitidme una pregunta. ¿Hacia dónde queda el pueblo de Tutupaka?

La matrona le respondió:

— ¿Con qué motivo buscas ese pueblo?

—Hice una apuesta con Satanás —dijo el joven caminante—. El plazo que me dio va a cumplirse y si no llego en el término indicado al pueblo de Tutupaka, el diablo me cargará en un carro de fuego.

—Yo no conozco el pueblo de Tutupaka. Sin embargo, se lo preguntaré a mi hijito, acaso él sepa dónde queda —dijo la señora.

Y efectivamente se lo preguntó al mayor de sus niños.

—Tampoco yo conozco ese pueblo —contestó el niño.

El hombre entonces se echó a llorar delante de la soberana quien, según cuentan, era nuestra Señora.

—Decidme, madre mía, qué debo hacer en este trance —suplicó sollozando el joven.

La señora, que no era una mujer común sino, según cuentan, la propia Virgen, le ordenó a su niño:

—Hijo mío, has resonar por los aires la trompeta. Toca a reunión. Tal vez han visto ese pueblo los que vuelan por las alturas.

Y el niño mayor sopló la trompeta; hizo resonar el instrumento para que fuera escuchado por toda la región. Entonces llegaron parvadas de pájaros, bandadas de avecillas poblaron la colina.

La soberana, después de contar todos los pájaros, preguntó a cada uno:

—¿Conocéis el pueblo de Tutupaka?

—No. No lo conocemos —respondieron las diversas avecillas.

—Entonces marchaos. Tan solo para eso fuisteis llamadas —dijo la Virgen.

Y volaron los pajarillos cortando los aires.

—Hijo mío, vuelve a tocar la trompeta —le ordenó la soberana a su niño. Y el clamor de la bocina se extendió nuevamente por los espacios, al impulso del aliento del niño. En seguida llegó una multitud de gavilanes, águilas, gallinazos, cernícalos y toda clase de aves mayores que pueblan y surcan los cielos. Sólo el cóndor dejó de venir.

También a esas aves les preguntó la señora, luego de contarlas, una por una:

—¿En dónde queda el pueblo de Tutupaka? ¿Vosotras lo conocéis?

Todas las diversas aves contestaron:

—No no. Nunca lo hemos visto ni lo conocemos.

Y todas estas aves se marcharon, cuando la señora les dio permiso diciéndoles: “Idos”.

Luego, la Virgen ordenó nuevamente al niño:

—Toca la trompeta otra vez, hijo mío, toca a “llamada”. Hizo resonar el niño la voz potente del caracol sonoro, haciéndolo vibrar aún más alto. Entonces descendió el cóndor.

—¿Tú conoces el pueblo de Tutupaka? ¿Dónde queda ese pueblo? —le preguntó al **mallku** la soberana.

Y el cóndor habló:

—El pueblo de Tutupaka está muy lejos. Yendo por tierra son dos meses de camino. El pueblo de Tutupaka, mi soberana, es el pueblo del demonio.

Al oír tal noticia, el hombre se echó a llorar.

—¿Qué haré ahora, oh madre mía! —le dijo a la señora—. Ya que me encuentro en vuestra presencia, os ruego me ayudéis en alguna forma.

Entonces la matrona le preguntó al rey de los aires:

—No dudo de que conozcas ese pueblo. ¿Cuál es el camino más corto para llegar a él?

Y habló el cóndor:

—El demonio corta camino a través del mar. El mar para el es cómo si se le extendiera un puente. Por allí transita. El camino terrestre es muy largo. El océano se extiende a gran distancia. Este joven se encuentra ahora justamente a medio camino.

Y la virgen le ordenó al cóndor:

—**Mallku**, conduce tú a este joven.

—Bien, mi soberana—dijo el cóndor.

La matrona les dio unos panes al **mallku** y al joven. Ambos comieron pequeños trozos y se saciaron. Luego, la señora indicó al joven:

—Este señor del espacio sabrá aconsejarte. Haz solamente cuanto te indique— y al cóndor le dijo: —Ahora, cárgalo.

El **mallku** se echó al joven a las espaldas y le advirtió:

—Cierra fuertemente los ojos. De ningún modo debes abrirlos. Cuando yo te diga y ordene “Mira”, entonces los abrirás.

Y así cargó al joven por los aires. Volando noche y día lo hizo cruzar el gran mar. Cortaron por el medio la inmensidad del océano. Estuvieron volando tres noches y tres días completos. Al acabar la travesía, el **mallku** le habló al joven:

—Abre los ojos y mira.

El joven abrió los ojos y vio que ya habían atravesado el océano. El **mallku** descargo al hombre, lo hizo descender en la inmensidad de una llanura sin fin. Luego le dijo:

—Aquello que divisas es el pueblo de Tutupaka.

Y cuando el viajero miró hacia donde el cóndor señalaba, descubrió una población cubierta de un humo denso que temblaba en la lejanía. Todos los edificios tenían techos de zinc y reverberaban en lontananza. El **mallku** comenzó entonces a darle avisos e instrucciones al joven:

— No ingreses al pueblo inmediatamente. Descansa primero en este lugar. Allá reside tu contendor.

En ese instante vinieron tres niñas a bañarse en el mar. La primera vestía de amarillo, la segunda de verde y la última de color púrpura. El **mallku** continuó:

—Esas tres niñas que vienen son las hijas del demonio. La de vestido verde se desnudará en la orilla. Observa con mucha atención dónde deja sus ropas. Debes levantar su vestido sin que te vea, mientras se está bañando. Esconderás muy bien ese vestido verde y luego simularás no haber visto nada. Te echarás encima del vestido mirando hacia otra parte. Después de haberse bañado, ella saldrá y buscará sus ropas. Se acercará a ti y te preguntará, pero tú nada confesarás. A lo sumo podrás decirle: “No he visto ropa alguna”. Junto con su vestido estarán sus anillos y un prendedor de oro de su blusa. Sacarás ambas joyas y las enterrarás aparte. Ella volverá nuevamente a interrogarte, cuando sus hermanas se hayan ido dejándola sola. Insistirá en sus ruegos, diciéndote: “Entrégame mis ropas, dámelas por favor. Yo sé que tú las tienes”. Y repetirá apremiándote: “Devuélveme mis ropas, entrégamelas de todos

modos". Ante sus exigencias, tú le revelarás el motivo de tu presencia en este lugar y le dirás: "Tengo un compromiso firmado con tu padre, por eso he venido. Hoy día se cumple el plazo para presentarme ante él".

Así le instruyó el **mallku**. Y todavía le dio nuevos consejos, diciéndole:

—Luego le devolverás sus vestidos, pero no las alhajas. "Te devuelvo tus vestidos con la condición de que en algo me ayudes cuando esté en tu casa", vas a decirle. La niña se retirará entonces con sus prendas de vestir, diciéndote: "Pierde cuidado que yo te ayudaré en lo que pueda. Cuanto me pidieras te lo concederé". Pero, todavía una vez más regresará. "Mis anillos estaban dentro de mis ropas y los echo de menos", ha de decirte. Tú debes responderle: "Solamente he encontrado tu vestido, ningún anillo he visto". Nada más debes declarar. Entonces, para que le devuelvas sus anillos, ella mencionará cierto asunto. Solamente entonces debes hablar y hace un buen convenio. También acerca de la ayuda que te prestará en su casa le hablarás en ese momento. Cuando tengas segura su promesa, le devolverás sus dos anillos. La otra joya no has de entregársela de ningún modo.

Así le instruyó puntualmente el **mallku** y cuando hubo terminado remontó el vuelo sobre las nubes.

El hombre permaneció en el mismo lugar, como le había dicho el cóndor. Sin perderlas de vista, miraba embelesado a las tres bellas niñas que llegaron hasta la playa, se desnudaron y, dejando sus vestidos en la orilla, penetraron poco a poco en el mar para bañarse. Se sumergieron casi hasta las profundidades del océano; luego flotaron sobre las ondas y se divertieron jugando y nadando.

Mientras tanto, el joven, arrastrándose a gatas, ocultamente, se apoderó del vestido verde. Hizo un vulto bien disimulado y echándose encima permaneció tranquilamente, como si no hubiera hecho nada, mirando en dirección opuesta.

Las doncellas, después de haberse bañado, salieron de las aguas. Cada una fue a recoger su vestido. Dos de ellas se vistieron y la otra se echó a buscar sus ropas. Las tres niñas se dieron cuenta de que allí había un hombre. La que había perdido sus ropas se le aproximó para preguntarle:

—Señor, ¿por casualidad has recogido mis ropas? Las dejé en la orilla mientras entré a bañarme en el mar.

—No he visto ropa alguna —contestó el hombre—. Me he echado aquí tan cansado que no podría haber levantado ningún vestido.

La doncella volvió entonces al lugar donde dejara sus ropas y continuó buscándolas, pero no las pudo encontrar. Sus dos hermanas retornaron al hogar, mas ella fue nuevamente adonde yacía el joven y le dijo:

—Solamente tú, señor, puedes tener mis vestidos. Te ruego que me los devuelvas.

Te daré en cambio lo que me pidas.

El joven entonces le contestó:

—He firmado un trato con tu padre y hoy debo presentarme ante él.

Y la niña le respondió:

—Ya sé quien eres. Esta mañana mi padre decía: “Un hombre debía haber llegado hoy, pero aún no ha venido. Le aguardaré hasta el anochecer, pero si no llega iré a buscarlo en un carro de fuego”. Ese hombre debes ser tú. Yo velaré por ti en mi casa. Te daré lo que pidas. Lo único que te ruego es que me devuelvas mis vestidos.

A su vez el joven le suplicó:

—Yo también te ruego que me ayudes y favorezcas en todo lo que tu padre me ordene.

La doncella prometió concederle al joven cuanto le demandara. El joven, por su parte, le devolvió sus prendas.

Ella se retiró y se vistió. Ya vestida regresó donde el joven y le dijo: —Dentro de mis ropas tenía dos anillos y un prendedor de oro de mi blusa. Ten la bondad, señor, de entregarme esas alhajitas.

—No he visto ningún anillo. Lo único que encontré fue el vestido —dijo el joven y se cerró en no declarar nada más. La niña insistió, lo apremiaba sobremanera, le decía:

—Tanto mi padre como mi madre me reconvendrán: “¿Dónde dejaste tus joyas? ¿Dónde las has extraviado? Corre a buscarlas”, me dirán. Te suplico devolvérmelas.

Pero el hombre se empeñó en negar todo:

—No he visto nada. No tengo nada.

La doncella entonces le propuso:

—Mira, me gustaría ser tu novia. Si me prometes casarte conmigo, te protegeré de todo cuando estemos en mi casa.

El mozo, alborozado, le respondió:

—¡De acuerdo!

Entonces la niña instruyó al mancebo de esta manera:

—Toma este anillo que te defenderá si algo ocurriera en mi casa. Ven ahora tras de mí y entra a la habitación en que yo entre. Luego hablarás con mi padre de esta manera: “¡Señor, cuan fatigado llego aquí! ¡Qué lejos queda vuestra casa! Pero he cumplido mi palabra y aquí estoy”. Así le hablarás. Y mi padre te dirá: “Pasad, buen señor, sentaos y cenaremos”. A la puerta principal, en un rincón, estará tendido un enorme perro guardián llamado **Ninassu**. Junto a él te echarás a descansar. En ese lugar te hará servir una opípara cena. Tú la recibirás, pero no debes comerla. Se la darás al perro **Ninassu**. Luego, mi padre te indicará: “Descansad en esta pequeña alcoba”. Tú te fijarás en un aposento chico de puerta

verde, que estará abierta. Las habitaciones de otro color estarán cerradas. A una de ellas te conducirá mi padre: "Hospedaos en esta alcoba". "Disculpad, gran señor, allí no puedo albergarme ", le contestarás y franqueando la puerta verde te arrojarás en la cama. Sólo esa cama has de aceptar y de ningún modo probarás los potajes que te brinde. Yo me encargaré de llevarte alimentos por la noche y entonces te diré lo que conviene hacer cada día.

Así le instruye puntualmente la niña y luego ambos se separaron. La doncella tomó la delantera hacia su casa y el hombre la siguió de lejos, sin apartarse ni un punto de sus huellas. Por la misma puerta por donde ella ingresó también entró el hombre y se tendió en el suelo.

— ¡Señor, cuan rendido llego! —dijo el joven al tumbarse en el piso.

En el ángulo exterior de la mansión dormía echado un enorme perro. Casi junto al animal se tendió el joven.

—¡Oh, qué distante queda tu morada, mi señor! Pero al fin he llegado, exactamente en el día que mi citase—dijo el viajero.

El demonio, que en ese momento estaba sentado a la mesa dispuesto a comer, le contestó:

—¡Ah! No hace mucho pensaba, observando el camino: "¿Cuándo llegará ese joven?"

En seguida, le invitó, cortésmente:

—Entrad, señor. Sentaos y comeremos juntos.

—Poderoso soberano, no podré hacerlo pues estoy muy fatigado. Dejadme descansar aquí —dijo, excusándose, cortésmente el joven.

Entonces, el señor del Averno le mando llevar una cena abundante al sitio donde se había echado. Le hizo servir una gran variedad de potajes que el joven recibió con toda cortesía. Pero el joven echaba el contenido de los platos al perro guardián, quien en un instante lo devoró todo. El joven devolvió la vajilla, fingiendo haberse servido.

—Mi soberano, os doy las gracias. Que nuestro Señor retribuya vuestra generosidad —agradeció al devolver los platos.

El demonio hizo que sus criados retiraran el servicio, mientras el joven continuaba tendido en un rincón junto a la puerta y sigilosamente observaba cuál de las habitaciones estaba totalmente abierta. Así vio el aposento de puerta verde, abierto de par en par, y las demás piezas totalmente cerradas.

Satanás le señaló una de las piezas y le dijo:

—Dormid aquí, señor, y descansad.

Entonces el viajero se excusó.

—Gran soberano, disculpadme que no pueda entrar en esa alcoba cerrada. Os ruego hospedarme en este pequeño cuarto que está abierto —dijo entrando de hecho al aposento. Y se tendió a plomo sobre el pavimento.

Ante esta actitud el demonio no tuvo más que mandar una cama a la habitación escogida por el mancebo. El huésped recibió la cama, él mismo la tendió y se tumbó encima para dormir.

Por la noche, el demonio volvió a invitar al joven.

—Acompañadme, ahora. Sentémonos juntos y nos serviremos una sopa —le dijo cortésmente.

—Perdonad, mi señor. Tengo un cansancio tan atroz que no podré levantarme —se excusó el viajero.

—Está bien. Descansad y recobraos de la caminata. Ordenaré que os lleven la comida a vuestra alcoba. Empero, mañana temprano estaréis en pie para segar una pequeña parcela. Un sirviente os conducirá.

—Esta bien, señor —contestó secamente el joven.

Esa noche, el soberano hizo que un criado le llevara al joven la comida a su alcoba. Pero él no probó nada, sino que se la dio toda al perro guardián.

A medianoche, la doncella hija del demonio ingresó a la alcoba llevando alimentos. El joven comió lo que le brindó la niña. Ella luego le preguntó:

—¿Qué te ordenó mi padre?

—Me dijo que mañana debo segar un pequeño trigal adonde me conducirá un criado.

— ¡Ah, ese trigal es inmenso! No acabarías de segar lo ni en diez años. Mi padre es un tirano que te ha ordenado esto para doblegarte. No sabemos qué otras cosas imposibles te ordenará.

—¿Y cómo podré hacer ese trabajo tan grande? —preguntó el mozo.

La niña le dijo

—A cambio de el que tienes te daré este otro anillo, al que le dirás: “ ¡Ay, sortijita, sortijita preciada! Quisiera ver este trigal todo limpio, segado y tendido”. Dichas estas palabras, dejarás la sortija sobre el trigal. Pero antes vas a cortar un poco de trigo, a fin de que el guía te vea trabajando. Luego formarás gavillas; en seguida colocarás la hoz en actitud de estar cortando la mies. Después has de postrarte con la cara en tierra y la hoz de por sí cortará toda la mies. Sólo tus oídos estarán escuchando el ruido del alcazer cortado

y nada más. Esa sortijita dirigirá la faena. Cuando ya no se escuche el sonido de la hoz, levantarás la vista y mirarás. Intencionalmente te quedarás todavía un tiempo en el trigal. Luego regresarás y en cuanto llegues a la mansión dirás: “Apenas he podido acabar la siega, gran soberano. Era enorme la extensión de tus trigales”.

Así instruyó la doncella al joven. Y cuando hubo acabado durmieron juntos esa noche.

Al rayar la aurora, la doncella se fue a su propio dormitorio.

En seguida hizo almorzar al joven como acostumbraban los peones campesinos y le alistó el fiambre. Las viandas del demonio eran inmundas, pero la niña le llevó ricas comidas aderezadas.

A la madrugada, el diablo hizo que un criado le llevara al joven el desayuno al aposento donde había dormido. El joven recibió el desayuno, pero lo echó al bacín, al tiesto de orinar. Se levantó en seguida de la cama y salió.

En ese momento el demonio hizo que le dieran una hoz y que su ordenanza lo llevara al trigal. Este ordenanza lo llevó sólo hasta la orilla de los trigales.

—Esta es la sementera —le dijo, y se marchó.

El hombre aparentó cortar el trigo, sólo para ser visto por el ordenanza, y entrecruzó las primeras gavillas.

Después, conforme a las indicaciones de la hija del demonio, colocó la hoz como si estuviera segando la mies y repitió las palabras mágicas que le enseñara:

— ¡Ay, mi sortijita, sortijita preciosa! Quisiera ver este trigal tendido y segado con todo esmero.

Pronunciada la fórmula mágica, colocó el anillo sobre la gavilla recién cortada.

El trigal aparecía ante sus ojos como una extensión enorme, inacabable, que cubría lomas y quebradas. A pesar de todo, se tendió cara al suelo. De por sí, la hoz comenzó automáticamente a cortar la mies y el joven creía escuchar a una multitud trabajando. Percibía el ruido particular de la paja que se siega.

Poco tiempo duró la siega. Cuando hacía un buen rato que el sonido de las hoces se había silenciado, el joven levantó la cara y se puso a observar. Todo estaba segado con un corte parejo y hermoso. El anillo permanecía donde lo había dejado. Con cierto respeto reverente, el joven lo levantó:

“Era cierto cuanto me dijo la niña”, pensó. “De todos modos tengo que casarme con ella”.

Prosiguió cavilando un momento:

“Me quedaré aquí sin hacer nada, porque si vuelvo en seguida el soberano me diría: “¿Tan rápido has terminado?”

Así se enfrascó en sus meditaciones durante un buen rato cuando, de pronto, apareció una carta delante de él. La levantó y la leyó. La hija del demonio le enviaba un mensaje urgente. Cuando hubo terminado de leerlo, optó por quedarse en el lugar. Solamente al atardecer regresó a la casa y se presentó ante el soberano.

—Concluí, señor, la siega que me ordenaste. Era una inmensidad tu sementera y difícilmente he acabado —le dijo.

—¿Pudiste acabar? Cuidado con mentirme —dijo preocupado el señor.

—Manda si quieres un emisario para que lo compruebe —repuso el joven.

—Así que. . . —dijo Satán asintiendo dubitativamente—. Mañana alistarás la era y reunirás allí la cosecha.

—Está bien, mi señor —contestó el joven.

Esa noche, cuando todos se habían retirado a dormir, la niña volvió a visitar al joven en su alcoba y le preguntó:

—¿Hiciste todo lo que te dije?

—Sí. Así lo hice —dijo el joven—. Todo lo que indicaste se realizó: el trigo quedó totalmente segado.

La niña le preguntó nuevamente:

— ¿Qué tarea te ha señalado mi padre para mañana?

—Me dijo que prepare la era y que junte allí la mies.

La niña entonces volvió a darle avisos e instrucciones:

—Toma nota, atentamente. Pedirás mañana dos sogas, pero que sean muy largas. Has de pedir eso y todo lo necesario para aventar la mies. Mi padre se opondrá, diciendo: “¿Para qué necesitas tantas cosas?” “Nosotros en nuestro pueblo no trabajamos sin estos utensilios”, vas a responderle. Sólo entonces te darán lo que hayas pedido y podrás marchar a la era, donde alistarás ese lugar para iniciar el trabajo, sin omitir nada. Cuando estén dispuestas todas las herramientas agrícolas, como para empezar la faena, dirás: “¡Ay, mi anillito! ¡Sortija preciosa! Desearía ahora que la era quede hecha, totalmente acabada”. Dichas estas palabras, te postrarás en tierra y al cabo de un rato observarás el campo. La era estará totalmente pareja, como una linda llanura. Entonces estirarás las sogas como para cargar. Sobre las sogas pondrás unas gavillas, luego dirás esto: “¡Ay, sortijital ¡Joya preciosa! Quisiera ver ahora todas las gavillas de trigo hacinadas sobre la era, en perfecto orden”. Así has de proceder —dijo finalmente la niña y se echó a dormir junto al joven.

Al día siguiente, a la madrugada, la niña le sirvió el almuerzo a su amante, según es costumbre entre los campesinos. En ese momento. Satanás comenzó a llamar desde su habitación:

—Sírvanle el desayuno a ese hombre. Tiene que irse a trabajar la era —dijo con voz enérgica.

Los criados le llevaron el desayuno al forastero, quien les pidió los instrumentos para el trabajo.

—Dadme cuanto es menester para la faena. Además necesito dos sogas, las más largas que haya —les dijo.

Los criados volvieron donde el demonio.

—El forastero pide dos sogas, las más largas que haya —le dijeron.

—¿Para qué necesita tantas cosas? —dijo Satán.

—Ha dicho que así acostumbran trabajar en su tierra —le informaron.

Entonces Satanás ordenó a uno de sus súbditos:

— ¡Qué importa! ¡Dadle lo que pide!

Así fue como le entregaron al joven todos los utensilios agrícolas que pidió. Apenas los hubo recibido, se dirigió al trigal. Habiendo llegado a la cima donde estaba la era, comenzó a disponer las herramientas para aventar la mies y religiosamente acomodó en el suelo el anillo mágico. Se postró en tierra y pronunció el sortilegio:

—¡Ay, anillito, linda joya! Desearía en este momento que esta era aparezca toda igualita, trabajada al ras.

A los pocos instantes, cuando el joven se levantó, el campo de la era estaba maravillosamente igualado y hermoso.

El joven acomodó entonces las sogas como para liar los tercios de trigo. Y pronunció la fórmula mágica:

—¡Ay, sortijita, sortijita preciada! Quisiera en este instante que todas las gavillas de esta sementera queden hacinadas sobre la era en perfecto orden.

Luego se postró en tierra. Y sus oídos percibieron que las gavillas eran levantadas con el sonido propio de la mies que se lía, carga y traslada. A los pocos instantes, cuando se acallaron los ruidos, el hombre se levantó y con gran sorpresa pudo contemplar la mies

perfectamente hacinada en la era. Luego, con sumo respeto, recogió la joya prodigiosa.

El joven comprobó que aún era muy temprano. Entonces apreció delante de él, en la misma chacra, una misiva de la niña, cuyo texto decía: “Mi padre ha enviado ocultamente un observador. Ponte a trabajar y no te quedes sentado”.

Advertido de esta manera, el hombre hizo además de espigar los tallos caídos en el campo. Un comisionado había llegado a espirarlo. Pasado un buen rato, cuando el joven había recogido parte de las espigas desparramadas, el comisionado se marchó en busca de Santán y le dijo: “Ese peón está trabajando”.

También el joven regresó a la mansión de Satan. Cuando éste lo vio, le preguntó:

— ¿Has terminado tu trabajo? ¿Has acabado tu tarea?

—La he acabado, señor. Aquí te devuelvo los utensilios agrícolas que me diste.

Y sin decir más, ingresó en su aposento, para echarse en su lecho. El dueño de casa ordenó que le llevaran los alimentos. El los recibió como para comerlos, pero todo se lo dio al perro **Ninassu**. No probó absolutamente nada. Esa noche, el demonio se acercó a su puerta y le ordenó:

—Mañana llevarás las bestias para pisar el trigo.

Con indiferencia, le contestó el joven:

—Está bien, señor.

A medianoche, cuando todos se habían acostado, la niña visitó al huésped llevándole sus alimentos. Después de haberle servido, la niña le preguntó: — ¿Qué te ha ordenado mi padre que hagas mañana? —Me ha dicho que vaya a trillar con las bestias —le dijo el joven.

A esto la niña respondió:

—Te será impasible arrear las bestias. Te matarían, pues son muy chúcaras. Tienes que pedir que lo haga mi anillito. Primero abrirás la puerta del corral de los caballos y en esa misma puerta has de decir: “¡Ay, anillito, anillito! Ahora deseo que estas bestias aparezcan en la cima de la era”. Cuando estén allí los animales, levantarás unas cuantas gavillas. Esparcirás en círculo esa porción de siega en medio de la era y dirás: “¡Anillito, anillito! Quisiera ahora que esta mies sea desparramada uniformemente y quede lista para ser trillada por los animales”. Luego dirás: “ ¡Ay, anillito, anillito! Ahora quisiera que este trigo se amontone como para ser aventado”. Y cuando el grano ya esté como un montículo, dirás: “ ¡Anillito, anillito! En seguida quisiera que estos animales vuelvan a su corral”.

Después de que lo hubo aleccionado en esta forma, la niña y el joven se acostaron juntos.

A la madrugada, la niña le dijo al joven:

—No debes comer ni un bocado ni probar las viandas de mi padre. Mientras permanezcas en esta casa solamente yo debo servirte. Si acaso comieras el alimento de mis progenitores, mi padre te ¡dominaría.

Prevenido de esta manera, el joven le preguntó:

— ¿No sería posible que yo te visitara en tu dormitorio?

—No. Mis hermanas se darían cuenta y se lo contarían a mis padres. Nuestros padres no quieren casarnos jamás. Quieren conservarnos solteras toda la vida. Los padres de este pueblo proceden así con sus hijos. Por eso yo deseo casarme contigo. Ya llega el momento de irnos a tu pueblo y bien puedes ver cómo te cuido y te ayudo.

—Estoy de acuerdo en todo contigo. No es posible que tú, que tanto me cuidas y me atiendes, dejes de ser mi esposa.

Solamente de esto hablaron hasta el amanecer, hasta el primer canto del gallo.

Esa mañana, la niña le sirvió a su amante un almuerzo extraordinario. Cada mañana lo atendía con el mismo esmero y nunca se olvidaba tampoco de su hambre diario. Le hacía comer opíparamente las mejores viandas y le brindaba al mancebo amorosos cuidados.

En ese momento, el demonio llamó desde su habitación.

—Llevalde el desayuno a ese hombre —ordenó a sus siervos—. Debe salir a trillar. ¡Daos prisa! —recalcó, todavía.

Los criados se apresuraron en llevarle el desayuno y le dijeron al joven:

—Dice el amo que debes salir al momento para la trilla.

Prestamente se levantó el joven de su cama. Al mismo tiempo se levantó también Satanás y, tomando una horqueta, se la entregó al joven y, por escoba, le dio una maraña de alambres de largas púas, provista de un grueso mango.

—Yo no puedo trabajar con esta escoba que es un enredo de alambres de púa —refunfuñó el joven—. Dadme una escoba corriente de paja —le pidió enfadado. Y Satán tuvo que darle una horqueta normal, una escoba corriente y un aguijón.

Cargado con estos utensilios, el joven se fue a la caballeriza, abrió la puerta y repitió el ensalmo:

— ¡Ay, anillito, anillito! Quiero que estas mulas aparezcan al instante encima de la era.

Apenas pronunció el conjuro, las mulas comenzaron a marchar en fila, de una en una, por sí solas. Como un cordón ininterrumpido que se desenrollara, trotaron directamente a la cima de la era. A buena distancia, el mozo iba en pos de los animales.

Rápidamente habían llegado las mulas a la era; en seguida llegó también el joven. Con ambos brazos levantó una porción de trigo, lo esparció en círculo y devotamente colocó en el suelo el anillito.

—

— ¡Ay, sortija, anillo precioso! —le dijo—. Quisiera ver en este momento que todo el trigo hacinado de esta era se esparza uniformemente a la redonda para ser pisado y trillado por las mulas.

Después, se postró con el rostro en tierra y sus oídos escucharon que el rastrojo desparramado silbaba, gritaba.

Cuando al cabo de un momento el joven se irguió, pudo ver el trigo totalmente desparramado en la redondez del llano. Colocó entonces la horqueta como para levantar las gavillas. Puso la escoba en actitud de barrer y después de hacer girar un latiguillo en el aire, lo colocó en el centro de la era. Luego pronunció la fórmula del hechizo:

—¡Ay, sortija sortija linda! Deseo que en este instante la mies sea pisada y desmenuzada completamente por las mulas —dijo.

En seguida se echó en tierra, detrás de unas matas de paja, mientras ingresaban las mulas a pisar el trigo. Lo mismo que en las eras donde pisan muchos animales, así se escuchaba el crujir y gemir de las espigas bajo los cascos de las mulas. Como un griterío se quebraba el rastrojo en todo el inmenso ámbito del llano. Transcurría la trilla como si en loca algazara unos seres invisibles estuvieran incitando a las bestias a trotar sobre la paja. Solamente los oídos del hombre percibían esto.

Luego, todo enmudeció. Después que el silencio se hizo patente por un largo espacio, el hombre levantó la cabeza, detrás de las pajas de su escondite, y vio que el cereal estaba completamente desmenuzado y que las acémilas, apeñuscándose, entropadas, permanecían quietas de cansancio al margen de la era. Entonces le habló nuevamente al amuleto:

—Oh, sortija, sortijita, linda! Cómo quisiera que en este momento esta mies pisada se reúna en un solo montón, lista para ser aventada.

Y se arrojó en tierra. Sus oídos atentos escucharon el juntarse y amontonarse de la mies barrida.

Cuando levantó la vista apareció la mies amontonada ante sus ojos. Era un cerro hermoso y colosal, semejante a los inmensos cúmulos de las dunas.

Y reiteró la frase ritual ante el amuleto, para que las acémilas volvieran a su caballeriza:

—¡Oh, anillito, anillo! Desearía que en este momento las mulas vuelvan y lleguen sin novedad a su lugar.

Como una exhalación, alargándose en fila como un cordón infinito, se dirigieron los animales por el camino que llevaba a la cuadra. El hombre permaneció en la cima donde se había realizado la trilla. Mucho después volvió a su alojamiento.

El demonio estaba a la entrada de la mansión y el joven le dijo:

—Ya he acabado, poderoso señor. Hice trillar el trigo completamente, con mucho esmero ha sido pilado y las gavillas están totalmente desmenuzadas.

—¡Formidable! —exclamó Satán-. Pero mañana te toca aventar el trigo. Lo trasladarás en las acémilas sin desperdiciar ni un solo grano.

—Perfectamente, gran soberano y señor —contestó el joven, sin añadir nada más.

Por la noche se entregó al sueño, hasta que la joven diablesa le llevó la cena y le dio de comer. Mientras comía le niña le preguntó:

— ¿Qué te dijo hoy mi padre?

—Me ordenó que vaya mañana a aventar el trigo.

—Imposible que puedas aventar solo tanto trigo. Pero pierde cuidado, el anillito hará todo el trabajo. Le suplicarás de esta manera: “ ¡Oh, anillo, anillito! Quisiera que este trigo sea aventado y quede muy limpio y puro”. Pedirás también otra escoba y colocarás ambas escobas en actitud de estar barriendo. Introducirás las dos horquetas por ambos lados del trigo acumulado. No tienes sino que implorárselo al anillito, la joya se encargará de hacerlo todo.

Mientras conversaban así, la niña y el joven se quedaron dormidos.

Muy temprano, a la madrugada, la joven alistó prontamente un buen almuerzo para el joven y se lo sirvió. No se olvidó tampoco de ponerle el fiambre para el refrigerio.

Al amanecer, Satán comenzó a llamar desde su lecho:

—Que inmediatamente vaya ese hombre a aventar el trigo. Dadle el desayuno —gritó desde el interior de su alcoba.

—Dice el amo que vayas en seguida a aventar el trigo —le dijeron al joven los criados, mientras le servían el desayuno.

El joven les pidió:

—Tenéis que darme otra horqueta y una escoba más.

Cuando le entregaron lo pedido, el hombre se echó al hombro ambos instrumentos y se alejó.

Una vez llegado a la cima de la era, colocó una escoba a cada lado del cereal desmenuzado y metió a ambos lados las horquetas. Al medio acomodó en el suelo la piedra ara. Encima puso el anillito.

— ¡Oh anillo, anillito! Hoy te suplico que aparezca este trigo limpio y puro, completa y esmeradamente aventado —pidió a la prenda.

Y prestamente se arrojó en tierra. Entonces se suscitó un viento vehemente que soplaba sin parar. Sus oídos escucharon la mies aventada al compás del aire que rugía.

Pasado un buen tiempo, todo calló. El joven contempló la era: ante su vista se extendía el grano dorado, fruto excelso y hermoso, completamente limpio y puro. El cereal aventado parecía un cerro o collado enorme. Con profunda reverencia, el joven levantó su anillito. Y volvió a mirar la ingente cantidad de trigo. Parecían pequeños granos de pedrusco, cual arena escogida. Tomó el hombre una porción del noble cereal en ambas manos y lo llevó como muestra a Satán. Ingresó a la mansión y le dijo al señor:

—Ved aquí un trigo excelente, todo de primera. He concluido con esmero mi trabajo.

Satanás por toda respuesta le ordenó:

—Corre ahora trasládalo en las acémilas.

Al decir esto, le entregó costales, una aguja de arriero y pitas para coser. Los costales sumaban millares.

Un solo costal era tan grande como para que dos hombres lo abrazaran. El joven probó su peso y no pudo levantarlo solo. Entonces dijo a Satán:

—Hoy no podría transportarlo todavía. Me he cansado aventando el trigo. Mañana podré hacer esta tarea.

Satanás asintió.

Esa noche le consultó a su amante:

—Mira lo que me ha ordenado: que trasladara en acémilas el trigo. ¡Cómo podría haber cargado tanto cereal! Al no saber qué hacer no le obedecí.

La amante lo asesoró y le dijo:

—Mañana por la mañana, muy de madrugada, aun antes de que la servidumbre esté en pie, cargarás los costales en las mulas. Únicamente tienes que suplicarle al anillito diciéndole: “ ¡Oh, anillito, anillo! Quisiera que en el acto y ordenadamente estos costales sean cargados

en las mulas". Verás cómo el anillito se encarga de hacerlo. Luego volverás a pedirle así: "¡Oh, anillo, anillito! Quisiera que en seguida todas estas bestias aparezcan en el campo de la era". Y cuando hayan llegado al lugar indicado dirás: "¡Ay, anillo, anillito! Que todo el trigo sea prístamente vertido en los costales traídos por las mulas". Cuando el grano esté ya encostalado, ensartarás un piolín en la gran aguja y la meterás en la boca de uno de los sacos como si estuvieras cosiendo y dirás nuevamente: "¡Oh, anillito, anillo! Ahora desearía que estos costales sean muy bien cosidos con esta aguja y esta pita". Cuando todos los costales estén cosidos, dirás: "¡Oh, anillito, anillo! Ahora desearía que estos sacos sean cargados al lomo de las mulas". Y cuando los sacos hayan sido cargados, pedirás una vez más: "¡Oh anillito, anillo! Quisiera que en este instante las mulas cargadas se encuentren ante la mansión, sin faltar ni una, antes que el dueño o la servidumbre hayan salido y que en cuanto vayan llegando descarguen en un ángulo de la puerta principal todos los sacos". Así pedirás, mas el primer costal tienes que cargarlo tú mismo en una de las mulas. Las bestias se resistirán, te morderán, procurarán desgarrarte las carnes, te darán coces y te zarandearán corcoveando. A pesar de todo, tú tienes que echarle la carga a una de las primeras mulas: No te olvides de pedir mañana todas las sogas necesarias.

Efectivamente, cuando llegó la mañana, muy de madrugada, como le había indicado la niña, el joven ingresó a la cuadra. Escogió el saco más pequeño e intentó cargarlo en una de las acémilas. Las bestias se alborotaron; lo mordisquearon procurando desgarrarle la carne, le largaban coces y le daban manotadas como para arañarle. A pesar de todo, dificultosamente consiguió cargar una mula y arreó hacia la puerta a todas las demás, aunque porfiaban en resistir. Entonces le suplicó al anillo:

— ¡Oh, anillo, anillito! Quisiera que en este momento todos los costales sean cargados en el lomo de las acémilas.

Sin ninguna dilación, apenas pronunciado el ensalmo, los sacos estuvieron cargados sin faltar ninguno. Y dijo el joven:

— ¡Oh anillo, anillito! Es mi deseo que todas estas acémilas se encuentren en la cima de la era.

Alargándose en fila, como si fueran un cordón interminable, las mulas se encaminaron a la cima de la era. Tan pronto hubieron llegado, el joven repitió la fórmula secreta:

— ¡Oh, anillo, anillito! Quisiera ahora que estos sacos se llenen con el trigo puro como arena escogida.

El joven no hizo sino ocultarse tras una mata de árnica que por allí crecía, cuando sus oídos empezaron a escuchar el rumor del trigo relleno de los costales. Cuando alzó los ojos, ya todos los costales estaban repletos del cereal. Rápidamente ensartó entonces un cordel a la aguja de arriero, le dio unas puntadas a la boca de un costal y repitió la fórmula mágica:

— ¡Ay, anillito, anillito! Ahora te pido que todos los costales sean cosidos.

Dichas estas palabras se escondió y, tras unos minutos, cuando volvió a mirar, las bocas de todos los sacos estaban cosidas. Y pronunció el siguiente ensalmo:

—¡Oh, anillo, anillito! Quisiera ahora que todos los sacos, sin faltar uno, sean cargados en las mulas.

Rápidamente volvió a ocultarse y al poco rato cuando alzó la cabeza para mirar, vio a todas las mulas con su carga, paradas pero inquietas. Entonces le rogó nuevamente a la sortija:

—¡Oh, anillo, anillito! Quisiera que estas mulas cargadas lleguen sin novedad a la casa. Que antes de que el señor ni nadie las observe, por sí solitas se descarguen. A medida que hayan retornado, que los costales sean apilonados en un ángulo del portón principal.

Dicho esto, se tendió en el suelo. Pasados unos instantes, alzó la cabeza para mirar y no vio a las acémilas que ya habían retornado. Inmediatamente, él también se marchó, corrió apresuradamente. Cuando llegó a la casa, todas las mulas estaban tranquilamente paradas en la puerta exterior, ya descargadas. Los costales llenaban todo el ancho de la puerta. Felizmente Satán no había visto el arribo de los animales y el hombre pudo acercarse al señor de los Avernos para decirle:

—Mira, señor, que ya he trasladado el trigo en las acémilas.

—¿Qué? Puedes entonces descargarlo —contestó Satán.

—Ya lo descargué —contestó el hombre.

Satán salió entonces a la puerta para echar un vistazo. El trigo estaba apilonado en incontables costales. Revisó unas muestras del cereal y calladamente volvió a entrar a la casa en busca de su mujer, quien era una diablesa vieja

—No comprendo cómo este joven ha podido hacer en cinco días todo lo que le ordené —le dijo Satán.

La mujer respondió coléricamente y reconviniéndole:

—¿Para qué llamas a cualquier clase de gente? ¡Verás cómo te domina!

Satanás se puso a reflexionar. “¿Esta vez qué puedo ordenarle? ¿Cómo voy a aventajarlo?”, se repetía a solas. Llamando al forastero, le dijo:

—Mañana por la mañana, terminado el desayuno, nos iremos todos, incluso los criados, a bañarnos en el mar. Entretanto, tú trabajarás y en el centro de este patio formarás un jardín, con sus asientos y sus veredas, con una fuente de agua que salte por siete ojos y con las más variadas y bellas plantas en plena floración. Convertirás este espacio en un fresco campo de intenso verdor.

—Bien, mi señor —contestó el joven con sequedad.

Pero, apenado en su interior, se decía: “¿De dónde podré sacar agua: ¿De qué manera procederé?.

Así anduvo tristemente durante todo el día. Ya en la noche, su amante ingresó en la alcoba llevándole la cena y le preguntó:

—¿Qué dice mi padre? ¿Qué orden te ha dado?

—Me ha dicho: “Edificarás un jardín. Acabado el desayuno, después de haber mascado la coca, todos los moradores de esta casa iremos de paseo a bañarnos en el mar y retornaremos para el descanso vespertino. En ese lapso debes concluir el jardín que tendrá un surtidor de agua con siete ojos, toda suerte de plantas escogidas en plena floración, el campo libre, cubierto de un vivo pasto verde, con senderos y asientos para descansar. Si no hicieras este trábalo, te habré vencido”.

La niña le dije, consolándole:

—No tengas pena. De todas sus órdenes la más fácil de cumplir es ésta.

—Dime entonces qué debo hacer —le respondió el joven.

—Te daré este otro anillo en cambio del que tienes —dijo ella.

El joven y la niña trocaron los anillos y ella le instruyó de esta manera:

—Mañana, apenas hayamos salido; debes cerrar muy bien la puerta porque mi padre puede regresar adrede, pretextando haberse olvidado de algo sólo para ver cómo te las arreglas. Cerrada la puerta, barrerás el suelo, trazarás los senderos marcándolos con estaquitas, ubicarás los lugares de los asientos y el sitio por donde ha de saltar el agua, sin omitir detalle. Luego, colocarás el anillito en el centro del patio y le dirás: “¡Ay anillito, anillo! Deseo que en este ámbito aparezca un hermosísimo jardín, con toda clase de plantas preciosas en plena floración”. Dicho esto te irás de un brinco a tu habitación donde te encerrarás herméticamente. Solamente saldrás cuando escuches el rumor del agua. Luego abrirás las puertas de entrada a la casa y, aparentando darle los últimos toques a tu obra, te quedarás hasta el momento en que toda la familia regrese. Por todo el ámbito del jardín puedes pasearte a tu gusto.

Acabadas las instrucciones, ambos amantes se acostaron juntos y durmieron toda la noche.

Al día siguiente, Satanás hizo que desayunaran todos para dirigirse en seguida hacia el mar en un solo grupo. Antes de salir, le encargó al joven:

—Harás puntualmente todo lo que te he ordenado, pero ten presente que si no lo hicieras, he de arrojarte al fango para que te achicharres.

Hecha esta advertencia, Satanás se unió al grupo y todos se marcharon. Sin esperar más, el joven cerró las puertas, siguiendo los consejos de su amante. Barrió y aseó todo el

patio, trazó los senderos, señaló los sitios de los bancos y de la fuente y una vez hecho todo esto colocó en el piso el anillito prodigioso, devota y reverentemente, y pronunció la fórmula de ritual mágico:

— ¡Oh, anillo, anillito! Que en este instante aparezca en el patio de esta casa un bellissimo jardín todo florecido de las más diversas y hermosas flores con sus senderos para pasear, sus bancos para el descanso y una fuente de aguas vivas que brote de siete ojos.

Dicho esto, se metió de un brinco en su aposento, donde se encerró firmemente. Al cabo de un rato escuchó el agua de la fuente de los siete ojos que escapaba a chorros, que salía gritando.

El joven entreabrió la puerta y miró ávidamente. ¡Oh, maravilla para sus ojos! El patio se había convertido en un bellissimo jardín; las flores polícromas, en toda su lozanía, resplandecían al sol y el verdor en la grama reverberaba. Manaba el agua de la fuente y mojaba como rocío las plantas del jardín haciéndolas todavía más hermosas.

Lo primero que hizo el joven, apresuradamente, fue abrir la puerta principal de la mansión. Luego se dedicó a pasear entre las flores del bello jardín. En ese momento, el demonio, después de su baño marino, regresaba charlando con su mujer, a quien le decía:

—¿Habrás hecho ese joven lo que ordené? Seguramente no ha podido. De qué medios podría valerse, de dónde sacaría el agua. Esta vez sí que lo he derrotado. Ahora sí lo arrojaré al fuego devorador.

Así hablaba el rey de Tutupaka con su mujer cuando ingresó a su mansión y vio al joven que se paseaba. Entonces le dijo:

—¡Hola! ¿Has hecho ya lo que te ordené?

—¡Vedlo! Ahí tenéis el jardín —contestó el joven.

Al ver esa maravilla, Lucifer se moría interiormente de rabia. Su esposa y sus hijas observaron la obra con indiferencia. Flores delicadas, raras y preciosas realizaban el jardín, un verdor intenso trillaba en todo el espacioso patio de la señorial mansión. Silencioso y mudo el amo de Tutupaka se dirigió a su aposento. Comió con su esposa y sus hijas e invitó cortésmente a joven a que pasara:

—Entrad. Esta vez de todas maneras comeremos juntos.

—Disculpadme, pero me encuentro cansado. No puedo permanecer sino recostado. Tanto trabajo me habéis dado que me siento completamente rendido —dijo el joven declinando la invitación.

Con este pretexto entró a su aposento y fingió recostarse en la cama. Satanás se vio obligado a mandarle la comida con un criado.

Su mujer le recriminaba a Lucifer de esta manera:

—¿Cómo te jactabas tú diciendo “Ya lo dominé, voy a hundirlo sin remisión en el fuego abrasador”! Dime, ¿a quién has dominado? Más bien él, te ha vencido.

Satanás, sonrojándose, no profirió ni una sílaba. Parecía triste y asustado. —Con alguna de nuestras hijas debe haberse entendido; por eso te ha derrotado hasta ahora —continuó reconviniéndole la mujer.

Ocultamente, la amante del joven escuchaba cuanto decía su madre. El demonio, entretanto, pensaba para sí. “¿Cómo podré conocer la razón de que hasta ahora no haya podido yo doblegarlo?”.

La mujer convino, entonces, en la siguiente propuesta de su marido:

—Lo haremos bailar con nuestras hijas, él y ellas con los ojos vendados. Así descubriremos cómo ha conseguido vencernos hasta ahora. Mañosamente los haremos bailar en el jardín que ha edificado y le diremos: “Te desposaremos con aquella de nuestras hijas que consigas coger casualmente, sin hacer uso de ninguna treta”.

Y el marido continuó diciendo:

—A las hijas nada les diremos, entre ellas pueden ponerse de acuerdo.

Aquel día nada, pues, les dijo Lucifer. Apaciblemente se paseaba por el jardín. Nada le ordenó tampoco al joven y sólo se concretó a decirle:

—Tu obra ha quedado muy bonita. Me parece perfecta. Hoy día puedes descansar.

A medianoche, cuando ya todos se habían retirado a dormir, la niña se dirigió al aposento de su amante llevándole la comida y le preguntó:

— ¿Qué te ordenó esta vez?

—Nada me ha ordenado. Solamente ha dicho que descanse.

—Debes saber lo que mi padre y mi madre han tramado. En el jardín que has edificado nos harán bailar a ti y a nosotras tres, sus hijas. A ti han de colocarte a un lado y a nosotras al otro y te dirán que has de casarte con aquella que casualmente tropiece contigo. De esa manera piensa conocer la razón de que hasta ahora tú no te hayas doblegado ante mi padre. Así lo han acordado, pues mi madre sospecha que tienes relaciones conmigo, aunque mi padre no piensa lo mismo. Pero tú no has de ser tonto. Cuando estemos bailando, si chocamos casualmente, yo te daré un empellón; entonces tú me agarrarás sin soltarme y dirás: “Con esta tu hija me casaré”. Y no me soltarás por nada, te sacarás inmediatamente la venda porque, si no te la sacas, mi padre aprovechará que estás con los ojos vendados para lanzarte al bátrato ardiente, donde los condenados rechinan eternamente. Mi padre se disculpará diciendo: “¡Aja! ¿Con que tú querías casarte con mi hija?”, y te empujará al fuego

infernol. En cambio, si chocas con cualquiera de mis hermanas, ellas no te darán ningún empellón como señal y tú no cogerás entonces a ninguna de ellas.

De esta manera, detalladamente la niña aleccionó a su amante y esa noche durmieron juntos.

Al día siguiente, Satán hizo llamar a los juglares, tañedores de queñas y de pífanos. Hizo venir también al joven y sus tres hijas y les dijo:

—Hijas mías, vais a danzar ahora con este joven. Aquella de vosotras que mientras esté bailando choque casualmente con él, con él se casará.

Esta fue la disposición del señor de Tutupaka.

—Bien, gran soberano. No tengo ningún inconveniente —se concretó a responder el mancebo.

Como había sido dispuesto, los juglares, músicos y cantores empezaron a entonar sus canciones. Los instrumentos tañían un aire de danza. Satán vendó los ojos de los cuatro bailarines, luego colocó a sus tres hijas en un extremo del jardín y al adolescente en el otro y dio la señal de iniciar la danza.

Las tres niñas; solteras se divertían danzando hasta que casualmente el joven chocó con la mayor, pero ella no le hizo ningún caso. Continuó la ronda y chocó con la menor, pero tampoco ella hizo nada. La segunda de las hijas pasaba y volvía a pasar delante del joven en una serie de figuras de danza. En uno de sus pasos artísticos la niña chocó con el joven y lo empujó entonces violentamente. El muchacho la agarró sin dilación y sin soltarla, se quitó rápidamente la venda de los ojos. Luego gritó triunfalmente:

— ¡Con esta hija tuya voy a casarme!

El demonio, perplejo, enmudeció. Al cabo de un buen rato dijo desganadamente.

—Está bien, así sea.

La vieja diablesa se moría de rabia. En su interior se decía: "Este viejo tonto se ha hecho dominar también en esto".

El joven no soltaba por nada a la niña. El demonio arguyó todavía:

—No podrás casarte de inmediato con mi hija. Tengo que pensarlo.

—De acuerdo-asintió el joven.

La hija fue encerrada en su dormitorio con candado por el demonio. Entretanto, sentado en su habitación y a solas, el joven rumiaba diversos pensamientos en su mente y se decía: "Ella ya no podrá salir". A pesar de todo, muy entrada la noche, la niña ingresó al aposento del joven y dijo:

—Conseguí escaparme. En este momento mis padres cambian pareceres. Mi madre dice: “Viejo inútil a nuestra propia hija la llevas por mal camino. ¿Qué nuevos ultrajes permitirás que te haga? Mi padre, entretanto, piensa de qué manera podrá sojuzgarte. Pero falta poco más bien para que tú lo sojuzgues a él. Por mi parte, estoy planeando minuciosamente la forma de escaparnos. Y he tomado nota cuidadosa de los tesoros de mi padre.

Después de convenir en sus propósitos de huida, ella prosiguió diciendo:

—Algo más te comunicaré mañana por la noche. Obstinadamente, te negarás a ejecutar ningún mandato suyo. “No voy a trabajar en nada más”, le tienes que decir. Has de mostrar todo tu coraje, no debes acobardarte. Aunque me tenga encerrada con candados, yo procuraré seguir escapándome las próximas noches.

Y se entregaron juntos al sueño.

A día siguiente. Satanás no le ordenó nada al joven, quien pasó el día sin hacer nada. Mientras tanto, la vieja diablesa y su marido el demonio pasaron el tiempo maquinando sus planes. El demonio le dijo a su mujer;

—Mandemos lanzar tu anillo con un doméstico en medio del mar.

—De acuerdo —contestó la vieja.

Llamaron en seguida a un doméstico y le dijo el demonio:

—Lleva este anillo de mi esposa y arrójalo en medio del mar.

El doméstico se llevó la joya y la arrojó exactamente en medio del océano. El anillo destellaba en la profundidad de las aguas. Era una joya de oro puro, por eso relumbraba de esa manera.

Cuando el doméstico hubo regresado. Lucifer le preguntó:

—¿Arrojaste la sortija como te indiqué?

—Sí, así lo he hecho. Está en medio del mar, relumbrando igual que la luna.

El amo de Tutupaka llamó esa noche al forastero y le dijo:

—Bañándose en el mar, mi mujer ha extraviado su sortija. Debes ir a buscarla. Por descuido la ha dejado en la misma ribera, no está en ninguna otra parte.

—Señor, solamente este mandato vuestro voy a cumplir. Nada más haré después. He cumplido todas las órdenes que me diste. Cuando haya extraído ese anillo, debo casarme con vuestra hija, sin más dilaciones. No podré volver a obedeceros, pues en este momento ya os he superado —le contestó enérgicamente el joven.

Satanás le respondió:

—En el momento en que encuentres la sortija, me habrás vencido.

El demonio se expresó así con la seguridad de vencer esta vez al muchacho, quien,

acongojado se retiró a dormir. Satanás encerró a su hija con las mayores seguridades y recaudos, aseguró con llave una buena cerradura en la puerta y al sonar cada hora la llamaba por su propio nombre. “Padre mío, padre mío”, le respondía la joven al escucharle.

En el silencio nocturno, el joven y la niña desde sus respectivos aposentos lo escuchaban todo.

—Cómo podrá ahora indicarme ella la manera de encontrar el anillo —se decía el amante sentado en su cama, completamente abatido, sin poder dormir.

En estas circunstancias no sabemos cómo su espíritu maligno liberó a la muchacha. Dicen que puso un anillito dentro de su almohada y le dio este encargo:

—¡Oh, anillo, anillito mío! En ves de mí oírás cada llamada de mi padre y con el propio timbre de mi voz le responderás: “Padre mío, padre mío”.

Asegurada de este modo, la joven pudo dirigirse a la alcoba de su joven amante.

— ¡Oh qué bien hiciste en escapar! Dominado por la tristeza, ya no estaba en mí. Dime qué haré para encontrar una joya, pues la orden que me ha dado es la siguiente: “Al ir a bañarse mi mujer, me dijo tu padre, ha olvidado su sortija en el mar. Tú tienes que traerla. Muy de mañana vas a buscarla, está en la ribera misma del mar”.

Visiblemente afectado, el joven le contó de esta manera a su amante la orden recibida. Ella le dijo:

— ¡Oh, no! No creas que está en la orilla del mar. Se encuentra en medio del océano, donde la arrojó un criado por orden de mi padre. El te ha engañado a propósito, para desorientarte y vencerte.

—Te suplico que me digas cómo haré para sacarla —le pidió el joven.

—Hasta para nuestro anillito eso es imposible. Mi padre ha llegado al colmo de la perversidad.

Se callaron, con los oídos atentos para escuchar lo que pasaba. Lucifer seguía llamando y el anillo respondía con el mismo timbre de voz de la niña: “Padre mío, padre mío”. La joven se alegró al escuchar esto y dijo:

—Mi anillo sigue contestando. Este es el momento en que debemos marcharnos.

La niña poseía una tina nueva para bañarse y asearse que se llevaron junto con un cuchillo muy filudo. Caminaron, caminaron mucho. . . y finalmente arribaron a las riberas del océano llevando siempre los dos utensilios y la niña le dijo al joven:

—Ahora debes descuartizarme. En esta tina recogerás mi sangre, sin que se derrame ni una gota. Cortarás todo mi cuerpo en grandes pedazos y luego penetrarás en el mar, cautamente. Llegarás hasta donde hay un resplandor como el de la luna, arrojarás allí mis carnes, procurando acertar en el resplandor. Si algo de mi sangre quedara pegado en el recipiente, lo enjuagarás con agua y esos residuos lavados de mi sangre los vaciarás en el mismo mar. Si por desgracia, desperdiciaras mi sangre, no podré volver. Viviré, si he de vivir; y si he de morir, moriré en el corazón del océano. Mas tu implorarás de rodillas al borde del mar, a nuestro Señor le pedirás que yo pueda salir. Si hasta el alba yo no apareciera, te irás por tu cuenta adonde quieras, no regresarás donde mi padre. Si yo salgo, lo haré a media noche, al canto del gallo. Veremos si aún el destino nos ayuda; pero, si la suerte nos es adversa, no volveremos a encontrarnos jamás.

De esta manera le habló la niña, sumamente consternada. Ambos amantes se abrazaron llorando, en la más amarga y triste despedida, y se separaron acariciándose con infinito amor y ternura.

La niña y el joven se quitaron sus ropas y se quedaron desnudos como habían nacido.

Así realmente ocurrió.

Acongojado, llorando intensamente, el amante descuartizó a la muchacha. Como ella le había indicado partió el cuerpo en grandes pedazos y no dejó caer ni una pequeña gota de, sangre al suelo. Llevando los trozos de carne en la tina, penetró todo lo posible en el mar, hasta que vio el anillo brillante como la luna. Con todas sus fuerzas, con el deseo de alcanzar el lugar centelleante, el joven aventó las carnes ensangrentadas. Con agua marina lavó la tina, pero se olvidó de lavar el puñal ensangrentado; cuando cayó en cuenta de su olvido, lo lavó de prisa en el agua misma del mar. Así sucedió todo.

Después de haberse internado en aquel piélago, el joven amante salió a la orilla y de rodillas le rezó llorando a nuestro Señor. Empapado en sus lágrimas repetía: “Si ella no vuelve, no me queda sino arrojarme y hundirme en las profundas aguas del mar”. Largo rato siguió llorando de la misma manera. Cerca ya del segundo canto del gallo, el inmenso océano empezó a agitarse, las turbulentas aguas se encrespaban en olas como cerros, rugían furiosamente de un extremo al otro. Un maremoto comenzaba a suscitarse y el joven contemplaba lo que ocurría presa de tremenda pena, mientras sus lágrimas corrían sentidamente. En ese instante, como una ninfa, la niña emergió sonriente de entre las ondas, al medio del océano, trayendo en alto la áurea joya, el anillo de oro puro. El amante la contempló risueño y feliz.

—He aquí el anillo —exclamó ella triunfalmente.

La niña se dirigió en busca de sus ropas y se vistió completamente, lo mismo que el joven. Llevando la jofaina y el puñal retornaron a la mansión. Al llegar, se pusieron

a escuchar lo que ocurría en la casa y comprobaron que el anillito maravilloso seguía contestando las llamadas del demonio. Sigilosamente, ingresaron al dormitorio del joven. Una vez allí la niña le dio los siguientes avisos e instrucciones:

—No volverás a obedecer ninguna orden de mi padre, sea la que fuere. Le dirás solamente: “Hice y he cumplido lo que me ordenaste, he aquí la joya que pude recuperar del mar”. Con aire molesto, se la presentará a mi propia madre. “Tuve que buscarla toda la noche y me amanecí en el mar”, le dirás. Agregarás todavía: “Con mucha dificultad logré encontrarla, esta joya estaba en medio del mar”. Se la llevarás al dormitorio donde ella duerme. Mi padre y mi madre quizás sospechen de mí, no tomes ningún interés en mi persona: por el contrario debes decir: “Ya no deseo ni a vuestra hija, ni pienso ya casarme con ella. Por mis trabajos, pagadme en dinero lo que es justo, pues debo retornar a mi tierra. Pero antes me tomaré un buen descanso por todas las fatigas pasadas”. Debes portarte muy virilmente, de lo contrario te ordenará algo mucho más difícil. Mañana convendremos en lo que debemos hacer.

Entretanto, había amanecido. Y continuó la niña:

—Anda en este instante, llevando la sortija. Aparenta haber salido del mar. Debes aparentar que vienes de afuera, toca por lo tanto el portón.

Apresuradamente, apenas hubo dicho esto, la niña se retiró a su dormitorio. Retiró inmediatamente el anillo que pusiera bajo su almohada, se desvistió de prisa y se acostó en su cama.

Entretanto, el mozo se dirigió a la playa, simuló primero estar caminando por allí y, luego, que de la playa regresaba a la mansión.

Pasado un breve tiempo. Lucifer llamó a su hija. Repetidas veces repitió su nombre, pero la hija no le oía. Llamó entonces a un criado y le ordenó:

—Ve a buscar a mi hija, que no escucha cuando la llamo.

El criado fue a buscarla y al regresar informó a su amo:

—Su cuarto está asegurado con candado, tal como lo dejaste.

Lucifer le volvió a ordenar:

—Ve a mirar el cuarto donde duerme ese joven. Fíjate si ha salido.

El criado fue a ver y no halló al joven. Entonces le informó a su amo:

—No está, mi señor. Seguramente ha ido en busca de la joya.

Satanás reflexionó en voz alta:

—Seguramente no la ha encontrado, por eso no vuelve todavía.

En ese instante, el joven llamó a la puerta principal. El criado se apresuró a abrir y cuando entró el joven le preguntó:

— ¿Encontraste el anillo? La señora soberana trata continuamente de saberlo.

El joven respondió con acritud:

—Sí, lo he encontrado.

El criado le exigió entonces:

— ¡Dámelo! Yo se lo llevaré.

—Eso no —le increpó el joven—. Yo se lo llevaré a vuestra madrecita soberana.

El joven se negó a entregar la joya, mientras Lucifer escuchaba. El criado regresó prontamente a informarle:

—Ese joven dice haber encontrado el anillo, pero se muestra airado y no ha querido entregármelo. “Soy yo quien debe ponerlo en manos de vuestra soberana”, me ha dicho.

—¡Recíbela! ¡Recíbela! —le ordenó Satán.

El criado volvió al encuentro del joven y le dijo:

—Dice mi amo que yo debo llevarle el anillo.

Pero el joven se resistió y no soltó la joya. Satanás se moría de rabia y se decía: “No me explico cómo ha podido encontrarlo”. Finalmente ordenó desde su dormitorio:

—¡No importa! Que le lleve el anillo a la señora.

El joven entró entonces a la habitación de la señora llevándole el anillo y le dijo:

—He encontrado la joya, mi respetada señora, y aquí os la traigo. Con gran dificultad la hallé, después de buscarla toda la noche. Hasta el amanecer no he podido dar ni una pestañada. He cumplido todas vuestras órdenes y ya no me interesa nada, ni siquiera vuestra hija. Pagadme lo justo por todos mis trabajos en dinero contante y sonante. Deseo regresar a mi pueblo, no quiero quedarme en este país.

Así, enérgicamente, le habló el joven a la mujer del demonio. Y en el mismo tono agregó:

—No vaya a ser que nuevamente me digáis: “Haced esto, haced esto otro”. Os repito que no trabajaré más. Tantas cosas me ordenasteis que me siento rendido. He decidido permanecer uno o dos meses en esta mansión: al menos así me resarciré de las múltiples labores que he realizado.

La mujer del demonio se indignó terriblemente al escuchar todo esto. Y estalló en reproches contra su marido:

—¡Este viejo es el único culpable! Trae gente de toda laya y luego se hace vencer. Se pavonea cacareando: “Voy a derrotarlo, voy a vencerlo”. Y al final, nada hace.

Satanás, entretanto, se había levantado de la cama y lo primero que hizo fue dirigirse a la habitación de su hija. Abrió la puerta y la vio sumergida en un sueño de muerte; seca como un tronco, dormía de una pieza. Satanás la riñó:

— ¿Por qué sigues durmiendo? ¿Por qué no escuchas mis llamadas?

—No he descansado toda la noche porque continuamente me estabas llamando.

Ahora acabo de dormirme —le respondió la niña.

—¡Basta! —grito Satán y dio media vuelta.

Entró en seguida a la alcoba de su esposa. La vieja diablesa lo recriminó ásperamente:

—Mira en que han parado tus fanfarronadas. “Voy a dominarlo”, decías. Dime, ¿cómo lo has dominado?

Para eludir los violentos reproches de su mujer, el diablo le preguntó:

— ¿Qué te ha dicho ese sujeto?

Detalladamente le informó la vieja:

—Ha dicho: “Me tomaré un buen tiempo de descanso, porque estoy agotado con tantos quehaceres. En dinero contante me pagaréis lo justo”. También me dijo que ya no desea casarse con nuestra hija, que solamente se irá cuando le paguemos en efectivo lo que justamente se le debe.

El diablo y su mujer opinaron finalmente: “Así tendrá que ser. No nos queda sino pagarle el dinero, pues nos ha vencido”.

A la subsiguiente noche, la niña volvió, a su vez, a dirigirse al dormitorio del mancebo y le preguntó:

—¿Qué te dijo mi padre? ¿Qué te dijo mi madre?

—Respondí a tu madre conforme me indicaste y casi se muere de cólera

—respondió el joven.

La muchacha le contó entonces:

—Mi padre y mi madre están acordando la forma de pagarte en dinero contante. Se han dicho: “No importa, le pagaremos en plata”.

Después de estas palabras, los jóvenes amantes empezaron a planear lo que iban a hacer. Al final convinieron en esto que dijo la muchacha: “En el curso de estos días alistaremos nuestra partida, sin que mis padres se enteren”.

Como habían convenido, dedicaron los siguientes días a sus preparativos de viaje. Ocultamente, la niña fue trasladando a su alcoba los tesoros de sus padres. Poco a poco, se apoderaba de todo. La última noche, volvió al aposento donde pernoctaba el joven y le anunció:

—Mañana por la noche nos iremos. Para entonces, todo estará ya debidamente enfardeado y dispuesto, sin que falte nada. Huiremos apenas yo venga a buscarte.

El joven se concretó a dar su asentimiento.

La noche postrera, el joven se preparó tal como habían convenido. Cuando estuvo listo se puso a esperar a la muchacha.

Lucifer no había vuelto a echar candado al cuarto de su hija, desde el momento en que el joven dijo que no le interesaba casarse con ella. La noche de la evasión, la niña aparentó entregarse al sueño y se desnudó, no sin antes dejar a la puerta de sus padres cierto anillo suyo.

—Ay, anillo, anillito! Esta vez haz dormir de una pieza, como muertos, a mis padres y a todos los criados de la casa, para que no me adviertan.

Acabada esta invocación ritual, la niña entró al aposento del joven y lo instó, apresuradamente:

— ¡Vamos ya! ¡Huyamos pronto!

— ¡Vamos! —asintió el joven.

Trasladaron todos sus bultos a la puerta exterior de la mansión, sin olvidar ni uno solo. Luego la niña penetró en la cámara del tesoro de sus padres, donde estaban seguramente guardadas las más ricas preseas y joyas de oro y de plata. Sustrajo las más preciosas prendas, lo más granado y raro del patrimonio familiar, incluso un sillón de plata.

En seguida ingresaron ambos a la caballeriza, al lugar donde estaban los caballos escogidos. La niña llamó a cada uno por su nombre. El mejor de todos era un hermoso animal, de color cabritilla y piel brillante, llamado **Apulino** y después de él destacaba un brioso par: un caballo llamado **T'okkopipi** y una linda yegua, que respondía al nombre de **Wapachula**.

La niña escogió primero al mejor de los caballos:

—Caballo **Apulino**, sal afuera —le ordenó imperativamente.

Seguidamente, llamó a los dos animales más vigorosos de la caballeriza, **T'okkopipi** y **Wapachula**, que salieron a la carrera, uno en pos de otro. Sin pérdida de tiempo cargaron este par con sus bultos. Luego la niña recogió su anillo y ambos montaron en el veloz caballo color cabritilla. Cuando se había apartado un breve trecho de la mansión de Lucifer, la niña le habló a su anillito:

—¡Oh, anillito mío, mi anillito! Que cuando mañana despierten mis padres, vean convertido en un basural este vergel construido por mi prometido y que el trigo por él cosechado se convierta en arena.

Dichas estas palabras, la niña espoleó los ijares de **Apulino** y partieron a toda velocidad, como una exhalación. En breve tiempo llegaron a las orillas del mar, sobre cuyas aguas se tendió un puente a través del cual continuaron galopando. Cuando ya estaban muy lejos clareó el día, amaneció el universo.

A la alborada, Satán se levantó prestamente de su lecho. Al salir de su alcoba, lo primero que hizo fue mirar el jardín, pero el jardín se había trocado en un basural. Con profunda extrañeza exclamó:

—¡Qué es esto! ¡Cómo ha podido convertirse en un basural! . .

Las flores habían desaparecido, no quedaba ni una. Tampoco estaba la fuente que surtía agua por sus siete ojos.

Satán se dirigió al dormitorio de su hija. La pieza estaba completamente vacía, no quedaba siquiera un mueble.

Fue a ver el cuarto del joven, y contempló lo mismo: una habitación totalmente desocupada. Al comprobar estos hechos, Lucifer se asustó y exclamó desconcertado:

—¡Qué ha sucedido! ¡Adonde se han marchado!

Paso a paso fue en busca de su cónyuge, la vieja diablesa, y le comunicó:

—¡Ve, mira hacia afuera! ¡No existe nada del jardín! ¡También nuestra hija ha desaparecido!.

Al escuchar tal noticia la vieja se levantó apresuradamente de su lecho. Revisó todo, un aposento después del otro, sin dejar resquicio y comprobó que todo había desaparecido. Sus mejores caballos; tampoco estaban. La arena se derramaba de los costales de trigo, apilonados en el zaguán. Examinó cada saco: en todos, sin faltar ni uno, había solamente arena. La diablesa se desató en improperios contra su marido. Al contemplar tantas pérdidas lo insultó a su antojo:

“Se han largado, no hay duda”, murmuró Satanás y, montando en uno de sus caballos, partió en persecución de los fugitivos, orientado por las huellas de los animales. Casi inmóvil, desde una almena del torreón de su castillo, la vieja observaba a su marido y vio como se acercaba a su hija.

En ese instante la niña volvió la cabeza y vio que alguien venía en pos de ella. Entonces le dijo a su acompañante:

—Detrás de nosotros viene mi padre. No sé cómo saldremos de este trance.

Apresuradamente convirtió a los caballos con sus cargas en un canchón cercado, muy grande. Ella misma se transformó en flor, pero antes le indicó al joven:

—Tú te transformarás en un vejito, con una azada mutilada. Mi padre te preguntará: “¿No han pasado por aquí una niña y un joven a caballo?” Le contestarás: “No han pasado”. Tendrás cuidado de que no arranque las flores para llevárselas. No lo permitirás de ninguna manera. “Te voy a tundir”, lo amenazarás con tu azadoncito roto. Entonces se irá.

Efectivamente, se transformaron como ella había dicho. Satán, el padre de la niña, llegó a ese lugar donde florecían las plantas, a ese canchón que en el momento de la llegada de Satán era un bellissimo vergel cercado donde con un azadoncito averiado un pobre viejo se ocupaban en regar las plantas. Satanás le dijo:

—Buen hombre, quiero preguntarte algo.

—Pregunta no más lo que quieras—le contestó el anciano.

—Quizá han pasado por aquí una adolescente y un mozalbete a caballo que conducían dos cabalgadura cargadas.

—Hace tiempo que no he visto a nadie. Año tras año permanezco en este lugar cuidando estas flores y nadie ha pasado por aquí. Tú eres el único que ha llegado a este canchón.

Mientras hablaba el ancianito, Lucifer se puso a contemplar las flores, con tal arrobamiento que se olvidó de su hija. Alargó la mano hacia las plantas para arrancar una flor y dijo:

-Regálame, por favor, una de tus florecitas.

Levantando su azadita mocha, el viejito le amenazó con asestarle un mazazo. Lucifer se asustó cuando vio la azada levantada y pronta a caerle encima.

—El dueño de estas flores me echaría la culpa. Me diría que quién soy yo para arrancarlas con mis manos sucias —farfulló amostazado el viejito.

—Me voy entonces —dijo Satán, y montando su caballo regresó a su mansión.

Su mujer, la vieja diablesa, seguía observando lo que pasaba desde la almena. Según dicen, los demonios pueden ver a cualquier distancia, por eso la vieja esposa de Satán lo seguía observando, y cuando hubo llegado le preguntó:

—¿Los encontraste?

—¿A quienes? —dijo intrigado el demonio.

—¿No fuiste acaso en busca de nuestra hija? —replicó la vieja diablesa.

—¡Ah!. . . —respondió el demonio, como si estuviera atontado. Solamente entonces recordó haber salido en busca de su hija.

—No los encontré —dijo-; únicamente llegué hasta un jardín sumamente hermoso.

—¡Viejo pestífero! ¿Cómo puedes creerte gente? ¿Esas flores no eran acaso nuestra hija? ¿Ese viejito no era el joven? —le increpó la vieja hasta hacerlo desvariar.

—Ah! ¿Así pasaron las cosas? —dijo el viejo, atontado.

—Esa era nuestra hija, viejo tonto! Debiste arrancar esas flores y traerlas —le regañó la vieja y le ordenó en seguida? — ¡Corre, pues! ¡Vuelve a buscarlos!

Obligado por su mujer, el viejo partió nuevamente en persecución de los fugitivos.

Entretanto apenas su padre emprendiera el retorno a la mansión, la hija aprestó con toda seriedad las cargas y prosiguió la huída con el joven.

Hicieron muchas jornadas de camino, cabalgaron durante varios meses. El viejo galopaba tras ellos a toda velocidad, volaba en su caballo, pero no podía alcanzarlos.

De repente, dominada por un impulso espontáneo, la niña volvió la cabeza y exclamó:

—¡Mi padre está nuevamente detrás de nosotros! No podemos convertirnos, otra vez, en flores. Mi madre ya lo ha prevenido muy bien. Esta vez nos trasformaremos en animales. Tu serás ahora un viejito pastor.

En efecto, los caballos con sus cargas se convirtieron en un aprisco muy grande. La niña se transformó en un rebaño de ovejas; el joven, en un viejito pastor con su chocita, un pequeño recinto para el cuidado de la dehesa.

Esperando la llegada del demonio, el viejito pastoreaba las ovejas. El corral estaba lleno de corderitos que: balaban: “¡bee, bee, bee!”, confundiendo su voz con la de las ovejas madres, en un bullicio continuo. Finalmente llegó Satanás y preguntó:

—Buen hombre, permítame que os interrogué: ¿no han pasado por aquí un joven y una niña montados a caballo?

El viejito le respondió:

—Por aquí no ha pasado persona alguna. Año tras año apacento mi ganado y jamás he visto a nadie. Tú eres el primero que llega hasta aquí.

—¡Ja! . . . se concretó a gruñir Satanás, y, volviendo a olvidarse de su hija, agregó:

—Tus ovejas son hermosas y muy lindas las crías. Regálame siquiera unita.

—¡No! —dijo el viejito—. No son de mi propiedad. Están contadas. El dueño de este rebaño es un blanco y me levantaría graves cargos, hasta de mi ropa me despojaría.

—¡Esta bien, entonces! —dijo incomodado Satán, montó a caballo y partió a toda velocidad hacia su palacio.

Cuando la hija vio marcharse a su padre, reasumió su figura humana y partió a su vez a caballo con el joven. Habían adelantado bastante en su fuga.

El demonio regresó donde su mujer, otra vez con malas nuevas:

—Nada he encontrado, en vano me mandaste —le dijo.

Su mujer le respondió con impaciencia:

—¿Esas ovejas con sus crías no eran acaso nuestra hija?

—No —dijo el demonio—. Había un viejito cuidando de la dehesa.

—¡Eres un viejo imbécil! —replicó ella—. Las ovejas eran nuestra hija y el pastor viejito era el joven.

Y le propinó una gran paliza a su viejo, mientras le increpaba: “ ¡Has hecho mil disparates!” Luego le hizo contemplar el horizonte y le señaló:

—¡Mira! ¡Que lejos está ya nuestra hija!

Era cierto: pi no comprobar que su hija se hallaba a una enorme distancia.

Encorajinado, Lucifer tomó una decisión: montó en otro potro y salió, una vez más, en persecución de los fugitivos.

La diablesa, su vieja mujer, seguía observándole desde la almena. No lo perdía de vista. Cuando muy lejos iba ya dándole alcance a la hija, la niña volteó la cara para mirar atrás y advirtió un jinete que se acercaba.

—Mi padre ha regresado otra vez. No podemos volver a despistarlo. En esta ocasión tenemos que matarlo no nos queda otra cosa —dijo inquieta la joven diablesa—. Voy a convertirme en río; nuestras caballerías serán riberas, y tú te transformarás en puente, en un puentecito despreciable de palos endebles.

Efectivamente, la niña se convirtió en un río de aguas tumultuosas, las caballerías se transformaron en riberas de ese río. El joven se trocó en un puentecito viejo, de mala muerte, armado con haces de fajinas endebles.

En su galope forzado, Lucifer llegó hasta las orillas del río. Y sin descabalgár, ni precaverse, se metió de golpe en el puente. Cuando ya estaba en el centro, el puente se partió por la mitad. El joven había quebrado su espinazo para que el demonio cayera en el río, en cuyas turbulentas aguas se hundió. Luchaba esforzadamente junto con su caballo por salir del agua, pero le era imposible. Mientras pugnaba desesperadamente por salvarse a todo trance, el joven le molió la cabeza a pedradas. Lo destrozó y le hizo tiras el cráneo. Allí murió el demonio, irremisiblemente. Apenas expiró, los fugitivos prosiguieron contentos y a todo galope su evasión.

La diablesa, la reina y matrona de Tutupaka, desde las almenas del castillo, no dejó ni un instante de contemplar cómo la hija asesinaba a su propio padre. Al ver el alevoso crimen, la señora no atinó, en su desesperación, a hacer nada. Comprobada la muerte del marido, daba patadas en el suelo, se estrujaba las manos presa de dolor, en la puerta de su mansión, adonde había bajado lamentando su duelo. Y, mordiéndose los labios, gritaba:

—¡Juzgad y medid la longitud del crimen de mi hija! ¡Los perros están devorando mis entrañas! Pero yo seré quien la alcance para escarmentarla.

Cabalgó entonces en un aguilucho y partió. Iba a gran velocidad, levantando una inmensa polvareda.

En ese momento, la hija echó un vistazo hacia atrás.

—Viene mi madre. A ella nada podemos hacerle, pero ella tampoco podrá hacernos nada. Dejémosla que corra tras de nosotros. No importa que nos encuentre —dijo aguijoneando a las cabalgaduras.

Por fin la diablesa consiguió darle el alcance a su hija y le habló de esta manera:

—¡Criatura, por qué sigues huyendo! A tu propio padre le has dado muerte atroz. Yo no te perdonaré si te empecinas en tu propósito de unírte a este hombre para toda

la vida. Por causa de él asesinaste a tu progenitor. Nunca jamás volverás a decir de mí: “Era mi madre”. Con la leche de mis pechos te derramo —y maldiciéndola exprimió sus pechos hasta derramar leche encima de su hija. Volvió a montar en su caballo y retornó a su mansión.

La hija se abalanzó hacia su madre y deshecha en llanto se despidió de ella:

—Si el destino permite que nos veamos, nos veremos aún. Y si la muerte nos separa, nos separará —decía, mientras caían gruesas lágrimas de sus ojos.

No sabemos hasta cuándo se separaron. El mancebo y la niña continuaron viaje. La madre volvió a su hogar para vivir llorando en soledad. Eso fue lo que aconteció.

El mancebo condujo a la niña a su pueblo. Se lo señaló a la distancia:

—Este es mi pueblo —dijo

—Y tu casa, ¿cuál es? —preguntó la niña.

El novio se la mostró, extendiendo el brazo:

—Aquella es mi casa

La casa del mancebo estaba en el centro del pueblo.

—Esta noche pernoctaremos aquí no más, en los suburbios del pueblo. No llegaremos todavía a tu casa. Tú solo irás mañana, para saber dónde nos alojarán tus padres. Donde te indiquen, llevaremos nuestro equipaje—dijo la joven.

Cuentan que en las afueras de la población una viejita tenía su casa. Allá llegaron los amantes para hospedarse y le suplicaron a la ancianita:

—Señora nuestra, ten la bondad de alojarnos en tu casa a los dos y darnos también un sitio para nuestros caballos.

—Caballero, dormid aquí. Dormid aquí también, niña —respondió la viejita, quien según dicen era una persona sumamente amable.

Los dos viajeros descargaron los bultos de las caballerías y las llevaron al corral de la casa, donde había abundante forraje seco y en pacas para alimentarlas. Ese buen pienso les había proporcionado la viejita. Los amantes pernoctaron en esa casa.

Cuentan que la viejita criaba una gallinita crespa y un gallito crespo. Al ver ese par de aves de corral, el joven le dijo a la ancianita:

—Señora mía, ¡qué lindos son tu gallito de plumas revueltas y tu gallinita, qué hermoso par!

—¡Sí, son muy lindos! Además, este gallito y esta gallinita saben relatar historias cuando cantan —contestó la ancianita.

—Haz, pues, señora, que nos canten algo —le suplicó el joven.

—Ahora no pueden cantar. Solamente lo hacen en las casas donde hay fiesta.

Ante la respuesta de la viejita, el joven se dijo en su interior: “¿Cómo se darán cuenta unas gallinas de lugar donde deben cantar? Mañosamente lo dice”. Después de charlar brevemente, la viejita y sus huéspedes se acostaron y descansaron.

Al día siguiente, la niña le dijo a su prometido:

—¡Anda, ahora! Ve a la casa de tus padres y pregúntales dónde nos alojarán. Infórmalos acerca de mí. Pero te advierto que ni remotamente debes dejarte abrazar por mujer alguna. Puedes hacerlo con varones, pero si te abraza alguna mujer, me olvidaría. Cuidadito que no vuelvas por ese motivo. Si así ocurriera, en un carro de fuego te conduciré a mi pueblo.

Su prometido le respondió al salir:

—Es imposible que te olvide y menos todavía que no regrese. En seguida vuelvo.

Era muy de mañana cuando dejó a la niña en compañía de la ancianita. Al ingresar a su pueblo, niños y adultos salieron a su encuentro. Hombres y mujeres querían abrazarlo, en son de bienvenida; pero él esquivaba los abrazos de las mujeres, sólo permitía que lo hicieran los varones. Cuando franqueó la casa paterna, su padre y su madre lo recibieron efusivamente, derramaron lágrimas de gozo al verlo de nuevo, sano y salvo. Al recibir el beso de su madre, no se olvidó de su novia, pero cuando estaba por decirles: “He venido comprometido”, la cocinera de la casa, una ancianita que apareció apresuradamente, le dio de pronto un vehemente abrazo.

—Has vuelto, señorito, corazoncito. Ya no lo veré más, me decía yo. Pero tengo la felicidad de verte todavía —decía esta vieja inoportuna, que hasta le dio un beso al mancebo.

Con sólo esto, el joven se olvidó completamente de su amante. No pensó en regresar ni se acordó de nada. Se dejó abrazar por todos, hombres y mujeres, indistintamente.

Ni el padre ni la madre sabían nada de su prometida. Por esa razón, creyéndolo solo, únicamente a él lo atendían y lo servían. Y la multitud de personas que venía a saludarlo, le decía a sus padres:

—Lo casaremos, para celebrar su regreso.

—Efectivamente —respondían los padres.

Cuando la gente se retiró empezaron a insinuarle:

—¡Búscate una mujer! Elige la que quieras e iremos a hablarle, pediremos su mano llevando la coca, comprometeremos a sus padres.

El mancebo respondió:

—Pudiera ser con una, pudiera ser con otra, pero deseo que sea hija de personas acomodadas.

En el pueblo, según dicen, había una muchacha jovencita, hija de un hombre acaudalado. A la casa de esta muchacha fueron los padres del mancebo, llevándole el atadajo de coca para comprometerla a ella y a sus padres.

Mientras tanto, en la casa de la ancianita, la amante seguía esperando a su prometido:

—Quizás se ha dejado abrazar por alguna mujer —decía llorando.

Viéndola así, le dijo la viejita:

—Niñita, señorita, ¿Cuál es la causa de tu llanto y de tu pena?. —Mi prometido, ese joven que llegó conmigo, me ha traído de mi pueblo. Ha ido a ver a sus padres y no vuelve. Me habrá echado al olvido. Hace ya dos meses que se marchó. Por esta razón lloro. No hallo modo de saber qué ha ocurrido. No tengo a nadie a quién preguntar.

La viejita le replicó:

—Niñita, con toda confianza dime todo lo que te ocurra. No soy gente mala. Verás cómo lo averiguo todo, cuando vaya al pueblo.

—¡Ah, qué bueno fuera, señora mía, si lo averiguaras! Ya no hay pienso que dar a mis caballos. ¡Y hasta cuándo seguiré cuidando los tesoros de mis padres que juntos hemos traído! Por culpa suya, di muerte a mi padre. Y también a causa de él mi madre me echa al olvido. Exprimiéndose la leche materna me maldijo para siempre.

Así le contó todo a la viejita, quien después de oírla le dijo:

—No te aflijas!, niñita, señorita. Iré al pueblo y averiguaré minuciosamente todo. Indagaré en su propia casa.

—Ojalá pueda; hacerlo, señora mía. Yo me quedaré al cuidado de tu morada.

La anciana dejó a la joven y se fue al pueblo, donde anduvo preguntando a los vecinos conocidos que encontraba.

—¿Qué novedades han ocurrido últimamente en nuestro pueblo? Hace casi dos meses que no vengo por aquí —les decía.

La gente del pueblo le daba noticias como éstas:

—La única novedad es el regreso del mancebo que venció al demonio. Es lo único que se ha festejado desde hace dos meses.

“Iré a ver al joven. A él mismo le preguntaré”, se decía la anciana; pero no dejaba de interrogar a cuantas personas veía, y le daban siempre la misma noticia. Así llegó al hogar del mancebo. Todavía ante la puerta de la casa siguió preguntando a quienes veía en la vecindad. A estos vecinos les decía:

—¿Qué novedades hay, qué se prepara en estos días?

Los vecinos le informaron:

—El mancebo que venció al demonio se casará pasado mañana.

La viejita, entonces, ingresó a la casa y les dijo a los dueños:

—Me dicen que ha llegado el joven señor. Me gustaría verlo.

—No está aquí, ha salido —le contestaron.

—En qué estaréis ocupados los días próximos? —preguntó la ancianita.

—En el casamiento de nuestro hijo con la hija de un caballero muy acomodado, vecina nuestra de esta comunidad.

—Si es así, aunque soy pobre, de alguna manera cumpliré con él —dijo cariñosamente la viejita.

—Muchas gracias, señora nuestra —contestaron los padres.

—La viejita, entonces, se despidió:

—Me voy, ya. Adiós.

Antes de marcharse la viejita se informó cuidadosamente de todo, inclusive del día de la boda. Hecho esto, se fue directamente a su casa, donde esperaba la niña, llorando a mares. La ancianita le dijo al llegar:

—Mi niña querida, no llores, pues. Todo lo he averiguado, todo lo sé. Quien era tu prometido, solamente dentro de tres días se unirá públicamente en matrimonio con otra mujer. Lo he sabido perfectamente, su misma madre me lo contó.

La niña le rogó con íntima confianza:

—Qué puedo hacer, señora mía? Te suplico que me aconsejes, que me orientes, pues eres mujer como yo.

—Niñita, cuéntamelo todo, a mí sola. Dime lo que sucedió en tu pueblo, lo que hiciste en favor de ese hombre. Dime qué servicios le prestaste, de qué aprietos lo has sacado. Cuéntamelo todo, sin olvidar nada. Esta mi gallinita sabe contar historias en su canto. Le enseñaremos tu historia y el día en que vaya a casarse ese hombre se la llevaré. Mi gallinita le contara todo, sin faltar nada. De esa manera, tu prometido se acordará nuevamente de ti.

La niña relató, punto por punto, toda su larga historia. La anciana llamó a su gallito y a su gallinita y los aleccionó. “Cantarás así y cantarás asá”, les enseñó minuciosamente. Luego le dijo a la gallinita: “Mira cómo llora esta niñita. Cuando tu gallito esté mareado y se tumbe en un rincón, tú comenzarás a contar su historia, cantando”.

Durante los tres días anteriores a la boda, la gallinita y el gallito fueron instruidos esmeradamente y se les hizo ensayar cuidadosamente lo que iban a decir.

La víspera de la boda, por la noche, la viejita llamó a la niña para decirle: —Niñita, señorita, te quedarás en casa. Mañana ese hombre contraerá matrimonio con otra mujer joven. Esta noche será la despedida de solteros. Por esa razón me marcho ahora, para recordarle su vida.

Después de encargarle la casa y contarle el motivo de su salida, la viejita se dirigió al

pueblo, llevando en brazos su gallinita y su gallito. La muchacha había quedado al cuidado de la casa, pero al sentirse sólita en casa extraña, se deshizo en llanto, llorando a mares.

A la hora del sueño más dulce, ingresó la anciana al hogar del novio, donde se celebraba su despedida de soltero.

La viejita lo buscó y le habló con palabras zalameras:

—Niñito, palomito, veo que has llegado, que has reaparecido. Al momento de tu venida estuve muy ocupada, por este motivo no pude venir a visitarte. Celebro ahora sobremanera tu enlace con una mujer de tan buena posición, me regocijo muchísimo. Por esta razón te visito con mi gallinita. Debes saber que esta mi gallinita tiene la virtud de alegrar a las personas. Siquiera con esto te divertiré, por tu feliz retorno, querido joven.

El mancebo le agradeció:

—¡Oh, señora mía, mi paloma! Esto es verdaderamente soberbio.

Pero en su corazón se decía: “De qué manera me alegrará con sus aves”. Y mandó servir a la viejita varias copas de los licores que estaban bebiendo, pero solamente las sobras. Mas la señora les daba de beber a su gallinita y su gallito los licores que le servían.

El mancebo con su novia, la parentela de ambos, las amistades y otras personas de la comunidad del novio, reunidos todos en alegre compañía, disfrutaban de la reunión, sentados, comiendo y bebiendo licores y manjares exquisitos. Ora el padrino, ora la madrina, daban atinados consejos tanto a la niña como al joven.

Todos los invitados estaban listos para el baile que se iba a celebrar al son de quenás y de flautas. Ya habían llegado los cantores, así como cuantas personas iban a realzar el acto. El ambiente comenzaba a caldearse. Las quenás, los flautines, las zampoñas esparcían sus sonidos, cuando el gallito y la gallinita salieron a bailar e iniciaron la fiesta. Así sucedió. Con entusiasmo y gracia bailó el gallito con la gallinita.

—Ves, niñito, qué bonito baila mi gallinita —le advirtió al mancebo la anciana.

Viendo bailar a las aves, toda la concurrencia quedó boquiabierta de asombro. “Era verdad que sabían bailar”, comentaban los presentes y se reían, festejando tan agradable sorpresa. Desde ese momento se sirvió a la viejita las mejores bebidas, las más finas y escogidas. Pero la anciana todo se lo dio al gallito, lo hacía beber abriéndole el pico. Cuando estuvo borrachito empezó a dar vueltas y más vueltas, hasta que se cansó de tanto girar. En un rincón de la sala se tumbó el gallito borracho, haciendo un extraño ruido al golpearse y caer. La gallinita, entonces, siguió bailando sólita, con graciosos giros.

—Oye, levántate! ¡Oye, despiértate! —le decía a su gallito, picoteándolo.

El gallito estaba seco, dormía de una pieza. No tenía en cuenta para nada a su compañera. Como si se sintiera desairada, la gallinita empezó a cantarle al gallito, diciéndole veladas alusiones.

**Del todo, del todo, me habrás olvidado.
¿Para siempre, acaso, me has abandonado?
Escúchame y oye: ¿ya nada recuerdas?..**

Con estas estrofas inició su canto. Los concurrentes comentaban y le decían a la viejita:

—Era de verdad que tu gallinita sabía cantar.

Después se callaron, para oír con atención. Y la viejita les dijo:

—Sí, mi gallinita sabe cantar mil cosas como para morirse de risa. Ahora la oiréis, cantará mucho más.

Atentos, los invitados se dispusieron a escuchar.

**Escúchame, ingrato, ¿de mí no te acuerdas?
Por tí, padre y madre he abandonado. Por tí
solamente los eché al olvido.
Ya no tengo padre, ya no tengo madre.**

**Mientras te libraba, mientras te salvaba,
solamente entonces me tuviste amor.
Solamente entonces me has acariciado.
Me dejas ahora, me echas al olvido.**

**Tú ya no recuerdas, tú ya has olvidado
la vez que mi padre junto con mi madre,
combatió empeñoso, luchó duramente,
para sojuzgarte, para superarte.**

**No te acuerdas ya, acaso olvidaste
los duros trabajos, la siega imposible
que un solo día debiste acabar.
“Trilla todo el trigo, avientalo, guárdalo”.
Así te ordenaba, así te exigían.
Sin pensar en nada, sin temor alguno
fui tu sola ayuda, tu único resguardo.**

**Escúchame, ingrato, mal enamorado,
en eterno sueño habrás de yacer. He de
conducirte al pueblo maldito, Tutupaka
llakta, donde yo nací.**

Así cantaba la gallinita la historia que le había enseñado. Al oírla, el joven parecía recordar. “Yo creo que fui ese amante”, se decía en su interior. “¿Dónde la he visto? Creo haber conocido en alguna parte a esta gallinita y a este gallito”, se repetía, recordando apenas en su interior.

El mancebo se dedicó, entonces, a servirle personalmente las bebidas a la ancianita. Le escanció la buena chicha, los licores más finos. La viejita tomaba una parte y lo demás se lo daba a la gallinita y le decía, instándola a rememorar:

—Muchos otros relatos sabes. Sigue cantando, todavía. Recuerdas esas hermosas narraciones que has aprendido.

Y la gallinita, nuevamente, cantó otra historia:

**Alma sin cariño, pecho sin amores,
ahora te olvidas y ya no recuerdas
las duras tareas que te dio mi padre,
los grandes costales, repletos de trigo,
la orden terminante: “Llevarás a la mula
este trigo limpio que sembré en mi tierra”.**

**No sabías cómo hacer el trabajo,
ni un costal de aquellos podías cargar.
Acudí en tu auxilio, corrí en tu socorro,
toda tu tarea yo sola cumplí.**

**Tu amor ya se ha muerto, no tienes presente
la vez que escondiste mi verde vestido
cerca de la mar y así me engañaste,
tampoco recuerdas ni siquiera eso.**

**Tampoco recuerdas haber recorrido
campos de mi pueblo, de día y de noche
con mi joya amada, con mi anillo de oro.**

**Y la fuente hermosa de aguas cristalinas manando
sin cuento por sus siete ojos,
tampoco recuerdas ni me lo agradeces.**

**Te ordenó mi padre que hicieras al punto,
instantáneamente, un jardín fragante,
de verdor eterno, siempre florecido.
Eso no recuerdas, también lo olvidaste.**

**En este momento ni siquiera dejas
mirarme a tus ojos, oírme a tu oído,
hablarme a tu boca, y tu corazón
para siempre lejos se ausenta de mí.**

Con estas estrolas dedicadas a su gallito, la gallinita contó la historia del joven. Para estimularla, la ancianita le servía copa tras copa e iba observando al joven mancebo, cautelosamente, haciéndose la desentendida; pero se daba cuenta de que estaba empezando a recordar su vida.

El mancebo se decía en su corazón: “Esta es la gallinita de la anciana que vive a las afuera del pueblo, donde nos alojamos. Recuerdo que solía decir: ‘Muy lindo sabe cantar mi gallinita’. Y que yo pensaba: ‘¿Dónde ha de saber cantar?’. Seguramente mi mujer le ha enseñado. En ese lugar dejé a la elegida de mi corazón, ¡Cómo puedo haberla olvidado! Recuerdo que me encargó: “No te dejarás abrazar por mujer alguna”. ¡Ay! Recuerdo que la vejancona de la cocinera me dio un abrazo. Por esa razón la he olvidado. ¿Cómo estará? ¿Qué será de ella? ¿Qué me ha pasado para olvidarla? ¿Por qué he cometido tal desatino? Ahora, estoy comprometido para desposarme con otra. Así reflexionaba el joven, víctima de tremenda pena y con la apariencia de un hombre ebrio. En ese instante, la gallinita rompió nuevamente a cantarle:

**Mal enamorado, mancebo insensible,
palomo sin alma, duro corazón,
¿puede ser posible que ya no recuerdes
que me degollaste y descuartizaste
y en el mar me hundiste para recobrar,
según te ordenaron so pena de muerte,
el anillo de oro de mi anciana madre?
Sólo así encontraste la joya perdida,
gracias a mi ayuda y a mi sacrificio.**

**No pregunté cuáles títulos tenías,
patria ni linaje de ti averigüé,
cuando los jardines verdes de mi padre
convertí en arena y vil basural.**

**Si hubiera sabido con qué ingratitudes
ibas a pagarme, ni en esto ni en eso**

**ni en nada te hubiera querido ayudar.
Hoy no lloraría si mi fuerte padre
te hubiera vencido, preso y sojuzgado.**

**La mansión paterna en este momento
está convertida en estercolero.
Señorea el hambre y las bestias mueren
en mi amado pueblo. ¡Tú eres el culpable!**

**Para que ésto ocurra tú me sedujiste,
de mi hogar y pueblo me hiciste salir.
Maldición de padre, maldición de madre,
¡sufro para siempre doble maldición!**

**Por haber creído tu engañoso amor.
¡Amor sin memoria! ¡Amante perdido!
¡Mal enamorado! ¡Duro corazón!**

Así acabó su último canto la gallinita de plumas alborotadas. “¡Qué cansancio!”, exclamó la gallinita y se sentó. Entretanto, resplandecía ya la madrugada, el amanecer de un nuevo día. La ancianita, apenas finalizado el canto de su gallinita, echó un vistazo al exterior y luego, prestamente, levantó en brazos a sus dos aves y le dijo al joven:

— ¡Adiós! Por lo menos te he distraído, recordando lo que te sucediera durante tus andanzas.

Dicho esto se marchó, mientras el mancebo se quedaba atónito y alelado como un sonámbulo. Consiguió levantarse de su asiento y entró en su dormitorio, donde, inexplicablemente, encontró una carta sobre la cama. Rasgó el sobre de prisa y la leyó: “Por haberme echado al olvido, te voy a llevar en un carro de fuego. Iré en seguida donde mi madre para pedirle perdón”. Esta carta era, pues, de la hija de Lucifer.

Cuando leyó el mensaje, el mancebo empalideció de pesar y angustia. Penetró precipitadamente a la habitación privada de sus padres y les comunicó:

—Padre mío, madre mía, al llegar acá yo tenía otra mujer, mi libertadora del infierno. Sin saber cómo, la olvidé. Ella me había advertido: “No permitirás que mujer alguna te abrace, salvo tu madre por ser madre tuya. Si otra mujer te abrazara me olvidarás al instante”. Efectivamente, cuando llegué, al franquear la puerta de esta casa, mientras yo saludaba y conversaba con vosotros, sin permitir que nadie me abrazara, nuestra vieja cocinera salió de su cocina, corrió hacia mí y me abrazó y me besó. Esto fue suficiente para que yo olvidara a mi prometida. Permittedme ir donde ella. A la mujer, con quien me voy a casar ahora, le pediré perdón.

Con la venia de sus mayores salió de la casa y fue a buscar a la niña. Pero, entretanto, la viejita ya había llegado a su morada, donde esperaba la hija del diablo.

—Niñita querida, ya no te apenes. En este momento llegaré tu amante. Esta gallinita hirsuta le ha contado toda la historia de su vida.

Así dio cuenta la ancianita de lo que había ocurrido, mientras soltaba sus aves y en ese instante se presentó el mancebo. Sentidamente caían las lágrimas de sus ojos como de un manantial. Penetró hasta el centro del patio y se postró de rodillas:

—Palomita, corazoncito fino, perdóname, por piedad. No tengo la culpa de haberte olvidado. Yo no permití que nadie me abrazara. Sorpresivamente, sin que yo me diera cuenta, la vejancona de nuestra cocinera me abrazó. Por tal motivo te olvidé, involuntariamente.

Con estas palabras, el joven le pidió perdón a la niña; pero ella, llorando su infortunio, su tremenda desgracia, no quiso perdonarlo y, más bien, lo recriminó:

—A ti, que eres un hombre de mala índole, te acogí en mi pueblo y en mi casa, con la mejor voluntad. En todo lo necesario, hasta las cosas más ingenuas, sin faltar en nada, te presté mi ayuda para que dándome un mal pago y haciéndome llorar a mares, me hayas dejado en el abandono, en el desamparo. Desde hoy ya no existe para ti mi corazón.

Como así le respondiera y de ningún modo quisiera perdonarlo, el mancebo se volvió a su hogar con el corazón angustiado. Sus padres acaban de despedir a la vieja cocinera. Los invitados de la fiesta de despedida de soltero aguardaban con todo preparado la llegada del joven. Ese día hicieron casar al joven con la jovencita escogida de su propia comunidad. Cuando los recién casados se retiraban del lugar donde se había celebrado la ceremonia matrimonial, apareció una litera de fuego ardiente que echando llamas y estremeciendo el espacio, arrebató al mancebo. Derramando chispas, sembrando lenguas de fuego, el carro ígneo se perdió tras el cerro llamado Puka Puka. El humo que despedía cubrió todo el horizonte, oscureciendo al propio sol.

Los padres del mancebo rompieron a llorar a gritos. Todos los presentes quedaron sobrecogidos, consternados, atónitos. El pueblo del mancebo desde aquel día, le cobró pánico al pueblo de Tutupaka y hasta ahora recuerda la llegada del carro de fuego, como si se tratara de un hecho reciente.

Así sucedió toda esta historia.

NOTAS EXPLICATIVAS

- 1 -14 Fábulas recopiladas en Tarma por Adolfo Vienrich, quien utilizó el seudónimo Unos Parias al publicarlo bajo el título de **Apólogos quechuas**, Tarma, 1.906.
- 15-17 Textos recopilados en Ayacucho y traducidos por Mario Razzeto. Están incluidos en **Don Joaquín. Testimonio de un artista popular andino**. Instituto Andino de Artes Populares, Lima 1.982. El informante fue el artista popular ayacuchano Joaquín López Antay.
- 18-21 Textos recopilados por el padre Jorge A. Lira en Maranganí (Cusco) y traducidos en colaboración con José María Arguedas. Se incluyen en J.M. Arguedas: **Canciones y cuentos del pueblo quechua**. Ed. Huascarán. Lima, 1.949.
- 22 Recopilado en Lucanamarca por José María Arguedas. En **Poesía y prosa quechua**. Selección de Francisco Carrillo. Prólogo de José María Arguedas. Ediciones de la Biblioteca Universitaria. 2da. edición. Lima, 1.968.
- 23 Recopilado en Quispicanchis, Cusco, por José María Arguedas. En J.M. Arguedas: **El sueño del pongo. Canciones quechuas tradicionales: Trilla de alverjas en Pampas, Carnaval de Tambobamba**. Con un disco. Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1.969.
- 24 Anónimo quechua: **Issicha Puytu**. Recopilación, traducción e introducción del padre Jorge A. Lira. Editorial Milla Bares. Lima, 1.974. Informante: Carmen Taripha Mamani, oriunda de la comunidad de Wayllapunku, Maranganí, Cusco.
- 25 Anónimo quechua: **Tutupaka llakta o el mancebo que venció al diablo**. Recopilación y traducción, Jorge A. Lira. Prólogo de Washington Delgado. Editorial Milla Bares. Lima, 1.974

BIBLIOGRAFÍA COMPLEMENTARIA

- ARGUEDAS, José María. **Formación de una cultura nacional indoamericana**, Selección y prólogo de Ángel Rama, México, Siglo XXI Editores, 1975.
- AVILA, Francisco de. **Dioses y hombres de Huarochirí**, Traducción castellana de José María Arguedas, edición bilingüe, Lima, Museo Nacional de Historia e Instituto de Estudios Peruanos, 1966
- BALLON, Enrique y CAMPODONICO, Hermis.
"Relato Oral en el Perú: legibilidad y valores", París, **Actas del XLII Congreso Internacional de Americanistas**, 1976, vol. IV, págs. 405-433.
- BALLON, Enrique. "Introducción al estudio semiótico de la literatura étnica en el Perú". **Revista Amazonía Peruana**, Lima, Centro Amazónico de Antropología y Aplicación Práctica, 1978, vol. II No. 3, págs. 53-98.
- BALLON, Enrique y GARCIA RENDUELES, Manuel
"Nunkui" y la instauración del orden social civilizado". **Revista Amazonía Peruana**, Lima, Centro Amazónico de Antropología y Aplicación Práctica, 1978, vol. II, No. 3, págs. 99-158.
- BENDEZU, Edmundo, (comp.)
Literatura quechua, Caracas, Edición, prólogo y cronología de E. B. Biblioteca Ayacucho, 1980.
- CAMPODONICO, Hermis. **Literatura orale du Nord du Pérou: aproche sémiotique**, Tesis presentada para el título de Doctor de III Ciclo, París, Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales, 1980, vol. I-II.
- ESCOBAR, Alberto. "El problema de la lengua y la identidad nacional". Varios: **Perú: identidad nacional**, Lima, Ediciones CEDEP, 1979.
- GOW, Rosalind y CONDORI, Bernabé.
Kay pacha. Cusco, Centro de Estudios Rurales Andinos "Bartolomé de las Casas", Biblioteca de la tradición oral andina I., 1976
- NEIRA, Hugo. **Huilla: habla un campesino peruano**, Lima, Biblioteca Peruana, PEISA, 1974

ORTIZ Rescaniere, Alejandro.

De Adaneva a Inkarrí. Una visión indígena del Perú. Lima, Retablo de Papel Ediciones, 1973

OSSIO, Juan M. (comp.)

Ideología mesiánica del mundo andino. Lima, Ed. de Ignacio Prado Pastor, 1973

PEASE G. Y., Franklin (comp.)

El pensamiento mítico (antología). Lima, Biblioteca del pensamiento peruano, Francisco Campodónico F. Editor y Mosca Azul Editores, 1982

RAZZETO, Mario.

Don Joaquín. Testimonio de un artista popular andino. Lima, Instituto Andino de Artes Populares, 1982.

VALDERRAMA, Ricardo y ESCALANTE, Carmen.

Gregorio Condori Mamani. Autobiografía. Prefacio de Tom Zuidema, Cusco, Centro de Estudios Rurales Andinos "Bartolomé de las Casas", Biblioteca de la tradición oral andina II., 1977